

CI

REVOLVING

E. ZOLA

—

LA CANALEA

3

REVOLVING

PQ2499

C258

V.2

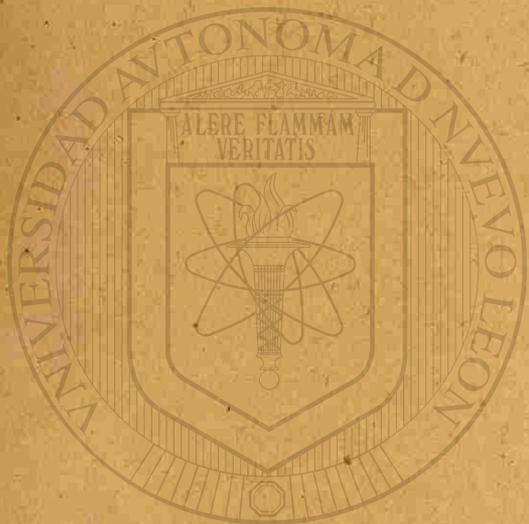
LABIA





1020016799

84-3=6



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





A de la P. G.

196

LA CANALLA

U A N L

N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

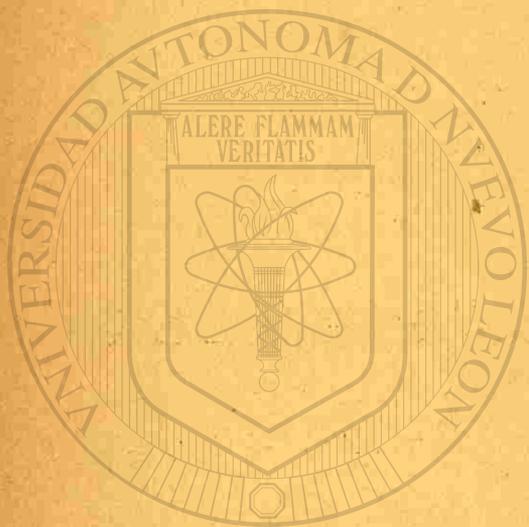
Núm. Clas. 2861e
Núm. Autor 30923
Núm. Adg. 30923
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 64
Catalogó _____

EMILIO ZOLA

La Canalla

Traducción de T. Orts-Ramos y Climent

TOMO II



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



BARCELONA

Tip. Lit. de Pertierra, Bartolí y Ureña

Provenza, 61 y 63

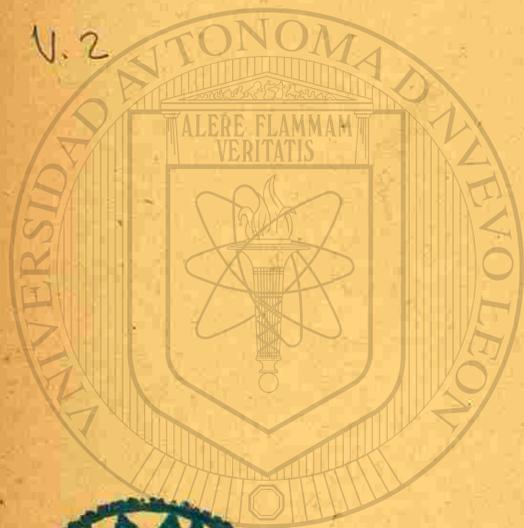
1901

30923

PQ 2499

C258

V. 2



ACERVO DE LITERATURA

116424



LA CANALLA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

I. "ALFONSO REYES"
1906. 1625 MONTERREY, MEXICO

Máximo no se retiró hasta las seis de la mañana. Renata dióle la llave de la puertecita del parque Monceaux, haciéndole jurar antes que volvería todas las noches. El gabinete-tocador comunicaba con el saloncito botón de oro, por medio de una escalera de servicio que se ocultaba en el muro, y que al mismo tiempo daba acceso á todas las habitaciones de la torrecilla. Desde el salón se podía fácilmente pasar á la estufa y bajar al parque.

Al salir á la luz naciente del día, en medio de una espesa bruma, Máximo se encontró algo aturdido por su buena fortuna, aceptándola desde lue-

go como la cosa más natural del mundo, en su complacencia de ser neutro.

—¡Tanto peor!—pensaba mientras iba andando; —después de todo, ella es quien lo quiere... Y está admirablemente formada; tenía razón, en la cama es mucho más graciosa que Silvia.

Habíanse deslizado insensiblemente por el camino del incesto, el día en que con su raída chaquetilla de colegial, Máximo se había colgado al cuello de Renata, arrugándole la casaquilla de guardia francés que estrenaba. Desde entonces empezó entre ellos una continua perversión. La extraña educación que al niño dió la joven; las familiaridades que les convirtieron en camaradas; más tarde, la alegre audacia de sus confidencias, y toda aquella promiscuidad peligrosa, concluyó al fin por unirles en singulares lazos, convirtiéndose casi siempre los goces de la amistad en carnales satisfacciones. Ya hacía muchos años que se habían entregado el uno al otro; el acto brutal no fué más que la crisis aguda de aquella inconsciente enfermedad exótica. En la loca sociedad en que vivían, su falta había brotado como sobre un estercolero de jugos equívocos, y se había desarrollado con extraños refinamientos en medio de particulares condiciones de libertinaje.

Cuando la gran carretela los conducía al parque y eran arrastrados muellemente á lo largo de los

paseos, se contaban obscenidades al oído, buscando las suciedades del instinto de su infancia, y aquello no era más que una desviación y una satisfacción imprecisa de sus deseos, aún no definidos. Se consideraban vagamente culpables, como si al simple contacto se hubiesen mutuamente desflorado; y aquel pecado original, la languidez de las conversaciones obscenas que les fatigaba voluptuosamente, les halagaba con más dulzura todavía que los besos. Su compañerismo fué de aquel modo el lento paso de dos amantes que algún día debía llevarles fatalmente al gabinete del Café Riche y al amplio lecho de Renata. Al encontrarse en brazos uno del otro, ninguno de los dos sintió la impresión de su falta; más bien parecían antiguos amantes que recordasen sus besos y sus caricias, y que al presente las renovaban, hablando, á pesar suyo, de aquel pasado, únicamente existente en sus imaginaciones.

—¿Te acuerdas del día que llegué á Paris?—decía Máximo.—Llevabas un traje muy lindo, y con el dedo, tracé un ángulo sobre tu pecho, indicándote hasta donde debía llegar el escote. Sentía el calor de tu piel bajo tu chambra, y mi dedo apretaba y se hundía poco á poco en tu carne... Sentía entonces una impresión deliciosa.

Renata le besaba sonriendo, y murmuraba:

—Entonces ya eras muy vicioso... ¡Cuánto nos

hemos divertido en casa de Worms! ¿te acuerdas? Te llamábamos «nuestro hombrecito». Siempre he creído que la gorda Susana se hubiera abandonado á tí, á no ser por la marquesa que la vigilaba continuamente.

—¡Ah, sí! ¡Cuánto nos hemos reído con el álbum de fotografías, y con todos, ¿verdad?—murmuraba el joven,—y con nuestros paseos por Paris, y nuestras golosinerías en casa del pastelero del bulevar: ya te acordarás de aquellos pastelillos de fresa que tanto te gustaban... Nunca se me olvidará aquella tarde que me contaste las aventuras de Adelina en el convento, cuando escribía cartas á Susana y las firmaba con el nombre de *Arturo de Espanet*, proponiéndola un rapto.

Máximo gozaba mucho con el recuerdo de aquellas historias, y continuaba:

—Cuando ibas á buscarme al colegio, deberíamos hacer una pareja muy chocante. Era entonces tan pequeño que desaparecía bajo tus faldas.

—Sí, sí,—balbuceaba Renata con un estremecimiento de placer y atrayendo hacia sí al joven.—¡Qué delicioso era aquello!... Nos amábamos sin saberlo. Pero yo lo he sabido antes que tú. El otro día, cuando volvíamos del bosque, rocé tu pierna con la mía y me estremecí. Pero tú; ni siquiera te diste cuenta de ello. ¿Verdad que aún no pensabas en mí?

—¡Sí, sí!—dijo Máximo.—Únicamente, que no me atrevía.

No era verdad, pues nunca le había pasado por la imaginación la idea de poseer á Renata de una manera precisa: la había desflorado con sus vicios sin desearla realmente. Era demasiado débil para aquel esfuerzo, aceptando á Renata porque ella se lo impuso, y deslizándose hasta su cama sin que su voluntad interviniera para nada. Cuando se encontró en la cama con Renata, continuó allí porque se encontraba bien, y porque no comprendía la magnitud de su falta. Al principio, hasta sintió halagada su vanidad, pues era la primera mujer que poseía y no pensaba que el marido era su padre.

Pero Renata aportaba á la falta todos los ardores de su corazón desordenado, pero no había rodado hasta el fondo del abismo como carne inerte. El deseo se había despertado en ella demasiado tarde para combatirlo, y cuando ya la caída era fatal. Aquella caída se le apareció bruscamente como una necesidad de su hastío, como un goce raro y extremado, único que podía resucitar en ella sus cansados sentidos y su corazón moribundo. Durante aquel paseo de otoño, en el crepúsculo de la tarde, fué cuando nació en ella la idea vaga del incesto, semejante á un cosquilleo que hubiera producido en su piel sensaciones

nuevas; y por la noche, en la semi embriaguez de la comida y bajo el aguijón de los celos, despertados por su cuñada, aquella idea tomó forma, y se hizo en ella una necesidad en el baile frente á Máximo y á Luisa. En aquel momento deseó el mal, el mal que nadie pudiese haber cometido, el mal que llenase su vacía existencia y la lanzase en aquel infierno, que aún la producía terror, como cuando era niña. Después, al día siguiente, ya sus deseos habían desaparecido por un extraño sentimiento en el que se mezclaban los remordimientos y la pereza. Le parecía que el pecado estaba ya consumado, que no encontraba en él las delicias soñadas y que era verdaderamente enorme. La crisis debía ser fatal y llegar por sí misma, independientemente de aquellos dos seres, de aquellos camaradas que estaban destinados á engañarse y poseerse un día, con la misma sencillez que se hubiesen dado un apretón de manos. Pero después de tan estúpida caída, Renata volvió á soñar con aquel placer sin nombre, y entonces estrechó nuevamente á Máximo entre sus brazos, movida de cierta curiosidad hacia él y hacia los crueles goces de un amor que consideraba un crimen. Su voluntad aceptó el incesto, lo exigió, y esperaba saborearlo hasta el fin, hasta los remordimientos, si es que llegaban un día. Tuvo actividad para obrar y conciencia de sus actos, amó

con los transportes de la mujer de mundo, con las inquietas preocupaciones de la familia, con todas las luchas, los goces y los sinsabores de la mujer que se ahoga en su propio desprecio y tiene conciencia de que no obra bien.

Máximo iba todas las noches, á la una, y entraba por el jardín. Regularmente le esperaba Renata en la estufa, por la cual tenía que cruzar para llegar al saloncito. Al principio era completa su imprudencia, disimulando apenas y olvidando hasta las más rudimentarias precauciones del adulterio, si bien es verdad que aquella parte del hotel les pertenecía. El único que tenía derecho á penetrar allí era el ayudante de cámara del marido, Bautista, y éste desaparecía discretamente en cuanto terminaba su servicio. Máximo decía riendo que iba á escribir sus Memorias. Una noche, sin embargo, Renata se lo enseñó cruzando el salón con un candelabro en la mano. El doméstico, con su aire de ministro, alumbrado por la pálida luz de la cera, parecía tener aquella noche el rostro más severo y correcto que nunca. Los dos amantes le vieron apagar la vela y dirigirse á las cocheras, donde dormían los caballos y los palafraneros.

—Está haciendo su ronda,—dijo Máximo.

Renata permaneció temblorosa, pues generalmente Bautista la causaba inquietud. Llegó á de-

oir que con su frialdad y sus tranquilas miradas, que no se detenían nunca en los hombros de las mujeres, era el único hombre honrado que había en el hotel.

Desde aquella noche fueron más prudentes; cerraban la puerta del saloncito y así podían gozar con completa tranquilidad de todo aquello, que para ellos constituía un mundo. Gozaron, durante los primeros meses, los placeres más refinados, buscados con el mayor escrúpulo. Pasearon su amor desde el gran lecho gris y rosa del dormitorio, á la desnudez rosada y blanca del gabinete tocador y á la sinfonía en amarillo menor del saloncito. Cada habitación, con su ambiente particular, sus tapices, su vida propia, les daba ternura diferente, y hacía de Renata una amante distinta: mostrábase linda y delicada en su acolchado lecho de gran dama, en medio de aquella habitación tibia y aristocrática, en la que el amor adquiriría tintes de buen gusto; bajo la tienda color de carne, entre los perfumes y la languidez húmeda del baño, niña carnal y caprichosa, entregándose cuando aún sus carnes estaban mojas, y así era como Míximo la prefería; después, más abajo, en la clara alborada del saloncito, en medio de aquella aurora que doraba su cabellera, se convertía en diosa, con su cabeza rubia de Diana, sus desnudos brazos que adquirían castas

posturas, su cuerpo puro, cuyas actitudes, al abandonarse en un confidente, sabían encontrar las nobles líneas de la gracia antigua. Pero había un sitio que producía miedo á Míximo, y al que Renata no le arrastraba sino en los días en que sentía la suavidad de una embriaguez más acre, era la estufa. Allí gozaban del incesto hasta la saciedad.

Una noche, en un momento de ansia, la joven hizo que su amante fuese á buscar una de las pieles de oso, y se tendieron sobre aquella alfombra negra, á orillas del estanque, en la gran avenida circular. Por fuera helaba terriblemente, y la luna brillaba clara y serena. Míximo llegó tiritando, con las orejas y las manos heladas. La estufa estaba caliente hasta el punto de que experimentó un desfallecimiento al tenderse sobre la alfombra. Entraba en una atmósfera de fuego tan caliente al salir de las secas picaduras del frío, que sintió un escozor como si le hubiesen azotado. Cuando volvió en sí, vió á Renata arrodillada, con los ojos fijos y en actitud tan brutal, que le dió miedo. Con el cabello suelto y los pechos descubiertos, se apoyaba sobre sus manos, extendiendo la espina dorsal y semejando una enorme gata. El joven, tendido de espaldas, adivinaba por encima de los hombros de aquella seductora y amorosa fiera que le miraba, la esfinge de mármol, cuyas

relucientes formas eran iluminadas por la luna. Renata, encima de la negra piel de oso, tenía el aspecto y la sonrisa del mónstruo con cabeza de mujer, y con sus desceñidas faldas semejaba la blanca hermana de aquel dios negro.

Máximo permanecía desfallecido, el calor era sofocante; calor sombrío que no caía del cielo en forma de lluvia de fuego, sino que se arrastraba por el suelo como exhalación dañina, y cuyo vapor subía semejante á una nube cargada de electricidad. Los amantes se sentían envueltos por una cálida humedad semejante á un rocío ó sudor ardiente, quedando ambos largo rato sin hablar ni moverse en aquel baño de fuego; Máximo aterrado é inerte; Renata inquieta y apoyada sobre sus manos. Por fuera y á través de los cristales de la estufa, se veían las veredas del parque Monceaux, ramas de árboles de finas y oscuras formas, praderas de césped blancas como helados lagos, todo un paisaje muerto, cuyas delicadezas y cuyos claros y unidos matices recordaban los grabados japoneses. Aquel rincón de abrasadora tierra, aquel lecho inflamado en que los amantes se tendían, hervía de un modo extraordinario en medio del frío intenso y crudo que se sentía fuera.

Aquella noche gozaron locamente: Renata era el hombre, la voluntad apasionada y activa. Máximo sucumbía, y aquel sér neutro, rubio y lindo,

herido en su virilidad desde su infancia, se convertía en los brazos de la joven en una muchacha, con sus miembros depilados, sus graciosas delgadeces de púber romano, nacido y desarrollado para la voluptuosidad. Renata gozaba de su dominio y doblegaba bajo su peso aquella criatura en la que siempre dominaba el sexo. Era para ella un continuo asombro del deseo, una sorpresa de los sentidos, una extraña sensación de malestar y de profundo placer. Ya no sabía explicarse lo que veía; volvía á contemplar su fino cutis, su abultado cuello, sus abandonos y sus desvanecimientos. Sintió entonces un momento de plenitud. Al revelarla Máximo una nueva sensación, completó sus locos trajes, su prodigioso lujo, su vida en otros tiempos soñada. Comunicó á su carne la nota aguda y dominante que á su alrededor vibraba, riendo el amante adecuado á las modas y á las locuras de la época. Aquel lindo joven, cuyos vestidos dibujaban las delicadas formas de su cuerpo; aquel niño incompleto que se paseaba por los bulevares, con la raya en medio de la cabeza, con miradas y sonrisas de hastío, fué para Renata uno de esos instrumentos de decadencia, que en ciertos momentos, en una nación corrompida, aniquilan el cuerpo y trastornan la inteligencia.

Especialmente en la estufa, era donde Renata se convertía en el hombre, y la noche ardiente que

en ella pasaron fué seguida de otras muchas. La estufa amaba y abrasaba con ellos, viendo en el pesado ambiente y á la blanquecina claridad de la luna, el mundo extraño de plantas que les rodeaban, moverse con ellos y cambiar abrazos. La piel del oso ocupaba todo el pavimento: á sus pies humeaba el estanque, lleno de un borboteo y de un espeso abrazo de raíces, en tanto que la rosada estrella de las ninfas se entreabría á flor de agua como el seno de una virgen, y las camelias dejaban caer sus ramas semejantes á cabelleras de nereidas desmayadas. Después, alrededor de ellos, las palmeras, los grandes bambúes de la India, se elevaban, llegando hasta la cimbra y volviendo á inclinarse para confundir sus hojas con vacilantes actitudes de amantes fatigados. Más abajo los helechos y las alrófilas parecían damas verdes, con sus anchas faldas adornadas de volantes regulares que, mudas é innóviles á orillas de la avenida, esperaban la llegada de los amantes. Al lado de ellas, las torneadas hojas, salpicadas de rojo de las beganias, y las hojas blancas y lanceoladas de los caladios, producían vacilantes claro-oscuros que los jóvenes no sabían explicarse y en los que encontraban á veces contornos de caderas y rodillas arrojadas al suelo á impulsos de la brutalidad de sangrientas caricias. Y los bananos, doblegándose bajo el peso de los

racimos de sus frutos, les hablaban de las exuberantes fertilidades de la tierra, mientras los enforbios de Abisinia, cuyos tallos espinosos, contrahechos y llenos de vergonzosas jorobas, se entreveían en la sombra, les parecía que sudaban savia, flujo desbordado de aquella homígera generación. Pero á medida que sus miradas profundizaban el fondo del invernadero, la obscuridad se convertía en orgía furiosa de tallos y hojas; ya no distinguían sobre las gradillas las marantes, suaves como el terciopelo; las gloxinias de campanillas violáceas, ni las dracenáceas semejantes á hojas de antigua y barnizada laca; aquello era un hormiguero de vivientes vegetales que se perseguían con insaciable lujuria. En los cuatro ángulos, en el sitio en que las enredaderas de bejuco formaban bóveda, su ilusión carnal enloquecía más todavía, y los flexibles haces de las vainillas, de los cocoteros de Levante, de los quisqualis y de las behunias, se ofrecían á sus ojos como insaciables brazos de amantes que la obscuridad velaba y que prolongaban sus estrechos abrazos para prolongar en ellos sus placeres.

Aquellos inmensos brazos caían lánguidamente, se entrelazaban en espasmos amorosos, se buscaban y se enroscaban cual si fuesen los celos de una muchedumbre.

Aquello parecía, en efecto, el celo inmenso de

la estufa, de aquel rincón de selva virgen en que resplandecían los verdores y florescencias de los trópicos.

Máximo y Renata, con los sentidos embotados, se sentían transportados entre aquellas potentes bodas de la tierra; el calor del suelo, á través de la piel de oso, les quemaba las espaldas, y desde las altas palmeras caían sobre ellos gotas de fuego. La savia que circulaba por los árboles les compenetraba también, comunicándoles locos deseos de inmediato desarrollo y gigantesca reproducción. Veíanse también arrastrados en el celo de la estufa, y entonces, en medio del pálido resplandor, se veían atontados por pesadillas en las que asistían á los amores de las palmeras y de los heledios; el follaje adquiría confusas y equivocadas apariencias que sus deseos convertían en imágenes sensuales; hasta ellos llegaban murmullos y cuchicheos procedentes de las espesuras; voces apagadas, suspiros de éxtasis, ahogados gritos de dolor, risas lejanas, todo lo que sus propios deseos tenían de ruidosos y que el eco les transmitía de nuevo. Algunas veces sentíanse sacudidos por un temblor de tierra, como si el suelo mismo, en insaciable crisis, estallase en voluptuosos sollozos.

Si hubiesen cerrado los ojos, si el calor sofocante y la pálida claridad que reinaba en la estufa no

les hubiese transmitido una depravación á todos los sentidos, los aromas solamente habrían bastado para producir en ellos extraordinario y nervioso exotismo. El estanque despedía una humedad acre y profunda, en la que se confundían los mil perfumes de las flores y las plantas; la vainilla cantaba á intervalos con arrullos de paloma torcaz; después llegaban las rudas notas de las stanhopeas, cuyas atigradas bocas exhalaban fuerte y amargo olor de convalesciente; las canastillas de orquídeas pendientes de cadenas, lanzaban soplos semejantes á incensarios vivientes; pero el olor dominante, el olor en que se fundían todos aquellos vagos suspiros, era el olor humano, el perfume amoroso que Máximo sentía cuando besaba la nuca de Renata, cuando hundía su cabeza entre los sueltos cabellos de la joven. Y quedaban embriagados con aquel olor de mujer amorosa que se dejaba sentir en la estufa como en una alcoba impregnada de un ambiente lujurioso.

Los amantes tenían la costumbre de tenderse bajo el tanguin de Madagascar, bajo el venenoso arbusto cuya hoja había mordido la joven: las blancas y desnudas estatuas reían alrededor de ellos, contemplando la inmensa copula de las plantas; en su carrera la luna cambiaba los grupos y animaba el drama con su cambiante luz, y se encontraban allí á mil leguas de Paris, fuera de la

vida fácil del Bosque y de los salones oficiales, en el fondo de una selva de la India, de algún templo monstruoso, cuyo dios fuese la esfinge negra. Toda aquella vegetación que les rodeaba, aquel sordo borboteo del estanque, aquella desnuda lascivia del follaje, les sumergía en pleno y dantesco infierno de la pasión, y entonces era cuando, en el fondo de aquella jaula de cristal que parecía hervir bajo una inmensa llama y perderse en el penetrante frío de Diciembre, saboreaban el incesto como el fruto criminoso de una tierra demasiado ardiente, con el mudo español de su aterradora cópula.

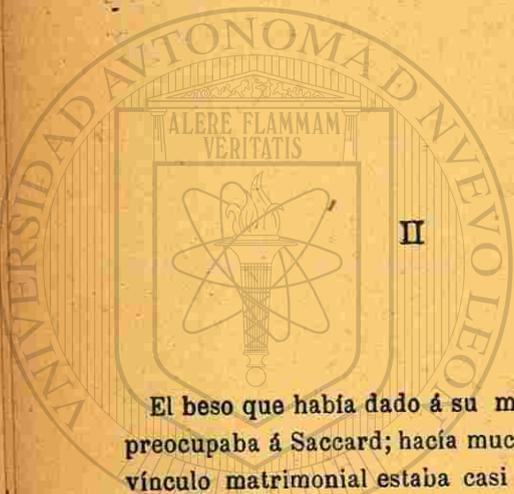
Y, en medio de la negra piel, aparecía como una mancha blanca, el cuerpo de Renata, encogida, en actitud felina, la espalda arqueada y apoyándose en sus brazos. Estaba henchida de voluptuosidad, y los claros perfiles de sus hombros y de sus caderas se destacaban lípidamente sobre aquella piel negra que parecía un manchón de tinta sobre la tierra.

Acechaba á Máximo, aquella presa tendida bajo ella, que se entregaba y se ponía completamente á merced suya; y de cuando en cuando se inclinaba bruscamente y le besaba con sus labios irritados, abriéndose entonces su boca con el ávido y sangriento brillo del hibisco de la China, cuya superficie cubría el lado del hotel. Se había conver-

tido por completo en una hija de la estufa; sus besos florecían y se marchitaban como las encarnadas flores de la malva, que apenas duran algunas horas y sin cesar renacen, semejantes á los marchitos é insaciables labios de alguna gigantesca Mesalina.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN[®]
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO



El beso que había dado á su mujer en el cuello preocupaba á Saccard; hacía mucho tiempo que el vínculo matrimonial estaba casi roto entre ellos, y que, establecida por sí sola la separación, ninguno de los dos trataba de retener unos lazos que verdaderamente les molestaban. Unicamente se le ocurría á Saccard entrar en las habitaciones de su mujer, cuando esperaba hacer un buen negocio con ella.

A pesar de las inquietudes que le inspiraba el desenlace, el asunto de Charonne iba bien.

Sansonneau con sus sonrisas y sus camisas relucientes le desagradaba: no era más que el intermediario, el testafiero, cuyas complacencias pa-

gaba con el interés de un diez por ciento sobre las futuras ganancias, pero aunque el agente de expropiaciones no hubiese puesto un céntimo en el negocio, y Saccard, después de haber facilitado los fondos para el café cantante, hubiese tomado todas sus precauciones por medio de escrituras de contraventa, pagarés con fecha en blanco, plazos adelantados, etc., no por eso dejaba de experimentar vagos temores, presentimientos de alguna felonía, adivinando en su cómplice la intención de sacar partido de aquel falso inventario que Sansonneau conservaba cuidadosamente, y al cual debía únicamente el tomar parte en el negocio.

Por esta causa, los dos compadres se estrechaban la mano afectuosamente, y Sansonneau llamaba á Saccard «querido maestro». En el fondo sentía verdadera admiración por aquel equilibrista, cuyos ejercicios en la cuerda floja de la especulación seguía con toda la atención de un buen aficionado. La idea de engañarle le cosquilleaba, cual extraña y tentadora voluptuosidad; acariciaba un plan todavía no formulado, no sabiendo como esgrimir el arma que poseía, y con la cual temía herirse á sí mismo. Desde luego comprendía que estaba á merced de su antiguo compinche. Los terrenos y las construcciones que los inventarios, sabiamente calculados, apreciaban ya en cerca de dos millones de francos, y que no valían la cuarta

parte de esta suma, debían concluir por confundirse en una espantosa quiebra si el hada de la expropiación no los tocaba con su varita de oro. Según los primitivos planos que había podido consultar, el nuevo bulevar, abierto para enlazar el parque de artillería de Vincennes con el cuartel del príncipe Eugenio, y poner aquel parque en el corazón de Oásis, dando la vuelta al fanbourg de San Antonio, debía ocupar parte de los terrenos, pero quedaba el temor de que sólo fuesen ligeramente tocados, y que la ingeniosa especulación del café cantante, fracasase por su propia imprudencia. En este caso Sansonneau quedaría envuelto en una delicada aventura, peligro que no le pedía sin embargo, y á pesar de su papel forzosamente secundario, engolfarse cuando pensaba en el diez por ciento que se cogería de tan colosal robo de millones, y entonces no podía resistir la furiosa comezón de alargar la mano y recoger su parte.

Saccard no había querido ni siquiera que prestase dinero á su mujer, entreteniéndose en fraguar él mismo aquel enredo de melodrama, con el cual se recreaba su amor á los negocios complicados.

—No, no, querido mío,—decía con un acento provenzal, que todavía exageraba cuando quería que sus chistes tuviesen más gracia;—no enrede-

mos nuestras cuentas. Usted es el único hombre en París á quien he jurado no deber nunca nada.

Sansonneau se contentaba con insinuarle que su mujer era un pozo, y le aconsejaba que no le diese un céntimo, para que cediese su parte lo más pronto posible. El agente hubiera preferido no tener que entenderse más con Saccard, y le tanteaba algunas veces, llevando las cosas hasta el punto de decirle un día, con su acento indiferente de vividor.

—Será preciso que arregle mis papeles. Su señora de usted me causa miedo, querido amigo. No quiero que el día menos pensado sellen ciertos papeles.

Saccard no era hombre á propósito para sufrir con paciencia ciertas alusiones, cuando sabía, sobre todo, á que atenerse respecto del escrupuloso y severo orden que reinaba en las oficinas de aquel personaje. Toda su persona, astuta y activa, se sublevaba contra el temor que quería infundirle aquel aparatoso usurero con guantes amarillos, pero no obstante sentía escalofríos cuando pensaba en la posibilidad del escándalo, y se veía brutalmente desterrado por su hermano y viviendo en Bélgica de algún negocio de mal género. Un día se incomodó y llegó hasta tutear á Sansonneau.

—Oyeme, niño mío,—le dijo,—eres un guapo

chico, pero harías divinamente en entregarme el documento que ya sabes, pues verás como ese pedazo de papel acaba por indisponernos.

El otro se fingió asombrado, estrechó fuertemente la mano de su «querido maestro» y le dió mil seguridades sobre su honradez. Saccard lamentó después su ligereza. Por aquella época fué cuando pensó seriamente en unirse de nuevo á su mujer; podía necesitar de ella contra su cómplice, asegurando que los negocios se trataban magníficamente en la cama. El beso, pues, que había dado á su mujer en el cuello, fué para él, poco á poco, la revelación de una nueva táctica.

Sin embargo, no tenía prisa; iba preparando los medios de que tenía que hacer uso. Empleó todo el invierno en madurar su plan, y preocupado al mismo tiempo por cien negocios, á cual más escabroso y enredado. Fué para él un invierno terrible, lleno de sacudidas, prodigiosa campaña, durante la cual fué preciso vencer diariamente la quiebra. Lejos de disminuir los gastos de su casa, dió una serie de fiestas suntuosas; pero para hacer frente á todo, tuvo que descuidar á Renata, reservándola para el golpe de gracia, cuando la operación de Charonne estuviera ya madura. Se limitó á preparar el desenlace, no dándole dinero sino por conducto de Sansonneau. Cuando él podía disponer de algunos millones de francos y Re-

nata se quejaba de escasez, se los llevaba, diciéndola que los hombres como Sansonneau exigían un pagaré del doble de la cantidad que habían prestado.

Aquella comedia le distraía agradablemente, y la historia de los pagarés le entusiasmaba por el aspecto novelesco que daba al negocio. Aun en los momentos en que obtenía mayores beneficios de sus enredos, satisfacía irregularmente la pensión de su mujer, haciéndola regalos verdaderamente regios, dándola puñados de billetes de Banco, y dejándola después, durante semanas enteras, en el mayor apuro. Cuando se encontraba seriamente comprometido hablaba de los gastos de la casa, trataba á su mujer como á un acreedor al cual no se quiere confesar su ruína y se procura impacientar con historias. Ella apenas le escuchaba: firmaba todo lo que le presentaba delante, y lo único que sentía era no poder firmar más.

Aristides tenía ya pagarés firmados por valor de doscientos mil francos, que apenas si le habían costado ciento diez mil. Después de hacerlos endosar por Sansonneau, á nombre del cual estaban suscritos, los hacía viajar de un modo prudente, esperando más tarde servirse de ellos como armas decisivas. Le hubiera sido imposible terminar aquel terrible invierno, prestar con usura á su

mujér y mantener el tren de su casa, á no ser por la venta de los solares del boulevard Malesherbes, que Mignon y Charrier le pagaron al contado si bien haciéndole un descuento considerable.

Aquel invierno fué para Renata un goce continuado. Lo único que turbaba su dicha era la falta de dinero. Máximo era muy costoso para la joven, y siempre la dejaba pagar, pues continuaba tratándola como madrastra. Pero aquella miseria oculta era para ella una nueva voluptuosidad. Se inquietaba y se rompía la cabeza para que á su querido niño no le faltase nada, y cuando podía sacarle á su marido algunos miles de francos, los gastaba con su amante locamente, como dos colegiales que se escapan por primera vez. Cuando no tenían dinero se quedaban en el hotel, gozando de aquel gran edificio, de aquel lujo tan nuevo y tan insolentemente estúpido. Saccard nunca estaba allí; los amantes salían de casa menos que antes, y era que Renata, por fin, había llenado de ardientes goces la vida glacial de aquellos dorados techos. Aquella casa sospechosa, consagrada al placer mundano, se había convertido en templo, en el que se practicaba ocultamente una nueva religión. Máximo, no sólo era el que daba la nota aguda que se armonizaba con sus locos trajes: era el amante hecho para aquel hotel de anchas vidrieras de almacén, y profusión de es-

culturas que lo inundaban desde el sótano al tejado; era el que animaba aquellos yesos, desde los dos rechonchos amorcillos que en el patio dejaban caer desde su caracol un hilo de agua, hasta las grandes mujeres desnudas que sostenían los balcones y jugaban en medio de los frontones con espigas y manzanas. Unicamente por él se explicaba el recargado lujo del vestíbulo, el jardín harto estrecho, y las deslumbrantes habitaciones, en las que se veían demasiados sillones, pero ni un solo objeto de arte. La joven, que allí se había aburrido mortalmente, halló de pronto goces ignorados, y usó de todo aquello como de cosa cuya utilidad no hubiera comprendido al principio. Y no sólo paseó su amor por las habitaciones, por el saloncito botón de oro y por la estufa, sino por todo el hotel, concluyendo por gozar hasta sobre el diván de la sala de fumar, confesando que aquella pieza tenía un olor de tabaco muy agradable.

En lugar de un día de recepción como antes, fijó los jueves asistían todos los intrusos, pero los lunes estaban destinados exclusivamente á las amigas íntimas. Este día no eran admitidos los hombres, siendo Máximo el único que asistía á aquellas reuniones delicadas que se celebraban en el saloncito. Una noche tuvo la originalísima idea de vestirle de mujer y presentarle como una pri-

ma suya. Adelina, Susana, la baronesa de Meinhold y otras que estaban allí, se levantaron y saludaron, sorprendidas de aquella cara que les parecía no serles desconocida. Después, cuando por fin le reconocieron, riéronse mucho y no quisieron de ningún modo que el joven cambiase de traje, reteniéndole entre sus faldas y aprovechando la ocasión para decir chistes de dudosa moralidad. Después de acompañar á aquellas señoras hasta la puerta principal del hotel, daba la vuelta al parque y volvía por la estufa. Las amigas de Renata, nunca sopecharon lo más mínimo; apesar de que los amantes no podían demostrarse más familiaridad al llamarse camaradas. Y aunque á veces algún criado les viese abrazarse al abrir ó cerrar las puertas, no podía sorprenderles, estando ya acostumbrados á las bromas de la señora y del hijo del señor.

Aquella completa libertad y aquella impunidad les enardecía más aún; y si bien es verdad que por la noche corrían los cerrojos, durante el día se abrazaban y se besaban por todo el hotel. Inventaron mil juegos para no aburrirse los días lluviosos, consistiendo siempre el mayor placer de Renata en hacer encender un gran fuego y adormecerse delante de la chimenea. Aquel invierno desplegó un lujo maravilloso en ropa blanca, gastando camisas y peinadores de exorbitante precio, cu-

yos entredoses y batistas parecían apenas cubrir-la de un vapor blanquecino, pareciendo al rojizo resplandor de las llamas como desnuda, con la piel sonrosada como los encajes é iluminado el cuerpo á través de las finisimas telas. Máximo, acurrucado á sus pies, la besaba las rodillas sin sentir el lienzo, que tenía el temple y el calor de aquel hermoso cuerpo. El día estaba nublado y la luz caía semejante á la del crepúsculo, en la habitación de seda gris, mientras que Celeste iba y venía detrás de ellos con su andar tranquilo, convertida, naturalmente, en su cómplice. Una mañana que tardaron en levantarse les encontró en la cama y conservó su flema de criada insensible. Ellos no se cohibían de su presencia; entraba á todas horas y ni una sola vez el ruido de sus besos le hacía volver la cabeza. Contaban con que ella les avisase en caso de peligro, pero no compraban su silencio; era una cómplice que no costaba nada, muy honrada y á quien no se conocía ningún enredo.

Renata, sin embargo, no se había enclaustrado. Iba á todas partes y siempre llevaba detrás á Máximo como un paje rubio con frac negro, gozando aún de más vivos placeres. La estación fué para ellos un continuo triunfo. Nunca su imaginación concibió ideas más atrevidas de trajes y peinados, y entonces fué cuando se atrevió á vestir aquel

famoso traje de raso color de espino, sobre el cual se veía bordada toda una cacería de ciervos, con atributos, frascos de pólvora, cuernos de caza y cuchillos de anchas hojas. Entonces fué también cuando puso de moda los peinados antiguos, que Máximo tuvo que ir á dibujar al museo Campana, recientemente abierto. Se rejuvenecía, estaba en la plenitud de su turbulenta belleza; el incesto la comunicaba un fuego que relucía en el fondo de sus ojos y prestaba ardor á sus risas. Su lente adquiría suprema insolencia sobre la punta de su nariz, y miraba á las demás mujeres, á sus buenas amigas, encenagadas en la enormidad de algún vicio, con aspecto de adolescente jactancioso, con una sonrisa fija que parecía decir: «Yo también tengo mi crimen».

Máximo encontraba insoportable la sociedad. Pretendía fastidiarse por *chic*, pero realmente no se divertía en ninguna parte. En las Tullerías y en casa de los ministros desaparecía entre las faldas de Renata, pero cuando se trataba de alguna escapatoria, se convertía en amo. Renata quiso volver á visitar el gabinete del bulevar y la anchura del diván la hizo reír maliciosamente. Después Máximo la llevó á todas partes, á casa de muchachas sospechosas, al baile de la Opera, á los escenarios de los teatrillos, á todos los sitios equivocados donde podían codearse con el vicio brutal,

saboreando los placeres del incógnito. Cuando volvían furtivamente al hotel, dormían, cansados, uno en brazos del otro, gozando de la embriaguez del París licencioso y oyendo resonar todavía en sus oídos canciones obscenas. Al día siguiente, Máximo imitaba á los actores, y Renata, sentada al piano, procuraba remedar la voz ronca y los meneos de caderas de Blanca Muller, en la *Bella Elena*.

Las lecciones de música que había tomado en el convento no le servían más que para aprender las coplillas de las nuevas bufonadas, inspirándole un santo horror las piezas serias. Máximo se burlaba con ella de la música alemana, y se creyó en el deber de ir á silbar el *Tanhäuser* por convicción y en defensa de las alegres canciones de su madrestra.

Otro de sus grandes goces fué patinar; aquel invierno estaban de moda los patines, y hasta el emperador fué de los primeros que fueron sobre el hielo en el lago del Bosque de Bolonia. Renata encargó á Worms un traje completo de polaca; de terciopelo y pieles, haciendo también que Máximo se pusiera botas altas y su gorrito de piel de zorro.

Llegaban al Bosque con un frío espantoso que les producía escozor en las narices y en los labios, como si el viento les hubiera arrojado arena

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1940 1625 MONTERREY, MEXICO

menuda al rostro, pero aquello les divertía.

El Bosque semejava una gran masa gris con festones de nieve que parecían, tendidos á lo largo de las descarnadas ramas de los árboles, delicadas guarniciones de guipure; y bajo el cielo pálido, por encima del lago helado y empañado, sólo se distinguían los pinos de las islas, que dibujaban todavía sobre el horizonte sus cortinajes teatrales, en los que la nieve colocaba también anchos encajes.

Corrían los dos en el aire helado, con el rápido vuelo de las golondrinas que rozan la tierra con sus alas; con una mano en la espalda y apoyados con la otra sobre el hombro el uno del otro, se deslizaban derechos, risueños, unidos, girando sobre sí mismos en el ancho espacio limitado por gruesas cuerdas.

Desde lo alto de la gran avenida los tontos los contemplaban; algunas veces Renata y Máximo se acercaban á calentarse á los braseros puestos á la orilla del lago, y volvían á partir, extendiendo en redondo su vuelo, con los ojos llorosos por el placer y por el frío.

Al llegar la primavera recordó Renata sus antiguas melancolias, y quiso que Máximo se pasease con ella por el Parque Monceaux, durante la noche á la luz de la luna. Fueron á la gruta y se sentaron en la hierba, ante la columnata; pero cuando ex-

presó el deseo de pasear por el diminuto lago del Parque, notaron que la barca que se veía desde el hotel, sujeta á una orilla del paseo, carecía de remos. Sin duda los retiraban por la tarde. Aquello fué para ellos un desengaño. Por otra parte las sombras del Parque inquietaban á los amantes; hubiesen deseado que se diese en él una fiesta veneciana con faroles encarnados y con orquesta.

Les gustaba más de día, por las tardes, y muchas veces se asomaban á las ventanas del hotel para ver los carruajes que seguían la graciosa curva de la gran avenida, complaciéndose en contemplar aquel extremo del nuevo París, aquella naturaleza agradecida y fecunda, aquellas praderas que parecían terciopelo, entrecortadas por canastillas de flores y arbustos escogidos, y guarnecidas de magníficas rosas blancas. Los coches se cruzaban allí tan numerosos como en un bulevar, y las mujeres, paseando, arrastraban suavemente sus faldas como si no hubiesen dejado de pisar la alfombra de sus salones.

Y á través del follaje, criticaban los trajes, se mostraban los trenes, gozaban verdaderas dulzuras con los templados colores de aquel delicioso jardín. El extremo de la dorada verja brillaba entre los árboles; una multitud de patos cruzaban el estanque; el puentecillo, de estilo Renacimiento, blanqueaba, completamente nuevo, sobre el

verde, mientras á las dos orillas de la gran avenida, sobre sillas pintadas de amarillo, se entretenían charlando las mamás.

El nuevo París subyugaba á los amantes, y muy amenudo recorrían en coche la ciudad, dando grandes rodeos para pasar por algunas calles, á las cuales profesaban verdadero cariño.

Las casas altas, con grandes puertas, llenas de esculturas, con grandes balcones en los que relucían con enormes letras doradas nombres, muestras y razones sociales, les causaba admiración. Mientras el coche desfilaba, seguían con amistosa mirada la línea gris de las aceras, anchas, interminables, con sus bancos, sus columnas pintarrajeadas y sus esbeltos árboles.

Aquella línea blanquecina que llegaba al extremo del horizonte achicándose y abriéndose sobre un cuadro azulado del vacío; aquella doble y no interrumpida fila de almacenes, en los que los dependientes sonreían á los clientes, aquellas corrientes de muchedumbres, caminando y bullendo, les comunicaba poco á poco una satisfacción en la vida de la calle.

Les gustaban hasta las mangas de riego, que hacían pasar como un humo blanco el agua delante de sus caballos, extendiéndola y dejándola caer en forma de fina lluvia bajo las ruedas del coche, bañando el suelo y levantando ligera nube de pol-

vo. Siempre estaban rodando y les parecía que el coche rodaba sobre alfombras á lo largo de aquellas calles rectas y sin fin, hechas únicamente para librarles del espectáculo de las oscuras callejuelas.

Para ellos, cada bulevar se convertía en un corredor más del hotel. El sol sonreía sobre las fachadas nuevas, iluminaba los cristales de las ventanas, hería los toldos de las tiendas y de los cafés y caldeaba el asfalto, bajo los precipitados pasos de la muchedumbre. Y cuando volvían, aturdidos por el barullo resplandeciente de aquellos largos bazares, se distraían en el Parque Monceaux, como si tuviesen en la plataforma del nuevo París, ostentando su lujo á las primeras caricias de la primavera.

Cuando obligados por la moda abandonaron á París, fueron á los baños de mar, pero en las playas del Océano estaban siempre disgustados y pensando en las aceras de los bulevares. Hasta su mismo amor se aburría allí: aquel amor era una flor de estufa, que tenía necesidad del gran lecho gris y rosa, de la desnuda carne del gabinete y del alba dorada del saloncito. En cuanto se encontraban solos por la tarde, frente al mar, no se les ocurría nada que decirse. Ella intentó cantar su repertorio del teatro de Variedades acompañándose en un piano desvencijado que agonizaba en

un rincón de su habitación, pero el instrumento humedecido constantemente por el viento de mar, tenía los acentos melancólicos del profundo oleaje. *La Bella Elena* se convirtió allí en lúgubre y fantástica, y la joven para consolarse, deslumbró la playa con sus trajes prodigiosos. Todas las señoras se aburrían allí, esperando el invierno y buscando desesperadamente un traje de baño que no las hiciese demasiado feas. Renata no pudo decidir á Máximo á que se bañase. El joven tenía un miedo horroroso al agua; cuando las olas llegaban á mojarle sus botinas, palidecía y por nada del mundo se hubiera acercado á la menor escarpadura, huyendo siempre de las rocas y dando grandes rodeos para evitar la vista de ellas.

Saccard fué dos ó tres veces á ver «á los niños» aunque según decía, estaba agobiado por los negocios. Hasta fines de Octubre no volvieron á París, y entonces fué cuando Aristides pensó seriamente en unirse á su mujer. El negocio de Charonne maduraba; su plan era claro y brutal. Contaba jugar con Renata como lo hubiera podido hacer con una querida. La joven estaba siempre apurada por falta de dinero, y su orgullo la impedía acudir á su marido, como no fuese en último extremo. Aristides se propuso aprovechar la primera petición de su mujer, para ser galante y reanudar con ella, en medio de la alegría de algu-

na deuda pagada, relaciones interrumpidas ya largo tiempo.

En París esperaban á Renata y á Máximo los más terribles compromisos. Muchos de los pagarés firmados á Sansonneau habían vencido, pero como Saccard los dejaba dormir en casa del procurador, aquello inquietaba poco á la joven, quien en cambio estaba espantada por su deuda á Worms, que ascendía ya á cerca de doscientos mil francos. El sastre exigía algo á cuenta, amenazando con la suspensión de crédito, y Renata se estremecía al pensar en el escándalo de un proceso, y sobre todo en un rompimiento con el ilustre modisto. Además necesitaba dinero para su bolsillo: iban á aburrirse enormemente ella y Máximo sino podían gastar algunos luises todos los días. Aquel niño tan querido estaba sin un céntimo y registraba inútilmente los cajones de su padre. Su fidelidad y ejemplar conducta durante siete ú ocho meses, obedecían en gran parte á su carencia de dinero. No siempre tenía veinte francos para convidar á cenar á alguna entretenida, y entonces se retiraba filosóficamente al hotel. La joven, en todas sus escapatorias, le daba su portamonedas para que pagase en los restaurantes, en los bailes y en los teatrillos, y continuaba tratándole maternalmente, pagando ella misma con sus enguantados dedos en la pastelería donde entraban todas las tardes

á comer pastelillos de ostras. Muy á menudo Máximo al levantarse se encontraba en su chaleco algunos luises que Renata había puesto allí, como pudiese hacerlo una madre cariñosa con un estudiante. Aquella hermosa vida de gustos, caprichos satisfechos y placeres fáciles iba á concluir; pero un temor todavía mayor les llenó de zozobra: el joyero de Silvia, á quien Máximo debía diez mil francos, se incomodaba y hablaba de la cárcel. Los pagarés que tenía en su poder, protestados ya hacía tiempo, habían ocasionado tales gastos que la cuenta ascendía á tres ó cuatro mil francos más.

Saccard declaró terminantemente que no haría nada en el asunto: su hijo en Clichy llamaría la atención, y cuando lo sacase de allí se hablaría mucho de la esplendidez paterna. Renata estaba verdaderamente desesperada: veía á su querido niño preso en un inundo calabozo y tendido sobre un montón de paja. Una noche le propuso seriamente que no saliese de sus habitaciones, y que viviese allí ignorado de todos y al abrigo de los alguaciles, jurando que encontraría dinero. Necesitaba cincuenta mil francos, quince mil para Máximo, treinta mil para Worms y cinco mil para sus gastos, poniéndose inmediatamente en campaña para conseguirlos.

Después de ciertas repugnancias se decidió á

pedir los cincuenta mil francos á su marido. Las últimas veces que Aristides había estado en su cuarto para llevarla dinero, la había dado nuevos besos en el cuello, cogiéndola de las manos y hablándola de su cariño. Las mujeres tienen un sentido muy delicado para adivinar á los hombres, así es que Renata esperaba una exigencia, una venta tácita, conducida entre sonrisas. Y en efecto, cuando pidió los cincuenta mil francos, él se asustó, diciendo que Sansonneau no prestaría semejante cantidad, y que á él mismo le sería muy difícil. Después, cambiando de voz y como si estuviese muy emocionado, murmuró:

—No se te puede negar nada. Voy á recorrer todo París... Quiero que estés contenta.

Y aplicando los labios á su oído, besándola en los cabellos y con la voz temblorosa, añadió:

—Mañana por la noche te los traeré á tu cuarto... sin pagaré.

Renata contestó vivamente que no le corría tanta prisa y que no quería que se molestase hasta tal punto. Aristides, que acababa de poner su corazón entero en aquel «sin pagaré» que había dejado escapar, y del cual se lamentaba, no pareció haber recibido una respuesta desagradable, y se levantó diciendo:

—Bueno; pues á tu disposición... Encontraré la cantidad cuando la quieras, pero te advierto qu

Sansonneau nada tiene que ver con ello. Es un regalo que me permito hacerte.

Y sonreía con aspecto de hombre honrado, mientras Renata quedaba presa de cruel angustia, comprendiendo que iba á perder el poco equilibrio que le quedaba si se entregaba á su marido. Su último orgullo consistía en estar casada con el marido, pero en ser la mujer del hijo. Frecuentemente, cuando notaba frialdad en Máximo, procuraba hacerle comprender con claras alusiones aquella situación; verdad es que el joven, á quien esperaba ver caer á sus pies ante aquellas revelaciones, permanecía indiferente, creyendo que lo que quería darle á entender es que él y su padre no se encontrarían nunca en el gabinete gris.

Cuando Saccard salió, vistiéndose apresuradamente é hizo enganchar. Mientras su carruaje rodaba, iba pensando en el modo de pedir á su padre los cincuenta mil francos. Se había aferrado á aquella brusca idea sin querer meditarla, sintiéndose débil en el fondo y presa de invencible temor ante aquel paso. Cuando hubo llegado al patio del hotel Bérard, con su húmeda y claustal tristeza, se heló su sangre y sintió deseos de volverse atrás al subir la ancha escalera de piedra, en la que sus botinas resonaban fuertemente. En su precipitación había cometido la torpeza de escoger un traje de seda color hoja seca, con largos volantes de

encaje blanco, adornado con lazos de raso y cortado por un cinturón plegado en forma de banda. Aquel traje, al que servía de complemento un sombrero provisto de amplio velo blanco, producía tan singular efecto en la sombría monotonía de la escalera, que Renata tuvo conciencia de la extraña figura que en ella hacía. Temblaba al atravesar la austera fila de vastas habitaciones, en las que los vagos personajes de los tapices parecían sorprenderse ante aquel oleaje de faldas que cruzaba á través de la media luz de su soledad eterna.

Encontró á su padre en un salón que daba al patio, y que era el que generalmente ocupaba. Leía un libro abultado, colocado en un atril que se adaptaba á los brazos del sillón en que estaba sentado, mientras delante de una de las ventanas, la tía Isabel hacía media con largas agujas de madera, interrumpiendo sólo el silencio de la habitación el tic-tac incesante de aquellas agujas.

Renata se sentó; sintiéndose molesta y sin poder hacer ningún movimiento, temerosa de alterar la severidad de aquel recinto con el rumor de sus vestidos, cuyos encajes resaltaban con vigorosa blancura sobre el fondo oscuro de los muebles y de los tapices. El señor Beraud du Chatel la contemplaba con las manos puestas sobre el pupitre, y la tía Isabel hablaba del próximo matrimonio de Cristina con el hijo de un abogado muy rico; la

joven había salido con una vieja criada para hacer ciertos encargos, y la buena señora charlaba sola, con su voz cariñosa, sin cesar de hacer media, hablando de los negocios de la casa, y dirigiendo por encima de sus anteojos, risueñas miradas á Renata.

Esta se aturdió cada vez más. Todo el silencio del hotel pesaba sobre ella y hubiera dado cualquier cosa por que los encajes de su vestido hubiesen sido negros. La mirada de su padre la molestaba tanto, que llegaba hasta el punto de calificar de ridículo á Worms por haberla puesto aquellos volantes tan grandes.

—¡Qué hermosa estás, hija mía!—dijo de pronto la tía Isabel que aún no se había fijado en los volantes de su sobrina.

E interrumpió su tarea, asegurándose las gafas para ver mejor á Renata; su padre sonrió tristemente.

—Eso me parece un poco claro,—dijo,—y creo que con este traje debe andar una mujer muy comprometida por la calle.

—¡Pero, padre mío, no se sale así á pie!—exclamó Renata, lamentando en seguida aquella frase que se le había escapado.

El anciano iba á responder, pero se contuvo, y levantándose del sillón se irguió con su elevada estatura y echó á andar sin mirar á su hija, á quien

la emoción había trastornado. Cada vez que se esforzaba por animarse y buscaba un medio para pedirle el dinero, experimentaba gran sobresalto.

—Nunca se le ve á usted, querido padre—murmuró.

—¡Oh!—respondió la tía sin dar tiempo á su hermano á contestar,—tu padre sale ya muy poco y solo va al Jardín de Plantas. Y aún para eso es preciso que yo me enfade... Dice que en París se pierde y que la ciudad no se ha hecho para él... ¡Sí, sí, ya puedo servirle!

—Mi marido tendría un verdadero placer en que usted asistiese á algunas de nuestras recepciones—continuó la joven.

El señor Beraud du Chatel dió algunos pasos por la habitación y después dijo con acento tranquilo:

—Dale las gracias á tu marido. Es un muchacho activo y desearé por tu bien que haga honradamente sus negocios. Pero no tenemos las mismas ideas y yo no me encuentro á gusto en vuestra hermosa casa del Parque Monceaux.

La tía Isabel pareció afectarse ante aquella respuesta.

—¡Qué malos hace á los hombres la política!—dijo alegremente.—¿Quieres saber la verdad? Tu padre está enfadado con vosotros porque vais á las Tullerías.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

30923

El anciano se encogió de hombros como queriendo decir que su descontento se fundaba en otras causas más graves, y continuó paseando lentamente y pensativo. Renata quedó silenciosa un momento, teniendo ya en los labios la petición, pero se apoderó de ella un gran desfallecimiento y besando á su padre se levantó para marcharse. La tía Isabel la acompañó hasta la escalera. Al atravesar los salones continuó charlando con su vocecilla cascada y alegre:

—Eres feliz, querida niña mía, y me causa placer el verte tan hermosa y tan bien puesta, pues si tu matrimonio no hubiese dado buenos resultados, te juro que me hubiese creído yo la culpable de ello. Tu marido te quiere, tienes todo lo que necesitas ¿verdad?

—¡Ya lo creo!—respondió Renata esforzándose por sonreír y con la muerte en el corazón.

La tía se detuvo algunos instantes con la mano apoyada en la barandilla.

—Mira; lo único que me preocupa es que pudieras aturdirte con tu felicidad. Sé prudente y sobre todo no vendas nada, con objeto de que si un día tienes un hijo le puedas dar una fortuna.

Cuando Renata se encontró en el coche, un suspiro de satisfacción dilató su pecho; gotas de sudor frío caían de su frente y las enjugó pensando en la humedad glacial del hotel Beraud. Después,

cuando en el muelle de San Pablo la clara luz del sol inundó el coche, acordóse de los cincuenta mil francos y todos sus dolores renacieron más vivos aún. Ella, que tan atrevida se creía, ¡qué débil y cobarde había sido! ¡Y, sin embargo, se trataba de Máximo, de su libertad y de los goces de ambos! En medio de los amargos reproches que á sí misma se dirigía, surgió una idea en su mente que la acabó de desesperar. Debiera haber pedido los cincuenta mil francos á la tía Isabel. ¿En qué había estado pensando? Quizás la buena mujer le hubiera prestado aquella cantidad ó le hubiera aconsejado un medio para encontrarla. Ya se inclinaba para ordenar al cochero que volviese al hotel, cuando creyó ver la imagen de su padre atravesando lenta y magestuosamente el salón. Aquella visión le quitó el poco ánimo que la quedaba. ¿Qué excusa podría dar para justificar aquella segunda visita? Y no encontrándose con valor para hablar del asunto á la tía Isabel, mandó al cochero que la llevase á casa de su cuñada. Sidonia lanzó un grito de alegría, cuando la vió empujar la puerta, discretamente velada, de la tienda. Se encontraba allí por casualidad, pues iba á ver al juez de paz, ante quien había citado á una parroquiana. Pero no importaba; faltaría á la cita, lo dejaría para otro día; se consideraba dichosa con que su cuñada hubiese tenido al fin la amabi-

lidad de visitarla. Renata sonrió con embarazado aspecto, y no permitiendo Sidonia que permaneciese abajo, la hizo subir á la habitación por la escalerilla, después de haber quitado el picaporte de la tienda. Veinte veces al día quitaba y ponía aquel picaporte.

—Aquí, hermosa mía,—dijo haciéndola sentar,—podremos hablar cómodamente. Figúrate que llegas como llovida del cielo. Esta noche pensaba yo ir á tu casa.

Renata, que conocía la habitación, experimentaba en ella el mismo malestar que causa á un paseante un ángulo de bosque devastado en un paisaje querido.

—¡Ah!—dijo por fin.—¿Has cambiado la cama de sitio?

—Sí,—respondió tranquilamente la vendedora de puntillas.—A una de mis parroquianas le gusta más que esté enfrente de la chimenea y ella ha sido también la que me ha aconsejado que ponga cortinas encarnadas.

—Ya me parecía que las cortinas tampoco eran las mismas... El encarnado es un color muy vulgar.

Renata se colocó el lente, examinando aquella habitación que tenía el lujo de una habitación amueblada. Sobre la chimenea encontró largas horquillas para el pelo, que seguramente no pro-

cedían del escuálido peinado de Sidonia. En el sitio en que anteriormente había estado colocada la cama se veía el papel todo rozado, desteñido y sucio.

La corredora había procurado ocultar aquello con los respaldos de dos sillones, pero eran algo bajos y Renata reparó en aquella huella del uso.

—¿Tienes algo que decirme?—preguntó.

—Sí, es toda una historia,—dijo Sidonia, juntando las manos y con los gestos de un glotón que va á contar lo que ha comido.—Figúrate que M. de Saffré está enamorado de la hermosa señora Saccard... Sí, de ti misma, monona mía.

Renata no hizo el más insignificante gesto de coquetería.

—¿Pues no me habías dicho que estaba tan enamorado de la señora Michelin?

—¡Oh! eso ya ha terminado completamente... Si quieres te lo probaré... ¿No sabes que la Michelin ha obtenido los favores del barón Gouraud? Es una cosa que no se comprende. Todos los que conocen al barón se quedan estupefactos... ¿Y no sabes que también está en camino de conseguir el cordón rojo para su marido?... ¡Ah, es muy audaz la tal señora; no se queda corta ni necesita á nadie para ir por el mundo.

Estas últimas frases las pronunció con un sentimiento de admiración.

—Pero volvamos á M. de Saffré .. Te ha reconocido en un baile de actrices, envuelta en un dominó y hasta se acusa de haberte ofrecido una cena poco decorosamente. ¿Es verdad?

La joven quedó sorprendida.

—Completamente verdad, pero ¿cómo lo sabe que era yo?

—Dice que te reconoció después que ya habías abandonado el salón, y recuerda que te vió salir del brazo de Máximo... Desde entonces está locamente enamorado de ti. Su corazón se halla interesado ¿comprendes? un capricho.. Me ha suplicado que viniera á presentarte sus excusas...

—Está bien, dile que le perdono,—replicó Renata con sequedad.

Luego, como recordase sus apuros, exclamó:

—¡Si supieras, Sidonia, cómo me encuentrol! Necesito de un modo imprescindible, para mañana á primera hora, cincuenta mil francos. Para hablarte de eso he venido, pues por lo que te he oído decir sé que conoces á algunos prestamistas...

Sorprendida Sidonia por aquel imprevisto modo con que su cuñada le habló de sus angustias, tardó algunos instantes en darle la respuesta.

—Sí, desde luego, pero me parece preferible que antes recurrieses á los amigos, En tu lugar

¿sabes lo que haría? Me dirigiría tranquilamente á M. de Saffré primero.

Renata varió de un modo especial; y dijo:

—No me parece eso muy conveniente, si es verdad que está tan enamorado como tú dices.

Sidonia la dirigió una mirada penetrante, y poco ó poco su rostro pareció animarse, y sonriendo murmuró:

—¡Pobrecita! Has llorado, se te conoce en los ojos. No te amilanes, acepta la vida tal y como es... No te preocupes, yo te arreglaré este asunto.

Renata se levantó, y restregándose las manos, hacia crugir sus guantes. Permaneció de pie, violentamente agitada por una lucha interna horrible. Iba á abrir los labios acaso para aceptar cuando en la inmediata habitación oyó que sonaba la campanilla.

Salió Sidonia precipitadamente, por una puerta por la cual se veían en la otra pieza una doble fila de pianos. A los oídos de Renata llegaron el ruido de pasos de hombre y el rumor sofocado de una conversación en voz baja. Maquinalmente fué á examinar la mancha amarillenta que en la pared habían dejado los colchones. Aquella mancha la preocupaba y llegaba hasta molestarla. Olvidándolo todo, Máximo, los cincuenta mil francos y M. de Saffré, se quedó pensativa delante de la

cama; estaba mejor en el sitio de antes; indudablemente había mujeres que carecían por completo de buen gusto; con toda seguridad cuando se estuviera en la cama, la luz daría en los ojos. Y vagamente vió levantarse en el fondo de sus recuerdos la imagen del desconocido del muelle de San Pablo, su novela en dos citas, aquel amor de casualidad que había gozado cuando la cama estaba en frente. De aquello no quedaba más que el roce del papel pintado. Entonces, aquella habitación la producía un malestar, y ya se iba impacientando por el continuo cuchicheo que se oía en la habitación inmediata, cuando entró Sidonia, abriendo y cerrando la puerta con precaución, haciendo señas con la mano y recomendándole que hablara bajito.

Después, acercándose á ella, la dijo al oído:

—¿Sabes lo que ocurre? Está ahí M. de Saffré.

—¿No le habrás dicho que estoy aquí?— dijo Renata con inquietud.

La corredora pareció quedar sorprendida, y contestó con la mayor candidez:

—Sí que se lo he dicho... Está ahí fuera esperando que le diga que entre. Eso sí, no le he hablado de los cincuenta mil francos.

La joven, completamente pálida, se levantó como si le hubiesen dado un latigazo. Una oleada de dignidad y orgullo subió á su rostro. Aquellas

pisadas que sonaban brutalmente en la habitación inmediata la exasperaban.

—Me voy,—dijo secamente.—Abreme.

—No seas niña,—exclamó Sidonia procurando sonreír.—...¿Qué excusa voy á darle después de haberle dicho que estabas aquí?... Me comprometes si te marchas...

Pero la joven había ya bajado la escalerilla, y repetía delante de la cerrada puerta de la tienda:

—Abreme, ábreme.

La vendedora de puntillas, sacando el picaporte de su bolsillo, intentó aún convencerla de que no se marchase. Por último, encolerizada y dejando ver en el fondo de sus ojuelos grises toda la arce sequedad de su naturaleza, exclamó:

—Pero en fin, ¿qué quieres que le diga?

—Que aún no me vendo,—contestó Renata ya con un pie en la acera.

Marchándose ya, le pareció oír á Sidonia que murmuraba, cerrando bruscamente la puerta: «Anda, necia, me las pagarás».

—Prefiero mil veces á mi marido,—dijose la joven al subir en el coche.

Fué directamente al hotel, y por la tarde dijo á Máximo que no fuera, porque estaba mala y necesitaba descansar.

Al día siguiente, cuando le entregó los quince mil francos para el joyero de Silvia, se quedó cor-

tada ante su sorpresa y sus preguntas. Le dijo que su marido había hecho un buen negocio y se los había dado. Pero desde aquel día se tornó más extravagante; cambiaba frecuentemente las horas de las citas, y muchas veces también le esperaba en la estufa para decirle que se retirara. A Máximo le inquietaban poco aquellos cambios de humor, pues se complacía en ser una cosa obediente en manos de las mujeres. Lo que más le aburría era el aspecto moral que algunas veces tomaban sus entrevistas. Renata se entristecía, y hasta algunas veces se escapaban gruesas lágrimas de sus ojos, acostumbrando á interrumpir en ocasiones la canción del «hermoso mancebo» de la *Bella Elena*, para entonar los cánticos del colegio, y preguntar á su amante si no creía que su falta sería castigada tarde ó temprano.

—Decididamente se va haciendo vieja—pensaba Máximo.

Renata sufría entonces cruelmente y hubiera preferido entonces aceptar las relaciones de M. de Saffré. Si se había sublevado en casa de Sidonia, había sido cediendo á un impulso intuitivo de dignidad, á la repugnancia de aquella venta propuesta totalmente; pero en los días sucesivos cuando esperimentó las angustias del adulterio, todo en ella se hizo sombrío, y se consideraba tan despreciable, que no hubiese tenido incon-

veniente en entregarse á cualquiera. Si hasta aquel instante el recuerdo de su marido se había mezclado algunas veces al incesto como un recuerdo voluptuosamente doloroso, el marido, el hombre mismo, se confundía entonces en él con tal brutalidad que convertía sus más dolorosas sensaciones en terribles dolores. Ella que gozaba en los refinamientos de su falta y que soñaba con placer en apartado y sobrehumano paraíso en el que los dioses gozasen sus amores en familia, rodaba en una bacanal vulgar, compartida entre dos hombres. En vano intentó gozar la infamia. Ofrecía los labios, calientes todavía por los besos de Saccard, á los besos de Máximo, y su curiosidad descendiendo hasta el fondo de aquellas malditas voluptuosidades, llegó hasta mezclar aquellas dos ternuras, buscando al hijo en los abrazos del padre. De aquel viaje á lo desconocido del mal, de aquellas ardientes tinieblas en las que confundía su doble amante con temores que comunicaban cierta rabia á sus placeres, salía siempre más espantada y más atormentada que nunca.

Reservándose aquel drama para sí sola, duplicó el sufrimiento con la fiebre de su imaginación. Antes hubiera querido morir que confesar la verdad á Máximo, con el sordo temor de que el joven se indignase y la abandonara, y sobre todo, con

la creencia absoluta de lo monstruoso de su pecado, que antes hubiera atravesado desnuda el parque, que confesar en voz baja su vergüenza. Por otra parte, continuaba siendo la aturdida que asombraba á París con sus extravagancias. La asaltaban nerviosas alegrías y concebía caprichos prodigiosos de los que se ocupaban los periódicos, designándola por sus iniciales. Durante aquel tiempo fué cuando quiso batirse seriamente á pistola con la duquesa de Sternich que había hablado mal de ella y vertido un vaso de ponche sobre su vestido, siendo preciso que su cuñado el ministro se enojase. Otra vez apostó con la señora Lauwercus á que recorrería en menos de diez minutos la pista de Lougchamps. El mismo Máximo se asustaba ya de aquella cabeza destornillada, y en la que creía oír por la noche, sobre la almohada, todo el ruido de una ciudad ansiosa de placeres.

Una noche fueron juntos al teatro Italiano, entrando sin ni siquiera mirar el cartel. Querían ver á la Ristori, la célebre trágica italiana, que llamaba la atención de todo París. Se representaba *Fedra*. Máximo recordaba aún el repertorio clásico y Renata sabía bastante bien el italiano para seguir la obra. El drama produjo en ella una emoción hondísima, en aquel idioma cuyas sonoridades en ocasiones le hacían el efecto de un simple acompañamiento de orquesta, realzando la

mímica. De *Hipólito* hacía un mocetón pálido, actor mediano, que lloriqueaba su papel.

—¡Qué imbécil!—murmuró Máximo.

Pero la Ristori, con sus robustos hombros, agitados por los sollozos, con su trágico semblante y sus fornidos brazos, conmovía profundamente á Renata. Fedra era de la sangre de Pasifae, y la joven se preguntaba de qué sangre podría ser ella, la incestuosa moderna. De la obra no veía más que aquella mujer, arrastrando por el escenario el crimen de la antigüedad. En el primer acto, cuando Fedra confía á Anone su criminal pasión, en el segundo cuando se declara ardientemente á Hipólito, y después en el cuarto, cuando la vuelta de Theseo la confunde, y se maldice á sí misma en una crisis de sombrío furor, lanzó un grito tal de pasión salvaje, de deseo sobrehumanamente voluptuoso, que la joven sintió estremecerse sus carnes á impulsos de sus propios deseos y de sus propios remordimientos.

—Atiende,—dijo Máximo á su oído,—vas á oír á Theramene. ¡El viejo recita muy bien!

El actor empezó á recitar con cavernosa voz:

«Apenas salimos de las puertas de Tressene,
Iba él en su carro...»

Pero Renata mientras hablaba el viejo ya no miraba ni oía. La lámpara la cegaba; hasta ella

llegaban sofocantes ardores procedentes de todos aquellos rostros fijos en la escena. Continuaba interminable el monólogo. Renata se creía en la estufa bajo el ardiente follaje, y veía á su marido entrar y sorprenderla con su hijo. Sufrió horriblemente y ya estaba casi desvanecida, cuando el último rugido de Fedra, arrepentida y moribunda retorciéndose en medio de las convulsiones del veneno, la hizo abrir los ojos. El telón caía. ¿Tendría ella valor para envenenarse algún día? ¡Qué mezquino y vergonzoso era su drama al lado de la epopeya antigua! Y mientras Máximo la ponía sobre los hombros el abrigo, ella aun oía tronar la voz de la Ristori, á la que respondía el murmullo complaciente de Anone.

Ya en el coche, sólo habló el joven, encontrando la tragedia pesada y diciendo que prefería las representaciones de los Bufos. Sin embargo, *Fedra* tenía «miga» y le había interesado, porque... Y para completar su pensamiento apretaba la mano de la joven. Después se le ocurrió una idea muy graciosa, y no pudo resistir á la tentación de hacer una frase:

—Ya tenía yo razón para no acercarme al mar en Trouville.

Renata, sepultada en lo más hondo de su dolorosa meditación, callaba. Fué preciso que Máximo repitiese la frase.

—¿Por qué?—preguntó al joven sorprendida y sin haber comprendido aún.

—Por el monstruo...—contestó haciendo una ligera mueca.

Aquel chiste dejó helada á la joven, en cuya cabeza todo se trastornaba.

La Ristori no era más que una gran muñeca que recogía su manto y enseñaba la lengua al público como Bianca Muller en la *Bella Elena*; Therame-ne, bailaba el cancan; Hipólito comía tortas de dulce, metiéndose los dedos en la nariz.

Cuando algún remordimiento más agudo la hacía estremecer, revelábase Renata llena de soberbia. ¿Cuál era su crimen y por qué había de ruborizarse? ¿Acaso no veía todos los días á su alrededor las mayores infamias? ¿Acaso no se codeaba en las Tullerías, en casa de los ministros y en todas partes miserables como ella que poseían millones en sí mismas y eran adoradas de rodillas? Entonces pensaba en la vergonzosa amistad de Adelina d' Espanet y Susana Haffner, de la cual se hablaba algunas veces en las reuniones de la emperatriz. Recordaba el negocio de la señora Sanvesens, celebrada de los hombres por su buena conducta, su orden y su exactitud en pagar á sus proveedores. Se acordaba de la señora Darté, de la Teissiere y de la baronesa de Meinhold, aquellas criaturas cuyo lujo pagaban sus amantes

y que se cotizaban en el gran mundo como los valores de Bolsa. La señora de Güende era tan estúpida y tan bien formada, que tenía por amantes á tres oficiales á la vez, sin poderlos distinguir á causa de sus uniformes, lo que daba motivo á la mala lengua de Luisa, que para saber con cual de los tres hablaba, los hacía poner en camisa. La condesa Vanska le recordaba los paseos en que había cantado, y las aceras á lo largo de las cuales la había visto vestida de india, rodando como una loba. Cada una de aquellas mujeres, tenía su llaga visible y triunfante. Después, dominándolas á todas, la duquesa de Sternich se alzaba fea, envejecida, hastiada, con la gloria de haber compartido una noche su cama con el emperador: representando el vicio oficial, conservaba así como una majestad del libertinaje y una soberanía sobre toda aquella ilustre pléyade de cortesanas.

Entonces la incestuosa se acostumbraba á su falta como á un traje de gala cuya rigidez le hubiese molestado al principio. No hacía más que seguir la moda, vistiéndose y desnudándose como los demás, y concluyó por creer que vivía en un mundo superior á la moral común, en el que los sentidos se aguzaban y se desarrollaba, y en que era permitido estar desnuda para el goce del Olimpo entero. El mal se convertía en lujo, en una flor prendida en los cabellos, en un diamante

sujeto sobre la frente, y volvía á ver como emblema de justificación y redención, al emperador atravesando del brazo de un general por entre una doble fila de cabezas inclinadas.

El único hombre que la inquietaba, era Bautista, el ayuda de cámara de su marido. Desde que Saccard se mostraba galante con ella, aquel criado pálido y respetuoso le parecía que era un mudo reproche. No la miraba nunca; sus ojos tranquilos se dirigían por encima de su cabeza con el pudor de un sacristán huyendo de manchar su vista con la cabellera de una pecadora. Figurábase Renata que él lo sabía todo y hasta, de atreverse, hubiera comprado su silencio. Cuando se encontraba con Bautista sentía una especie de inquietud y respeto, pensando que toda la honradez del hotel se había refugiado bajo el frac negro del fámulo.

Un día, no pudiendo contenerse más, preguntó á Celeste:

—¿Bautista bromea con las criadas? ¿Se le conoce alguna querida?

—¡Ah! ¡pues sí!—se limitó á contestar la camarera.

—¿Sin duda te ha hecho el amor?

—¡Ca!... si nunca mira á las mujeres... Apenas si le vemos de tarde en tarde. Siempre está en las habitaciones del señor ó en las cocheras.

A Renata le irritaba aquella honradez é insistía, porque hubiera querido poder despreciar á todo el mundo, y aunque sentía afecto por Celeste, se hubiera alegrado de saber que ésta tenía amantes.

—Y á tí, Celeste, ¿no te parece que Bautista es un buen muchacho?

—¡A mí, señora!—exclamó Celeste con el semblante estupefacto del que acaba de oír alguna cosa maravillosa.—Otras cosas me preocupan. No me interesa ningún hombre. Ya tengo hecho mi plan, que comunicaré á usted más adelante. No soy tan tonta como todo eso.

Renata no pudo sacar nada en limpio.

Cada día estaba más preocupada: su ruidosa vida, sus locas correrías, encontraban numerosos obstáculos que vencer y contra los cuales se estrellaban algunas veces.

Así fué como Luisa de Mareuil se interpuso un día entre ella y Máximo. Renata sentía celos de «la jorobada», como la llamaba despreciativamente; sabía que estaba deshauciada por los médicos, y que Máximo no se podía casar con ella, aunque le llevase un millón de dote. En medio de sus faltas, conservaba cierta infantil candidez para juzgar á las personas queridas, y aún cuando ella se despreciase, las consideraba de buena fe, superiores y dignas de aprecio; pero aún desechando la

probabilidad de un matrimonio que le hubiese parecido una relajación siniestra y un robo, sufría con las familiaridades y la confianza de los jóvenes. Cuando hablaba á Máximo de Luisa, el joven se reía y le refería las ocurrencias de la muchacha, diciendo:

—¿Pues no me llama su hombrecito esa chiquela?

Y manifestaba tal libertad de pensamiento, que Renata no se atrevía á darle á entender que aquella rapaza tenía ya diecisiete años, y que sus juegos de manos, su entusiasmo en los salones y su afición á esconderse en los rincones más oscuros para poder hablar mal de todo el mundo, la incomodaban y la molestaban.

Un capricho vino á dar á la situación carácter singular: Renata tenía frecuentemente necesidad de hacer demostraciones de cariño á Máximo. Le conducía detrás de alguna cortina ó puerta, y allí le besaba, á riesgo de ser vistos. Una noche, estando el saloncito botón de oro lleno de gente, tuvo la ocurrencia de llamar á Máximo, que estaba charlando con Luisa: Renata se adelantó al encuentro de Máximo, que ya acudía, y al llegar detrás de dos macizos, le besó bruscamente en la boca, creyéndose suficientemente oculta. Pero Luisa había seguido á Máximo, y cuando los amantes alzaron la cabeza, vieron á la joven cerca de

ellos, mirándoles con extraña sonrisa, sin ruborizarse ni asombrarse, con el semblante tranquilo y amistoso de un compañero de vicio, bastante entendido para comprender y saborear aquel beso.

Máximo se asustó de veras, pero Renata se mostró gozosa é indiferente. Todo había terminado, y era ya imposible que la jorobada le quitase su presa. La joven pensaba:

—Debiera haberlo hecho expresamente. Ahora ya sabe que «ese hombrequito» me pertenece.

Máximo se tranquilizó encontrando á Luisa tan alegre y tan divertida como antes.

Por otra parte, Renata se inquietaba con razón, pues Saccard pensaba desde algún tiempo en el matrimonio de su hijo con Luisa. Había de por medio un millón que no quería dejar escapar, pensando en meter mano después á aquel dinero. Al principio del invierno tuvo Luisa que guardar cama durante tres semanas, y tal miedo sintió Saccard al ver que se moría antes del proyectado enlace, que decidió casar á los chicos en seguida. Verdad es que eran demasiado jóvenes, pero á los médicos les inspiraba cuidado el estado de salud de la joven. Por su parte, M. de Mareuil, estaba en una situación muy delicada. Había conseguido por fin ser proclamado diputado, pero la Cámara acababa de anular su elección, que produjo verdadero escándalo en la Comisión de actas. Aquella

elección era todo un poema heroico-cómico, del cual se ocuparon los periódicos por espacio de un mes. M. Hupel de Noue, prefecto del departamento, había desplegado tal energía que los otros candidatos no pudieron hacer públicos sus programas ni distribuir sus candidaturas. Por consejo suyo, M. de Mareuil llenó la circunscripción de mesas, en las que los aldeanos bebieron y comieron durante una semana. Prometió además un ferrocarril, y la construcción de un puente y tres iglesias. El candidato tuvo un éxito estrepitoso, alcanzando una mayoría inmensa. Pero cuando la Cámara, ante la carcajada de Francia entera, se vió obligada á desechar á M. de Mareuil, el ministro sintió una ira terrible contra el prefecto y el desgraciado candidato que tan torpes se habían mostrado. Habló hasta de poner en la candidatura oficial otro nombre y M. de Mareuil se asustó, había gastado trescientos mil francos en el departamento; poseía en él grandes propiedades, en las cuales se aburría, y que seria preciso revender con gran pérdida. Por este motivo fué á explicar á un querido colega que le hablase á su hermano y le prometiese en su nombre una elección en toda regla. Entonces fué cuando Saccard volvió á hablar del matrimonio de los chicos y cuando los padres lo resolvieron definitivamente.

Máximo experimentó alguna contrariedad al

consultarle su padre acerca del asunto; Luisa le hacia gracia, su dote le seducía, dijo que sí y aceptó todas las fechas que Saccard quiso fijar por ahorrarse el trabajo de discutir. Pero en el fondo ya sabía que no se arreglaría el negocio tan fácilmente, pues Renata no consentiría de modo alguno; lloraría, daría espectáculo y sería capaz de provocar algún escándalo gordo que asombrase á todo París. Aquello era muy desagradable. Entonces ella le daba miedo. La joven le dominaba con sus inquietas miradas y tan despóticamente le poseía, que Máximo creía sentir clavarse en sus hombros las uñas de su madrastra cuando ésta dejaba caer en ellos su blanca mano. Su turbulencia se convertía en brusquedad, y en el fondo de su risa había sonidos extraños. Máximo temía realmente que una noche se volviese loca entre sus brazos. Los remordimientos, el temor de ser sorprendida y los crueles goces del adulterio no se traducían en ella como en las demás mujeres, en lágrimas y disgustos, sino en mayores extravagancias y en la necesidad cada vez más irresistible de bullicio. Y en medio de su creciente desvarío se empezaba á oír un rugido, el trastorno de aquella encantadora y admirable máquina que se rompía.

Máximo esperaba una ocasión que le librase de aquella querida molesta. Decía que había hecho una tontería. Si su compañerismo había puesto al

principio en sus amorosas relaciones mayor voluptuosidad, en cambio le impedía romper con ella, como ya lo hubiera hecho seguramente con otra mujer. No hubiera vuelto; aquel era su sistema de reñir con sus queridas, para evitarse toda cuestión y toda lucha. Pero se sentía incapaz de un rompimiento, y se abandonaba hasta con gusto á las caricias de Renata; ésta continuaba mostrándose maternal, pagaba por él y le sacaba de apuros si algún acreedor le molestaba. Por otra parte, la idea de Luisa, la idea del millón de dote bullía de nuevo en el cerebro del joven y le hacía pensar, hasta en los brazos de Renata, que todo aquello era muy bonito, pero que no podía continuar.

Una noche se vió Máximo tan rápidamente desbancado en casa de una señora donde frecuentemente se jugaba hasta el amanecer, que sintió una de esas muchas iras de jugador cuyos bolsillos están vacíos. Hubiera dado todo un mundo por poder arrojar unos luises más sobre el tapete. Cogió su sombrero y con el paso maquinal de un hombre impulsado por una idea fija, fué al Parque Monceaux, abrió la reja y se encontró en la estufa. Eran más de las doce. Renata le había prohibido ir aquella noche. Cuando ella le cerraba la puerta, se marchaba sin esperar siquiera á una explicación, aprovechando la dicha de gozar un día libre,

No se acordó de la prohibición de la joven sino cuando se encontró delante de la puerta-ventana del saloncito, que estaba cerrada. Generalmente, cuando él debía ir, Renata recorría de antemano la falleba de aquella puerta.

—¡Bah!—pensó al ver por la ventana que aun había luz en el gabinete-tocador,—voy á silbar y bajará. No la molestaré mucho: si tiene algunos luises me iré en seguida.

Y silbó suavemente. Con frecuencia empleaba aquella señal para anunciar su llegada, mas aquella noche repitió los silbidos en vano. Pero el joven se obstinó, silbando más fuerte y no queriendo marcharse sin dinero.

Por fin vió abrirse con infinitas precauciones la ventana y apareció Renata con el cabello suelto, casi sin ropa y como si fuese á acostarse. Estaba con los pies desnudos y empujó al joven hacia uno de los cenadores, deslizándose en la arena de las avenidas y sin parecer sentir el frío y las asperezas del suelo.

—Es una barbaridad silbar tan fuerte,—murmuró con mal contenida cólera.—Te había dicho que no vinieras. ¿Qué quieres?

—Subamos,—dijo Máximo sorprendido ante aquella acogida.—Te lo diré arriba. Aquí vas á pillar una pulmonía.

Pero al dar el primer paso, Renata le detuvo, y

entonces el joven notó que estaba horribilmente pálido. Parecía agobiada por un mudo espanto. Sus ropas interiores, los encajes de su camisa, colgaban como trágicos girones sobre su estremecida piel.

La examinaba con creciente asombro.

—¿Qué tienes? ¿Estás enferma?—preguntóla.

E instintivamente levantó la vista y observó á través de la ventana por donde había visto la luz.

—En tu cuarto hay un hombre;—dijo de pronto.

—No, no, eso no es verdad,—balbuceó Renata suplicante y enloquecida.

—No mientas, querida, veo la sombra.

Quedaron un instante frente á frente no sabiendo qué decirse.

Los dientes de Renata entrechocaban por el terror y le parecía que le arrojaban cubos de agua fría sobre los pies desnudos. Máximo sentía mayor irritación de la que él mismo hubiera creído, pero su situación era todavía lo bastante desapasionada para aprovechar la ocasión de un rompimiento.

—No me querrás hacer creer que es Celeste la que lleva un palató,—continuó —Si los cristales de la estufa no fuesen tan turbios, tal vez reconocería al sujeto.

Renata le arrastró hasta lo más profundo del follaje y presa cada vez de mayor espanto, dijo:

—Máximo, te ruego...

Pero aquel asentimiento había despertado el carácter maligno y burlón del joven, con tal ferocidad que sólo pensó en vengarse; mas no bastaba la cólera de que estaba poseído para calmar los transportes de su débil naturaleza.

El despecho frunció su entrecejo y en lugar de pegarla, como tuvo intención de hacer en el primer momento continuó diciendo:

—Hubieras debido decirme lo, y yo no habría venido á molestarte... Terminar las relaciones es cosa corriente; ya ves, yo mismo empezaba á cansarme. Vamos, no te impacientes. Voy á dejar que te marches, pero antes me has de decir quién hay contigo.

—Nunca, nunca,—exclamó la joven sofocando sus lágrimas.

Máximo la había cogido por las muñecas y la miraba, sonriendo malévolamente; ella luchaba por desprenderse y sin abrir los labios para que no se le escapara el nombre que él le pedía.

—Vamos á hacer ruido y tú serás quien pierda. ¿Qué temes? ¿No somos buenos amigos? Quiero saber quien me sustituye; tengo derecho... Espera, te ayudaré á recordar. ¿Es de Mussy, cuyo dolor te ha conmovido?

Renata no respondió, bajando los ojos ante semejante interrogatorio.

—¿No es Mussy?... Entonces será el duque de Rozán... ¿Tampoco?... ¿Quizás el conde de Chibray?... ¿No?...

Y se detuvo como para meditar.

—No adivino quién pueda ser... Supongo que tampoco será mi padre.

Renata temblaba como si la amenazasen con un hierro candente y dijo por fin sordamente:

—No, ya sabes que no entra en mi cuarto; yo no aceptaría; eso sería indigno.

—¿Quién es, pues?

Y le apretaba las manos con más fuerza. La pobre mujer luchó algunos momentos más.

—¡Oh Máximo, si supieses!... Pero no puedo decirte lo.

Después, anonadada, confundida y mirando con terror la ventana iluminada, balbuceó:

—Es M. de Saffré.

Máximo, á quien aquel juego cruel divertía, palideció ante tal revelación solicitada por él con tanta insistencia. Aquel nombre le produjo un dolor inesperado y rechazando violentamente á Renata, se acercó después á ella, diciéndola con los dientes apretados por la ira:

—¡Eres una p...

Ibase ya, cuando Renata corrió hacia él, sollo-

zando, cogiéndole entre sus brazos, murmurando palabras de ternura, demandas de perdón, jurando que siempre le adoraba y que al día siguiente se lo explicaría todo. Pero el joven se desprendió de sus brazos y cerró violentamente la puerta de la estufa, replicando:

— ¡No! ¡Se acabó; ya estoy hartol

Renata se quedó aterrada, le vió cruzar el jardín y le pareció que los árboles del jardín giraban á su alrededor. Después, arrastrando lentamente sus desnudos pies sobre la fría arena de la avenida, volvió á subir las escaleras del pórtico, con la piel amoratada por efecto del frío y más trágica en el desorden de sus encajes. Cuando llegó á su cuarto respondió á las preguntas de su marido que era quien estaba en él, que se le había perdido un tarjetero y le pareció recordar el sitio.

Cuando se hubo acostado sintió repentina é inmensa desesperación, reflexionando que hubiera podido decir á Máximo que era su padre quien estaba con ella y quien la había seguido á su cuarto para hablar de un asunto cualquiera.

Al día siguiente fué cuando Saccard se decidió á provocar el desenlace del negocio de Charonne. Su mujer le pertenecía; acababa de verla, dulce é inerte entre sus brazos, como un objeto que se abandona. Además, iba á suspenderse el tratado del bulevar del Príncipe Eugenio y era preciso

que Renata fuera despojada antes que la expropiación se hiciera pública. Saccard mostraba en todo aquel negocio verdadero amor de artista; veía con regocijo como maduraba su plan; tendía sus redes con el refinamiento y la coquetería de un cazador que quiere apoderarse galantemente de una pieza. Aquello era en él simplemente la satisfacción del jugador hábil, del hombre que saborea con voluptuosidad el fruto robado; quería conseguir los terrenos por un pedazo de pan, sin perjuicio de dar cien mil francos á su mujer, en medio de la alegría del triunfo. Las más sencillas operaciones, desde el momento en que él intervenía en ellas, se complicaban y convertían en oscuros dramas en sus manos; se apasionaba y hubiera sido capaz de pegar á su propio padre, por una moneda de cinco francos, y sin embargo, después tiraba el oro á puñados.

Pero antes de obtener de Renata la cesión de su parte de propiedad, tuvo la prudencia de tantear á Sansonneau acerca de las intenciones que había sospechado en él. En esta circunstancia le salvó su instinto. El agente de expropiaciones había creído que el fruto estaba ya maduro y que podía cojerlo. Cuando Saccard penetró en el gabinete de la calle de Rivoli, encontró á su compadre con señales evidentes de estar entregado á la más profunda desesperación.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Ay amigo mío!—murmuró Sansonneau cogiéndole las manos.—Estamos perdidos... Iba á ir á tu casa para que nos pusiéramos de acuerdo con objeto de salir de este horrible atolladero...

Mientras se retorcia los brazos y ensayaba un gemido, reparó Saccard en que, al entrar él, Sansonneau estaba firmando unas cartas, y que las firmas estaban hechas con admirable limpieza. Mirándole tranquilamente, exclamó:

—Pero ¿de qué se trata?

De pronto Sansonneau no contestó; se había dejado caer en el sillón, y con los codos sobre la mesa y la frente entre las manos, sacudía furiosamente la cabeza. Por fin, dijo sordamente:

—Me han robado el registro, ya sabe...

Y le contó que uno de sus dependientes, un pillo redomado, le había sustraído gran número de expedientes, entre los cuales estaba el famoso registro, siendo lo peor del caso que el ladrón había conocido el partido que podía sacar de aquel documento, y exigía por él cien mil francos.

Saccard reflexionaba: el cuento le parecía demasiado burdo. Era evidente que á Sansonneau le importaba poco ser creído, y que lo que él deseaba era dar á comprender que quería cien mil francos en aquel negocio. A Saccard parecióle grosera la forma de la petición; de buena gana

hubiera récompensado á su colega, pero lo que le irritaba era que le tratase como á un tonto. Por otra parte, no dejaba de estar inquieto, pues conocía al personaje y le creía capaz de llevarle los documentos á su hermano el ministro, quien hubiera dado aquella suma por evitar todo escándalo.

—¡Diablo!—exclamó sentándose.—¡Qué historia más desagradable! ¿No podríamos ver á ese pillo?

—Voy á enviarle un recado,—dijo Sansonneau.—Vive, aquí al lado, en la calle de Juan Gautier.

No habían transcurrido diez minutos, cuando un joven, bizco, de cabellos incoloros y con la cara llena de manchas, entró cuidadosamente, procurando que la puerta no hiciera ruido. Llevaba una mala levita, negra, demasiado grande y raída. Quedó de pie á respetuosa distancia, mirando de reojo á Saccard. Sansonneau, que le llamaba Baptistin, le hizo sufrir un interrogatorio, al que contestó con monosílabos, sin aturdirse lo más mínimo y sufriendo con completa indiferencia los más groseros insultos.

Saccard advirtió la sangre fría de aquel desgraciado. Hubo un momento en que el agente de expropiaciones se levantó de su asiento con ademán de pegarle, y el joven se contentó con retroceder

un paso, torciendo más humildemente aún los ojos.

—Está bien,—dijo el banquero.—¿Con que es decir, caballero, que usted quiere cien mil francos por esos papelotes?

—Justamente; cien mil francos,—respondió el joven, dirigiéndose á la puerta.

Sansonneau fingía no poder contenerse.

—¡Ah, qué canal!—balbuceó.—¿Ha visto usted qué mirada tan traidora? Esos pilastres, con su tímido aspecto, son capaces de asesinar á un hombre por veinte francos...

Saccard le interrumpió, diciendo:

—¡Bah, no es tan temible! Creo que podremos arreglarnos con él. Otro negocio más grave me trae aquí... Amigo mío, razón tenía usted en desconfiar de mi mujer; fíjese usted que vende su parte á M. Haffner. Dice que necesita dinero, y sin duda, su amiga Susana, es quien la ha aconsejado.

El otro cesó de desesperarse inmediatamente; escuchaba algo pálido, estirando el cuello de la camisa, que había arrugado en su cólera pasada.

—Esta cesión,—continuó Saccard,—es la ruina de nuestras esperanzas. Si M. Haffner se asocia á nuestros negocios, no tan sólo se ven comprometidos nuestros beneficios, sino que temo que nos

veamos en situación muy desagradable frente á ese hombre tan meticoloso, que querrá examinar las cuentas.

El agente de expropiaciones echó á andar con agitados pasos, haciendo crujir sobre la alfombra sus charoladas botas.

—Vea usted,—murmuró,—en qué situaciones se coloca uno por hacer favores... Pero, querido, yo en lugar de usted, prohibiría terminantemente á mi mujer hacer esa tontería, y hasta, si fuera preciso, la daría una paliza.

—¡Ay, amigo mío!—dijo Saccard sonriendo maliciosamente.—Yo no tengo más ascendiente sobre mi mujer que el que usted parece tener sobre ese canalla de Baptistín.

Sansonneau se quedó parado de repente delante de Saccard, quien continuaba sonriendo y le miró profundamente. Después continuó andando á largos pasos, pero más lenta y mesuradamente, y aproximándose al fin á un espejo, arregló el nudo de su corbata y volvió á pasearse, recuperando su elegancia. De pronto exclamó:

—¡Baptistín!

El jovencito bizco entró, pero por otra puerta. No tenía ya el sombrero en la mano, y llevaba una pluma en la mano.

—Ve á buscar el registro,—le dijo Sansonneau.

Cuando salió, discutió acerca de la suma que debía dársele.

—Haga' o usted por mí,—concluyó por decir con franqueza.

Entonces Saccard consintió en dar treinta mil francos sobre el negocio de Charonne; calculando que salía muy beneficiado todavía de entre las enguantadas manos del usurero. Este último hizo extender el pagaré á su nombre, representando la comedia hasta el final, y diciendo que el daría cuenta de los treinta mil francos al joven. Saccard, con risas de satisfacción y alivio, quemó hoja por hoja el registro á la llama de la chimenea. Después de terminada esta operación, cambió vigorosos apretones de manos con Sansonneau y se separó de él diciendo:

—¿Irá usted á casa de Laura esta noche, verdad? Espéreme allí. Ya lo habré arreglado todo con mi mujer y tomaremos nuestras últimas disposiciones.

Laura de Aurigny que mudaba con frecuencia de habitación, vivía entonces en una gran casa del bulévar Hanssman, frente á la capilla expiatoria. Había fijado un día á la semana para recibir, como las señoras de la aristocracia, siendo aquella la manera de reunir en un día de la semana á todos los que la veían uno por uno en los estantes. Aristides Saccard triunfaba los martes

por la noche; era el amante oficial y volvía á otro lado la cabeza con vaga sonrisa, cuando el ama de la casa le hacía alguna traición entre puertas, concediendo en la misma noche, cita á alguno de aquellos caballeros. Cuando se quedaba solo con ella, encendía un cigarro y charlaban de negocios, bromeando un momento acerca del señor que pillaba un resfriado, aguardando en la calle á que él saliera; en seguida y después de llamar á Laura «su querida niña» y de darle un golpecito en la mejilla, salía tranquilamente por una puerta, mientras el señor que aguardaba entraba por la otra.

El secreto tratado de alianza que había consolidado su crédito y hecho que Laura encontrase dos mobiliarios en un mes, continuaba divirtiéndoles. Pero Laura deseaba el desenlace de aquella comedia, que debía consistir, según habían tratado los dos, en perjuicio de algún imbécil que pagaría caro el derecho de ser el amante formal y conocido de todo París. El imbécil ya lo había encontrado: el duque de Rozán, cansado de fastidiar vanamente á las mujeres de la buena sociedad, aspiraba á la fama de crapuloso, para poner de relieve todo lo insulso de su persona. Era asíduo concurrente á las tertulias de Laura, cuya conquista había hecho por su absoluta candidez; desgraciadamente, á los treinta y cinco años, se

hallaba aún bajo la tutela de su madre, hasta el punto de que sólo podía disponer de tarde en tarde de una docena de luises. Las noches en que Laura se dignaba aceptarlos, lamentándose y hablando de cien mil francos que necesitaba, el duque suspiraba y le prometía aquella cantidad para cuando él fuese el amo. Entonces fué cuando tuvo la idea de hacerle trabar amistad con Sansonneau, un buen amigo de la casa. Los dos hombres fueron á almorzar juntos á Tortoni, y á los postres, Sansonneau, refiriendo sus amores con una liuda española, dijo que conocía prestamistas, pero aconsejó calurosamente á Rozán que no se entregase nunca en manos de ellos. Aquella confidencia trastornó al duque, quien terminó por arrancar á su buen amigo la promesa de ocuparse de su negocio y tan bien se ocupó, que quedó en que aquella misma noche le llevaría el dinero á casa de Laura.

Cuando Sansonneau llegó, no había en el salón de la Aurigny más que cinco ó seis mujeres, quienes le cogieron de la mano y saltaron á su cuello con furiosa ternura, llamándole «el gran Sar», diminutivo cariñoso que Laura había inventado. El, con voz aflautada, respondía:

—¡Quietas, quietas, gatitas mías, que vais á aplastarme el sombrero!

Calmadas ya, rodearon la butaca en que se ha-

bían sentado, en tanto que él las contaba una indigestión de Silva, con la cual había comido la víspera. Después, sacando una cajita del bolsillo de su frac, ofrecióles pastillas. Salió Laura de su dormitorio y al ver que ya iban llegando muchos señores, hizo pasar á Sansonneau á un retrete situado en uno de los extremos del salón, del cual les separaba una doble puerta.

—¿Traes el dinero?—le preguntó cuando estuvieron solos.

Sansonneau se inclinó galantemente, golpeando al propio tiempo el bolsillo interior del frac.

—¡Oh gran Sar!—murmuró la joven entusiasmada, estrechándole entre sus brazos y besándole.

—Espera,—añadió,—quiero en seguida los monises.... Rozán está en mi cuarto, voy á buscarle.

Sansonneau la detuvo, y besándola á su vez en los hombros, dijo:

—¿Sabes ya la comisión que te he pedido á ti?

—¡Pues es claro, borricol. Está convenido.

Y volvió conduciendo á Rozán. Sansonneau estaba más correctamente vestido que el duque, enguantado con más pulcritud y encorbatao con más arte. Se estrecharon con negligencia las manos y hablaron de las carreras de la antevíspera,

en las que uno de sus amigos había perdido un caballo. Laura estaba impaciente.

—¡Bu-no! eso no nos interesa, querido mío,— dijo á Rozán;—el gran Sartane, el dinero, ¿sabes? Es preciso concluir.

Sansonneau pareció recordar.

—¡Ah! sí, es verdad,—dijo,—tengo la cantidad. Pero ¿qué hubiera usted hecho en seguir mi consejo? ¿Pues no han tenido la osadía esos bribones de exigirme el cincuenta por ciento? Pero á pesar de todo he aceptado, porque usted me había dicho que no le importaba nada...

Laura de Aurigny, con toda prevención, había comprado aquella mañana algunos pliegos de papel sellado, pero cuando dijeron que se necesitaba un tintero y una pluma, se quedó mirando á los dos hombres con semblante asustado, dudando encontrar en su casa aquellos objetos. La joven quiso ir á la cocina á ver si los había y cuando ya se disponía á salir, Sansonneau sacó de su bolsillo dos maravillas: un portaplumas de plata que se alargaba con el anillo de un tornillo y un tintero de acero y ébano, tan fino, y tan delicado como una joya. Al sentarse Rozán, le dijo el usurero:

—Ponga usted los pagarés á mi nombre. Comprenderá usted que no he querido comprometerle. Ya nos arreglaremos nosotros... Seis pagarés de veinticinco mil francos cada uno, ¿no es eso?

Laura contaba en una esquina de la mesa los «monises», que ni siquiera llegó á tocar con sus manos Rozán.

Cuando éste hubo firmado y levantó la cabeza, ya habían desaparecido en el bolsillo de la joven; pero se acercó á él y le besó en las mejillas, lo cual pareció entusiasmarle. Sansonneau los miraba filosóficamente, doblando los pagarés y volviendo á meter en el bolsillo el portaplumas y el tintero.

Todavía estaba la mujer abrazada al cuello de Rozán, cuando Aristides Saccard levantó el portier.

—Muy bien. No os molestéis,—dijo riendo.

El duque se puso colorado y Laura estrechó la mano del negociante, cambiando con él una señal de inteligencia. La joven parecía muy contenta.

—La cosa ya está hecha,—dijo á Saccard,—estaba usted prevenido. ¿No me querrá usted un poco?

Aristides se encogió de hombros con aire de bondad, y separando las dos hojas del portier, apartóse para dejar paso á Laura y al duque, exclamando con voz chillona de uigier:

—¡El señor duque y la señora duquesa!

Aquella ocurrencia tuvo un éxito extraordinario, y al día siguiente los periódicos la refirieron nombrando con completa claridad á Laura de Au-

rigny y con las iniciales bastante transparentes á los dos hombres.

El rompimiento entre Aristides y la gruesa Laura hizo más ruido todavía que sus supuestos amores.

Saccard había dejado caer el portier y aun se ofan las risotadas que había producido su chiste en el salón.

—¡Qué buena muchacha!—dijo volviéndose hacia Sansonneau.—¡Es más viciosilla!..... Y usted tunantuelo es, sin duda, quien se aprovecha de esto. ¿Qué le han dado á usted?

Sansonneau negó sonriendo, estirando los puños de la camisa y sentándose en un confidente cerca de la puerta.

—Venga usted aquí, no trato de que se confiese conmigo ¡qué demonio! Ahora tenemos que hablar de negocios más serios. Esta tarde he tenido una larga conferencia con mi mujer... Todo está arreglado.

—¿Consiente en ceder su parte?—preguntó Sansonneau.

—Sí, pero no sin trabajo... ¡Las mujeres son más testarudas! Figúrese usted que la mía había prometido á una tía suya que no vendería nunca los terrenos; eran escrúpulos invencibles... Pero para último recurso tenía preparado yo una historia decisiva.

Y se levantó para encender un cigarro en el candelabro que Luisa había dejado encendido sobre la mesa; después volviendo á arrellanarse muellemente en el fondo del confidente, continuó:

—He dicho á mi mujer que usted estaba completamente arruinado; que usted había jugado á la Bolsa, que había derrochado el dinero con las mujeres, que se había metido en malos negocios, en fin, que estaba usted á punto de quebrar... Hasta le he dado á entender que no creía á usted muy honrado... Después la expliqué que el negocio de Charonne iba á verse mezclado con la ruina de usted, y que para evitar esto, lo mejor sería aceptar las proposiciones que usted hiciera, es decir, comprarle su parte.

—¡Pero eso es muy gordo!—murmuró el agente de expropiaciones. —¿Piensa usted que su mujer va á creer en semejantes embrollos?

Saccard sonrió. Se encontraba en un momento de expansión.

—¡Qué cándido es usted, amigo mío!—prosiguió Aristides.—El fondo del cuento importa poco; lo esencial son los detalles, el gesto y el acento. Llame usted á Rozán, y le apuesto lo que quiera á que le hago creer que es de día, y mi mujer no tiene mucha más cabeza que Rozán... La he dejado entrever abismos. Ni siquiera sueña en la próxima expropiación. Al ver que no comprendía

como en plena catástrofe podía usted pensar en echar sobre sí una carga más, le he dicho que sin duda consistía en que podría servirle á usted de obstáculo su intervención para jugar alguna tratada á los acreedores... Por último, la he aconsejado el negocio, como único medio de no verse envuelta en procesos interminables y poder sacar algún provecho de sus terrenos.

Sansonneau seguía encontrando el cuento algo burdo. Su sistema no era tan dramático; todas sus operaciones se enredaban y desenlazaban con la elegancia de una comedia de salón.

—Yo hubiera hecho otra cosa,—dijo.—Pero en fin, cada maestrico tiene su librico. No nos queda, por consiguiente, más que pagar.

—Precisamente en ese punto es en el que nos tenemos que poner de acuerdo. Mañana llevaré la escritura de cesión á mi mujer, y ella no tendrá que hacer más que remitir á usted dicho documento para recibir la cantidad convenida... Es preferible evitar toda entrevista.

En efecto, nunca quiso que Sansonneau fuese á su casa con carácter de intimidación. Jamás le invitaba, y únicamente le acompañaba á su casa los días en que era preciso que se vieses, pero aún así, esto no ocurrió más allá de tres veces.

Casi siempre trataba en representación de su

mujer, calculando que era inútil dejarle ver sus negocios demasiado cerca.

Abrió una cartera, añadiendo:

—He aquí los doscientos mil francos en pagarés firmados por mi mujer; se los dará usted en pago y añadirá usted cien mil francos que le llevaré á usted mañana... Esta es una sangría suelta, querido. Este negocio me cuesta un ojo de la cara.

—Pero,—observó el agente,—eso no nos hará más que trescientos mil francos... ¿Acaso el recibo será de esa cantidad?

—¡Un recibo de trescientos mil francos!—dijo riendo Saccard,—¡estaríamos arreglados! Es preciso, según nuestros inventos, que la propiedad sea tasada en dos millones y medio, y por lo tanto, el recibo será de la mitad.

—¿Y querrá firmarlo su mujer de usted?

—Sí, hombre; ¿no le digo á usted que ya está todo arreglado? ¡Qué diantre! ¡Le he dicho que esta era la primera condición que exigía usted! Usted nos pone el puñal en el pecho con la quiebra, ¿comprende usted la cosa? Y por esta circunstancia es por lo que he fingido dudar de usted, acusándole de querer estafar á los acreedores... ¿Acaso cree usted que mi mujer entiende de estas cosas?

Sansonneau movía la cabeza, murmurando:

—De todos modos hubiera usted debido buscar otro medio más sencillo.

—Pero ¡si esto no lo puede ser más!—dijo Saccard admirado.—¿Qué encuentra usted aquí que sea complicado?

Aristóteles no tenía conciencia del increíble número de hilos que añadía al negocio más vulgar: gozaba verdaderamente con aquel cuento estafalario que había referido á Renata, y lo que más le entusiasmaba era la imprudencia de la mentira, la acumulación de dificultades y la asombrosa complicación de la intriga. Ya habría podido tener mucho tiempo antes los terrenos, á no ser por haber ideado aquel embrollo, pero á no ser así no hubiera gozado tanto. Además había puesto un cándido empeño en hacer del negocio de Charonne todo un melodrama financiero.

Se levantó, cogió del brazo á Sansonneau, y dirigiéndose hacia el salón, dijo:

—Me ha entendido usted ¿no es así? Por ahora límitese usted á seguir mis instrucciones y luego me aplaudirá... Querido mío, hace usted mal en llevar guantes amarillos... Eso es lo que le echa á usted á perder.

—¡Oh!—murmuró sonriendo el agente—los guantes tienen la buena condición, querido maestro, de que con ellos se puede tocar todo sin ensuciarse.

Al entrar en el salón, Saccard, quedó sorprendido y aún algo contrariado al ver á Máximo. El joven estaba sentado en un confidente, cerca de una señora rubia, que le contaba con monótono acento una larga historia, la suya sin duda. Había oído en efecto la conversación de su padre y Sansonneau: los dos le parecían unos grandes pillastres y enojado aún por la traición de Renata, gozaba cobardemente con la idea de que la joven iba á ser objeto de un robo. Aquello era para él una venganza. Su padre se acercó, con aire receloso, pero Máximo, mostrándole á la rubia, le dijo al oído:

—No es mala, ¿verdad? Voy á conquistarla para esta noche.

Saccard entonces se hizo el pollo galante. Laura de Aurigny se unió á ella un momento, quejándose de que Máximo apenas si la visitaba una vez al mes. El joven contestó que había estado muy ocupado, lo cual hizo reír á todos, y añadió que en adelante le verían en todas partes.

—He escrito una tragedia—dijo—y hasta ayer no terminé el último acto... Ahora espero descansar en casa de todas las bellezas de París.

Y reía y gozaba con todas sus alusiones que él solo podía comprender. Entretanto no habían quedado en el salón más que Rozán y Sansonneau. Padre é hijo se levantaron y entonces la de Au-

rigny habló en voz baja al duque, quien pareció quedar contrariado y sorprendido.

—No; de verdad, esta noche no—dijo Laura á media voz viendo que el duque no se levantaba de la butaca.—Tengo jaqueca. Mañana lo prometo.

Rozán no tuvo más remedio que marcharse y cuando estuvo en la antesala Laura dijo rápidamente á Sansonneau:

—En, gran Sar. Ya ves que soy mujer de palabra... Embístele en su coche.

Cuando la rubia se hubo despedido de aquellos señores para subir á su habitación que estaba en el piso superior, Saccard se quedó asombrado al ver que Máximo no la seguía.

—Pues, ¿y eso?—le preguntó.

—Lo he pensado mejor y he desistido—respondió el joven.

Después tuvo una ocurrencia feliz.

—Te celo mi puesto si quieres. Decídetes, porque todavía no habrá cerrado su puerta.

El padre se encogió de hombros, diciendo:

—Gracias; por el momento tengo algo mejor que todo eso, querido niño.

Los cuatro hombres bajaron. Ya en la calle, el duque quería llevarse á Sansonneau en su coche, puesto que su madre vivía en el Marais y hubiera dejado al agente á la puerta de su casa. Sanson-

neau no aceptó; cerró la puerta él mismo y dió orden de arrear al cocher, quedándose en la acera con los otros dos, charlando y sin alejarse.

—¡Ah, pobre Rozán!—exclamó Saccard que lo comprendió todo.

Sansonneau juró que se equivocaban, que se reía de aquellas cosas y que era algo más práctico. Pero como los otros dos continuaban bromeando y el frío era muy intenso, acabó por decir:

—¡Y bien, tanto peor, voy á llamar!... Son ustedes muy indiscretos.

—¡Buenas noches!—dijo Máximo cuando la puerta se cerraba.

Y cogiéndose del brazo de su padre, subió con él el bulevar. Hacía una de esas claras noches de helada. Saccard decía que ya tenía trabajo Sansonneau, pues con la de Aurigny no se podía ser más que amigo. De aquí llegó hasta hablar mal de los amores con aquellas muchachas, mostrándose moral y pronunciando sentencias y consejos de asombrosa prudencia.

—Mira—decía á su hijo—eso, como todo, tiene su época... En ella se pierde la salud y no se goza la verdadera dicha. Ya sabes que no soy un cursis; pues bien, estoy harto, me retiro.

Máximo se burlaba; detuvo á su padre, y contemplándole á la clara luz de la luna declaró que

tenía «una buena cabeza.» Saccard se puso todavía más serio.

—Búrlate todo lo que quieras. Te repito que no hay nada como el matrimonio para conservar á un hombre y hacerle dichoso.

Entonces le habló de Luisa y aflojó el paso para terminar aquel asunto, ya que de ello hablaban. La cosa estaba completamente arreglada: había fijado con M. de Mareuil la fecha de la firma del contrato para el domingo siguiente al primer jueves de Cuaresma. Aquel día debía celebrarse una gran reunión en el hotel del Parque Monceaux y la aprovecharía para anunciar públicamente la boda. Máximo asintió á todo. Se había desembarazado de Renata y no veía obstáculo ninguno: se entregaba á su padre del mismo modo que antes se había entregado á su madrastra.

—Convenido,—dijo á Saccard.—Pero no digas nada á Renata. Sus amigas se burlarían de mí; prefiero que lo sepan cuando todos.

Arisides le ofreció no decirlo. Después, y al llegar hacia la altura del boulevard Malesherbes, le volvió á dar infinitud de excelentes consejos y le indicó lo que debía hacer para que su casa fuese un paraíso.

—Sobre todo, no rompas nunca con tu mujer. Esa es la mayor barbaridad. Una mujer con quien no se está en relaciones, cuesta un ojo de la

cara. . y además es preciso mantener una quinta. Después el gasto de la casa es mayor, los trajes, los placeres particulares de la señora, las amigas, todo el infierno y su tren.

Se encontraba en un momento de extraordinaria virtud. El éxito de su negocio de Charonne le producía en el corazón ternezas de idilio.

—Yo,—continuó,—había nacido para vivir feliz é ignorado en el fondo de alguna aldea, rodeado de toda mi familia... Nadie conoce mi carácter, hijo mío... Mi aspecto es así, como de bullicioso, pues muy al contrario: mi anhelo sería estar siempre al lado de mi mujer; abandonaría todos mis negocios á cambio de una modesta renta que me permitiese retirarme á Plassans... Tú vas á ser rico, procura hacerte un nido en el que vivais como dos tortolillos. ¡Eso es tan bueno! Iré á veros y gozaré con ello.

Al fin concluyó por hablar lacrimosamente.

Entre tanto, habían llegado á la verja del hotel y continuaban charlando. Sobre aquellas alturas de París, soplabá el viento más frío. Ni un ruido se escuchaba en la noche pálida y blanqueada por el hielo.

Máximo, sorprendido de las ternezas de su padre, hacía un instante que tenía una pregunta en los labios.

—Pero tú, - dijo al fin,—me parece que...

—¿Qué?

—¿Con tu mujer...?

Saccard se encogió de hombros.

—Sí, es verdad. Yo era un imbécil, y por eso te hablo por experiencia... Pero al fin, nos hemos vuelto á reunir, y esta vez por completo. Pronto hará seis semanas. Cuando no me retiro tarde, por la noche, voy á buscarla á su habitación. Hoy, la pobrecita cordera, tendrá que pasarse sin mí, porque voy á trabajar hasta ser de día. ¡Qué admirablemente formada está!

Al ver que Máximo le tendía la mano, le retuvo y añadió con voz más baja y tono confidencial:

—La cintura es como la de Blanca Muller ¿sabes? pero diez veces más flexible. Y las caderas tienen un contorno y una delicadeza...

Y concluyó diciendo al joven, que se marchaba:

—Tú eres como yo, tienes corazón; tu mujer será feliz... Hasta la vista, hijo mío.

Cuando Máximo se hubo desembarazado de su padre, dió rápidamente la vuelta al parque. Lo que acababa de oír le sorprendía de tal modo, que sentía la irresistible necesidad de ver á Renata. Quería pedirle perdón de su brutalidad, saber por qué le había mentado, nombrándole á M. de Saffré y conocer la historia de las ternezas

de su padre. Pero todo esto confusamente, con el único y exclusivo deseo de fumar un cigarro en su cuarto y reanudar su confianza. Si la encontraba de buen humor, contaba hasta anunciarla su matrimonio, para hacerla comprender que sus amores debían quedar muertos y enterrados.

Cuando hubo abierto la puertecita, cuya llave afortunadamente conservaba, concluyó por decirse á sí mismo que después de la confidencia de su padre, aquella visita era necesaria y conveniente.

En la estufa silbó como la noche anterior, pero no tuvo que aguardar. Renata le abrió la puerta del saloncito y echó á andar silenciosamente. La joven acababa de llegar de un baile del Ayuntamiento y todavía llevaba el vestido, un traje blanco de tul bullonado, sembrado de lazos de raso. Las faldas estaban guarnecidas con un ancho encaje de azabache blanco, que á la luz de los candelabros tomaba reflejos de azul y rosa.

Cuando Máximo, ya arriba, la miró, se conmovió al ver su palidez y la profunda emoción que la embargaba; sin duda Renata no le esperaba, pues se había alterado al verle llegar. Celeste entró, volviendo del guardarropas con una camisa de dormir, y los amantes continuaron guardando silencio, esperando que la camarera se marchase para hablar. Generalmente no se guardaban de

ella, pero en aquella ocasión, les daba cierta vergüenza pensar en las cosas que se tenían que decir.

Renata se hizo desnudar en el dormitorio, en el que había un gran fuego. La camarera desprendió los alfileres y fué despojándola de todos los adornos, uno á uno, sin darse mucha prisa. Máximo, aburrido, cogió maquinalmente la camisa que se encontraba á su lado, sobre una silla, y se puso á calentarla ante la llama, inclinado y con los brazos extendidos. En días más felices tenía la costumbre de hacer aquel servicio á Renata. Ella se sintió conmovida. El joven, al ver que Celeste no concluía, preguntó:

—¿Te has divertido mucho en ese baile?

—¡Oh! no; ya sabes que todos son iguales. Mucha gente, una verdadera confusión.

Máximo volvió la camisa, que ya estaba caliente por un lado.

—¿Qué traje llevaba Adelina?—preguntó.

—Un vestido malva, bastante mal combinado... Ella es pequeña y la ha entrado la rabia de los volantes.

Hablaron de otras mujeres. Entre tanto Máximo se abrasaba los dedos con la camisa.

—Pero la vas á quemar,—dijo Renata con cariñoso acento.

Celeste cogió la camisa de manos del joven. Este

se levantó, fué á mirar el espacioso lecho gris y rosa, pero se detuvo en uno de los ramos de la alfombra, volviendo la cabeza para no ver desnudo el redondo é incitante seno de la joven. Aquello era instintivo; no se consideraba su amante y no tenía derecho á verla. Después sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió, usando del permiso que Renata le había dado para fumar en sus habitaciones. Por último, Celeste se retiró, dejando á la joven junto al fuego, completamente vestida de blanco.

Máximo siguió paseando algunos instantes más, silencioso y mirando de reojo á Renata, á quien parecía asaltar un nuevo estremecimiento. Plantándose delante de la chimenea, con el cigarro entre los dientes, le preguntó con brusco acento:

—¿Por qué no me decías que el que anoche estaba contigo era mi padre?

La joven levantó la cabeza, abriendo desmesuradamente los ojos y mirándole con suprema angustia: después, una oleada de sangre enrojeció su semblante, y confundida de vergüenza se cubrió el rostro con las manos, balbuceando:

—¿Tú lo sabes? ¿Lo sabes?...

Se rehizo sin embargo, y trató de mentir.

—No es verdad... ¿Quién te lo ha dicho?

Máximo se encogió de hombros.

—¡Pardiez! El mismo, que te encuentra linda-

mente formada y me ha hablado de tus caderas.

Y dejó escapar un ligero gesto de despecho; pero prosiguió paseando y diciendo con acento enojado y amistoso, entre bocanadas de humo:

—Verdaderamente no te comprendo. Eres una mujer singular. Ayer, tú tuviste la culpa de que yo fuese grosero. Si me hubieras dicho que era mi padre, me habría marchado tranquilamente. Yo no tengo derecho... ¡Pero me nombraste á M. de Saffré!

Renata sollozaba, tapándose la cara con las manos. Máximo se acercó y se arrodilló ante ella, separándola las manos á la fuerza.

—Vamos á ver, dime; ¿por qué me nombraste á M. de Saffré?

Entonces, volviendo la cabeza al otro lado, respondió en medio de sus lágrimas, en voz baja:

—Cree que me abandonarías si sabías que tu padre...

El joven se levantó, cogió de nuevo su cigarro que había dejado encima de la chimenea y se contentó con murmurar:

—¡Qué original eres!

Renata ya no lloraba. Las llamas de la chimenea y el fuego de sus mejillas, secaban sus lágrimas. El asombro de ver á Máximo tan sereno ante una revelación que ella creía debía anonadarle, la hacía olvidar su vergüenza. Le miraba pasear

y le oía hablar como si soñase; él la repetía, sin dejar su cigarro, que no era razonable, que era muy natural que tuviese relaciones con su marido y que él realmente no podía incomodarse. ¡Pero eso de decir el nombre de un amante que no se tiene! Y siempre volvía á lo mismo, á aquello que no podía explicarse y que le parecía realmente monstruoso. Por último, habló de la «loca imaginación» de las mujeres.

—Tienes la cabeza trastornada, querida mía; es preciso cuidar eso.

Después la preguntó con curiosidad:

—¿Por qué me dijiste M. de Saffré y no cualquier otro?

—Porque me hace el amor.

Máximo reprimió una impertinencia; iba á decirle que sin duda se había creído más envejecida al confesar á M. de Saffré como amante suyo. No hizo, sin embargo, más que sonreírse ante la idea de aquella grosería, y arrojando su cigarro al fuego, se sentó al otro lado de la chimenea. Habló razonablemente de Renata, dándole á entender que debían seguir siendo buenos amigos. Las fijas miradas de la joven le confundían algo, y no se atrevió á hablarle de su matrimonio. Ella le contemplaba detenidamente, con los ojos todavía encarnados por el llanto, y le encontraba pobre, mezquino y miserable, pero le amaba á pesar de

todo, de igual modo que amaba sus encajes. Verdaderamente estaba guapo; al volver la cabeza el resplandor de las bujías le doraba los cabellos y deslizándose por el rostro, entre el ligero vello de sus mejillas, le prestaba rubicundeces encantadoras.

—Es preciso que me retire,—había dicho Máximo varias veces.

Estaba resuelto á no quedarse y además Renata no lo hubiera consentido, puesto que ambos pensaban y decían que ya no eran más que amigos. Y cuando por fin Máximo, apretó la mano de la joven y estaba á punto de abandonar la habitación, ella le detuvo un instante, hablándole de su padre, de quien hacía grandes elogios.

—Mira lo que son las cosas; yo sentía remordimientos. Prefiero que esto haya sucedido... No conoces á tu padre; yo me he sorprendido al verle tan bueno y tan desinteresado. ¡El pobre tiene muchos dolores de cabeza!

Máximo se miraba las puntas de las botas, sin responder y con aspecto impaciente. Ella insistía.

—Mientras ha estado sin venir á mi cuarto me era indiferente. Pero ahora... cuando lo veo aquí, bueno y afectuoso, entregándome un dinero que ha necesitado buscar por todos los rincones de París, sin una queja y arruinándose por mí... ¡Si

supieras con cuanto cuidado ha velado por mis intereses!

El joven se volvió hacia la chimenea, contra la cual se recostó, quedándose allí como contrariado, con la cabeza baja y con una sonrisa que poco á poco iba apareciendo en sus labios.

—Sí,—murmuró—mi padre es muy aficionado á velar por los intereses ajenos.

El tono de su voz asombró á Renata; le miró, y él, como para defenderse, añadió:

—¡Oh! yo no sé nada... Digo solamente que mi padre es un hombre muy hábil.

—Te equivocas al hablar mal de él,—prosiguió ella.—Le juzgas muy mal... Si yo te digese todos sus apuros, si te repitiese todo lo que me ha contado esta tarde, verías como se engañaban los que creen que tiene dinero...

Máximo no pudo contener un movimiento de hombros é interrumpió á su madrastra con tono irónico.

—¡Vaya si le conozco, y demasiado bien!... ¡Qué cosas tan buenas debe haberte dicho! Cuéntamelas, cuéntamelas.

Aquel tono burlón la hacía daño. Renata repitió sus elogios, encontrando á su marido á gran altura en conocimientos financieros; habló del negocio de Charonne, de todo aquel embrollo, del que nada había comprendido, como de una catástrofe

en la que se había revelado la inteligencia y la bondad de Saccard, añadiendo que firmaría la escritura de cesión al día siguiente, y que si aquello era realmente un desastre, lo aceptaba en castigo de sus faltas. Máximo la dejó hablar, dirigiéndola burlonas miradas; después dijo á media voz:

—¡Eso es! Está bien.

Y en voz más alta, poniendo la mano sobre el hombro de Renata:

—Querida mía, te doy las gracias, pero ya conocía esa historia. ¡Qué buena pasta tienes!

Hizo nuevamente ademán de irse; sentía una comezón furiosa por contárselo todo. Le había exasperado con sus elogios al marido y olvidaba que se había prometido á sí mismo no hablar, para evitar todo disgusto.

—¡Qué! ¿Qué quieres decir?

—¡Pardiez! Que mi padre te embauca de la manera más linda del mundo. ¡Me das lástima! ¡Eres demasiado simple!

Y cobarde, solapadamente, gozando un placer secreto en descender á aquellas infamias, contó á Renata lo que había oído en casa de Laura, pareciéndole así que se vengaba de alguna vaga injuria que se le acababa de hacer; su temperamento afeminado se recreaba en aquella denuncia, en aquel cruel secreto sorprendido detras de una puerta. Nada ocultó á Renata. Ni el dinero que su

marido la había prestado usurariamente, ni el que esperaba robarle con aquellos ridículos cuentos propios para hacer dormir á los niños. La joven le escuchaba pálida y con los dientes apretados. De pie, delante de la chimenea, solo bajaba la cabeza como para mirar la lumbre. Su traje de noche, aquella camisa que Máximo le había calentado, se entrecabría dejando ver su marmórea é inmóvil blancura.

—Te cuento todo esto,—dijo el joven,—para que sepas á qué atenerme... Pero harás mal en odiar á mi padre por ello. No es malo. Tiene sus defectos como todo el mundo... Hasta mañana.

Renata le detuvo con brusco ademán.

—¡Quédate!—dijo imperiosamente.

Y cogiéndole, atrayéndole hacia sí, y sentándolo casi sobre sus rodillas, delante del fuego, le besó en los labios, diciendo:

—Y bien, sería una estupidez que nos molestásemos por nada... ¿No sabes que desde ayer, desde que quisiste romper conmigo, tengo la cabeza loca? Estoy como imbécil. Esta noche, en el baile, tenía una niebla ante mis ojos, y es que te necesito para vivir. Cuando tu me abandones, me encontraré en el vacío... No te rías, te digo lo que pienso.

La joven le miraba con infinita ternura como si hiciese mucho tiempo que no le hubiera visto.

—Tú me has calificado bien; estoy hecha una simple; tu padre hoy me hubiera hecho ver estrellas al mediodía. ¿Acaso sabía yo lo que me contaba? En tanto que me refería sus cuentos, yo no oía más que un gran rumor, y de tal manera estaba aturdida que me hubiera puesto de rodillas, si hubiese querido, para firmar sus papelotes. ¡Y yo que creía que tenía remordimientos!... ¡Verdaderamente he sido muy estúpida para llegar hasta ese punto!

Y prorrumpió en carcajadas; fulgores de locura relucían en sus ojos, y continuó estrechando á su amante con más fuerza.

—¿Acaso hacemos mal? Nos amamos y nos divertimos como nos parece. Todo el mundo hace lo mismo. Mira á tu padre que no se molesta por nada. Le gusta el dinero y lo coge donde lo encuentra. Tienes razón: eso me tranquiliza... Por de pronto no firmaré nada y tú vendrás todas las noches. He temido que no me quisieras ya por lo que te he dicho... Pero si nada te importa... y además no le dejaré entrar.

Renata se levantó y encendió la lamparilla, mientras Máximo, desesperado, vacilaba. Veía la tontería que había cometido y se reprochaba duramente el haber charlado demasiado. ¿Cómo anunciarla ahora su matrimonio?

La culpa era suya; verificado el rompimiento,

ninguna necesidad tenía de haber subido á aquella habitación, y mucho menos ir á probar á la joven que su marido la engañaba. Y lo que más redoblaba su cólera contra sí mismo, era lo que no sabía lo que le había impulsado á obrar de tal modo.

Pero si bien es cierto que durante un instante tuvo el pensamiento de ser brutal una vez más y marcharse, cuando se encontró delante de Renata tuvo miedo y se quedó.

Al día siguiente, cuando Saccard fué á ver á su mujer para hacerla firmar la escritura, ésta respondió tranquilamente que había pensado de otro modo y que no quería firmar.

No hizo ninguna otra alusión: se había jurado á sí misma ser discreta para no proporcionarse disgustos y gozar, tranquilamente, la renovación de sus amores.

El negocio de Charonne se arreglaría como pudiera: su negativa á firmar, no era más que una venganza; lo demás le importaba poco.

Saccard estuvo á punto de perder los estribos; todo su sueño se destruía; sus demás negocios iban de mal en peor; todos sus recursos estaban agotados y sólo se sostenía por un equilibrio milagroso; aquella misma mañana no había podido pagar la cuenta del panadero, lo cual no le impedía preparar una fiesta espléndida para el jueves pri-

mero de Cuaresma. Ante la negativa de Renata; experimentó la cólera biliosa del hombre vigoroso que se ve detenido en una obra por el capricho de un niño.

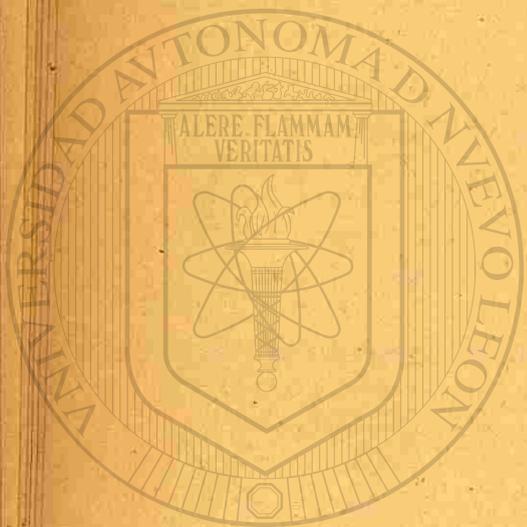
Con la escritura de cesión en el bolsillo esperaba proporcionarse dinero, mientras llegaba la indemnización.

Después, cuando se serenó un tanto y su inteligencia se despejó, se asombró del brusco cambio de su mujer: seguramente la habían aconsejado. Adivinó que había algún amante: fué aquel un presentimiento tan claro, que corrió á casa de su hermana para interrogarla y preguntarla si sabía algo de la vida secreta de Renata. Sidonia se manifestó muy agria: no podía perdonar á su cuñada la afrenta que la había hecho pasar, no queriendo ver á M. de Saffré; así es que cuando comprendió por las preguntas de Saccard, que éste sospechaba de la honradez de su mujer, exclamó que estaba segura que tenía un amante y se ofreció á espiar por si misma á los tortolillos. Ya vería aquella presumida como las gastaba ella.

Saccard tenía por costumbre no querer saber verdades desagradables, y sólo su interés era lo que le obligaba á abrir los ojos, que tan prudentemente tenía cerrados; aceptó el ofrecimiento de su hermana.

—Vete tranquilo, lo sabré todo,—dijo Sidonia

con acento compasivo.—¡Ah, pobre hermano mío! ¡Angela no te hubiera hecho traición nunca! ¡Un marido tan bueno, tan generoso! Esas muñecas de París no tienen corazón... ¡Y yo que siempre la estoy dando buenos consejos!



VI

El primer jueves de Cuaresma había baile de trajes en casa de Saccard. Pero lo extraordinario era el poema de los «Amores del bello Narciso y de la Ninfa Eco», en tres cuadros, el cual debía ser representado por las señoras. El autor del poema, M. Hupel de Noue, desde un mes antes no hacía otra cosa más que ir desde su prefectura al hotel del Parque Monceaux, con objeto de presenciar los ensayos y dar su opinión sobre los trajes.

Primeramente había pensado escribir su obra en verso, pero por último se decidió por los cuadros al vivo; era más noble, según decía, y se aproximaba más á la belleza clásica.

Las señoras tampoco dormían. Algunas de ellas cambiaron tres veces de traje. Hubo conferencias

interminables, presididas por el prefecto y se discutió extensamente acerca del personaje Narciso. ¿Había de ser un hombre ó una mujer quien lo hiciese?

Por último, á instancias de Renata, se acordó que lo hacía Máximo; pero el único hombre y aun la señora Lauwerens decía que no consentiría en ello si «Maximito no procuraba verdaderamente parecer una muchacha». Renata debía ser Eco.

La cuestión de los trajes fué mucho más laboriosa. Máximo ayudó bastante al prefecto, quien se encontraba en el mayor apuro, entre nueve mujeres, cuya loca imaginación amenazaba comprometer la pureza de líneas de su obra. Si las hubiera hecho caso, su Olimpo hubiera llevado polvos: la señora d' Espanet quería á todo trance, vestirse con traje de cola para ocultar sus pies, que eran algo grandes, mientras que la de Hafner soñaba con sacar una piel de fiera. M. Hupel de la Noue mostróse enérgico y hasta llegó á enfadarse, diciendo que si había renunciado á los versos era por escribir un poema «con telas sabiamente combinadas y actitudes escogidas entre las más bellas».

—¡El conjunto, señoras! repetía á cada nueva exigencia.—Olvidáis el conjunto.. Yo no puedo, aunque quiera, sacrificar mi obra á los volantes que me piden ustedes.

Los conciliábulos se celebraban en el salón botón de oro, donde pasaron horas enteras para convenir en la forma de una falda, y convocaron á Worms muchas veces. Por fin, todo se arregló; los trajes se acordaron se aprendieron las posturas y M. Hupel de la Noue declaró estar satisfecho. Menos trabajo le había costado la elección á M. de Mareuil.

«Los amores del bello Narciso y de la ninfa Eco» debían empezar á las once y ya desde las diez y media estaba completamente lleno; como después había baile, las mujeres, disfrazadas, habían tomado asiento en las filas de sillones, que formaban un medio círculo delante del improvisado teatro, compuesto de un tablado oculto por anchas cortinas de terciopelo encarnado, con franjas de oro, suspendidas del techo. Los hombres, colocados á la espalda, se paseaban. Los tapicerós habían dado el último martillazo á las diez, y el tablado se alzaba en el fondo del salón, ocupando por completo uno de los extremos de aquella larga galería. Se subía al escenario por la sala de fumar, convertida en foyer para los artistas. Además, en el primer piso tenían aquellas señoras á su disposición muchas habitaciones en las que un ejército de camareras preparaba los trajes de los distintos cuadros.

Eran las once y media y las cortinas no se des-

corrían. Un gran murmullo se oía en el salón. Las filas de sillones presentaban la más asombrosa muchedumbre de marquesas, castellanas, lecheras, españolas, pastoras y sultanas, en tanto que la compacta masa de fracs negros semejaban una gran mancha oscura al lado del contraste que producían las telas claras y los desnudos hombros, todos ellos resplandecientes con el brillo de pedrería. Solo las mujeres estaban disfrazadas. Hacía ya calor y las tres lámparas encendían el torrente de oro del salón.

Por fin, M. Hupel de la Noue salió, por una abertura practicada á la izquierda del escenario, donde estaba ayudando á las señoras desde las ocho. Su frac tenía sobre la manga izquierda tres dedos señalados de blanco, una manecita de mujer que se había posado allí después de haber estado metida en una caja de polvos. Pero el prefecto entonces no se cuidaba de las miserias de su traje; tenía los ojos encendidos, el rostro hinchado y algo descolorido. Parecía no ver á nadie, y adelantándose hacia Saccard, á quien reconoció en medio de un grupo de hombres graves, le dijo á media voz:

—¡Voto al chápiro! Su mujer de usted ha perdido el cinturón de follaje... ¡Estamos arreglados!

Juraba y hubiera pegado á cualquiera; después, sin esperar respuesta, sin mirar á nadie, volvió

la espalda, se metió por entre los cortinajes y desapareció, mientras las señoras sonreían ante la singular aparición de aquel caballero.

El grupo en medio del cual se hallaba Saccard se había formado detrás de los sillones y hasta se había sacado de la fila un sillón para el barón de Gourand, cuyas piernas se hinchaban. Estaban allí M. Tontín-Laroche, á quien el Emperador había llevado al Senado, M. de Mareuil, cuya segunda elección había sido aprobada por la Cámara, M. Michelin, condecorado la víspera y un poco más allá los señores Mignon y Charier, el uno con un gran diamante en la corbata y el otro con otro mayor en el meñique. Saccard se separó de ellos un momento para hablar dos palabras con su hermana, que acababa de llegar y estaba sentada entre Luisa de Mareuil y la señora de Michelin. Sidonia iba de maga; Luisa llevaba con aire picaresco un disfraz de paje que la daba el aspecto de un pillete y la pequeña Michelin, de almea, sonreía amargamente bajo sus velos bordados de hilillo de oro.

—¿Sabes algo?—preguntó Saccard en voz baja á su hermana.

—No, todavía nada,—respondió.—Pero el galán debe estar aquí. Yo los pillaré esta noche, descuida.

—Avisame en seguida.

Y Saccard, volviéndose á derecha é izquierda, cumplimentó á Luisa y á la señora Micheliu, comparando á la una con una huri de Mahoma y á la otra con un favorito de Enrique III. Su acento provenzal parecía que obligaba á cantar de gozo á todo su cuerpo flaco y estridente. Cuando volvió á acercarse al grupo de los hombres graves, M. de Mareuil le llevó aparte y le habló del casamiento de los jóvenes. Nada había cambiado: el domingo próximo se firmaría el contrato.

—Perfectamente,—dijo Saccard.—Tengo la idea de anunciar el casamiento esta noche: si en ello no tiene usted inconveniente... Espero para eso á mi hermano el ministro que me ha prometido venir.

El nuevo diputado no cabía en sí de gozo. Mientras tanto, M. Tontin-Laroche alzaba la voz como presa de la indignación más viva.

—Sí, señores,—decía á Michelin y á los dos contratistas que se habían acercado,—tuve la debilidad de dejar que mezclasen mi nombre en negocio semejante.

Y al ver que Saccard y Mareuil se acercaban:

—Estaba contando á estos señores el triste negocio de la «Sociedad general de los puertos de Marruecos», que usted ya conoce, amigo Saccard.

Este no se alteró. La Sociedad en cuestión aca-

baba de quebrar escandalosamente. Accionistas demasiado curiosos quisieron saber en qué puntos del Mediterráneo estaban establecidas las estaciones comerciales, y una información judicial demostró que los puertos de Marruecos no existían más que en los planos de los ingenieros, magníficos planos colgados en las paredes de las oficinas de la Sociedad: desde aquel momento, M. de Tontin-Laroche gritó más fuerte que los accionistas, indignándose y queriendo que se le devolviese su nombre puro de toda mancha. Y tanto ruido hizo, que el Gobierno, para rehabilitar á aquel hombre sutil, le nombró senador. Así fué como pescó la silla ambicionada en un negocio que debió terminar para él ante los Tribunales.

—Es usted demasiado bueno al ocuparse de eso,—dijo Saccard.—En cambio puede usted enorgullecerse de su grande obra, el «Crédito Vitícola», esa casa que ha salido triunfante de todas las crisis.

—Así es,—murmuró Mareuil,—esa responde á todo.

El «Crédito Vitícola», en efecto, acababa de atravesar tremendas crisis, cuidadosamente disimuladas. Un ministro blando para con aquella institución financiera, que tenía puesto un cordel al cuello del Ayuntamiento, había ideado una

alza de la cual se había aprovechado maravillosamente M. Tontin-Laroche. Nada halagaba tanto á éste como los elogios que se hacían de la prosperidad del «Crédito Vitícola», y regularmente procuraba provocarlos. Así es que dió las gracias con una mirada á M. de Mareuil, é inclinándose hacia el barón de Gourand, en el sillón del cual se apoyaba familiarmente, le preguntó:

—¿Se siente usted bien? ¿No tiene demasiado calor?

El barón lanzó un ligero gruñido.

—Va decayendo de día en día,—murmuró M. Tontin, dirigiéndose á los demás.

La reunión empezaba á impacientarse, pues eran cerca de las doce.

Por fin, M. Hupel de la Noue, volvió á presentarse. Ya había sacado un hombro por la estrecha abertura, cuando vió á la señora de Espanet que subía al escenario; era la única que faltaba. El prefecto se volvió de espaldas á los espectadores. Y se le pudo ver hablando con la marquesa, á quien las cortinas ocultaban. Ahogaba su voz, y decía saludando con la punta de los dedos:

—Reciba usted mi enhorabuena, marquesa. ¡Qué traje más precioso!

—Pues debajo llevo otro más bonito,—contestó ella, riéndosele en las barbas al ver la figura que hacía metido entre las cortinas.

La audacia de aquella broma asombró por un momento á M. Hupel de la Noue, pero reponiéndose después y saboreando más la frase á medida que la profundizaba, murmuró con semblante de entusiasmo:

—¡Ah, encantadora, encantadora!

Dejó caer la cortina y fué á reunirse con los hombres graves, queriendo gozar de su obra. Ya no era el hombre aturdido que corría tras el cinturón de follaje de la ninfa Eco. Estaba radiante, sofocado y se limpiaba majestuosamente el sudor de la frente. Todavía tenía la señal blanca sobre la manga de su frac, y por añadidura el guante de la mano derecha estaba manchado de encarnado en el extremo del pulgar; sin duda habría metido el dedo en algún tarro de colorete. Sonreía y jugando con el pañuelo balbuceaba:

—¡Es encantadora, sorprendente, maravillosa!

—¿Quién?—preguntó Saccard.

—La marquesa. Figúrese usted que acaba de decirme...

Y contó la ocurrencia; todos aquellos señores la repitieron, encontrándola deliciosa, y hasta el digno señor Haffner, que se había acercado, no pudo menos de aplaudir. Mientras tanto, el piano, que pocas personas habían visto, empezó á tocar un vals, reinando un profundo silencio. El vals tenía giros caprichosos é interminables y una fra-

se muy dulce, brotando del teclado, se perdía en un trino de fuisseñor; después voces más sordas la repetían lentamente. Era una música voluptuosa. Las señoras, con la cabeza algo inclinada, sonreían. En cambio, M. Hupel de la Noue perdió bruscamente su alegría. Miraba ansiosamente las cortinas, diciéndose en su interior que hubiera debido colocar á la señora d' Espanet, como á las demás.

Por fin, se descorrieron las cortinas y el piano continuó el sensual vals. En el salón se dejó oír un murmullo; las señoras se inclinaban, los hombres alargaban el pescuezo, mientras que la admiración se traducía allá por una palabra dicha en alta voz, y aquí por un suspiro involuntario ó por una risa sofocada.

M. Hupel de la Noue, sonreía plácidamente ante el éxito del poema. No pudo resistir á la tentación de repetir á las personas que le rodeaban lo que hacía un mes no cesaba de decir:

—Tuve intención de hacerlo en verso... Pero así hay mayor nobleza de líneas... ¿verdad?

Después, mientras el vals iba y venía en continuo balanceo, explicó el asunto. Mignon y Charrier se habían aproximado y le escuchaban con atención.

—Ustedes conocen el asunto ¿verdad? El hermoso Narciso, hijo del río Cephiso y de la ninfa

Sirioppe, desprecia el amor de la ninfa Eco... Eco formaba parte del séquito de Juno, á quien entretenía con sus discursos, mientras Júpiter recorría el mundo... Eco, hija del Aire y de la Tierra como ustedes saben...

Y continuaba engolfándose así ante la poesía de la fábula. Después, con tono más íntimo, prosiguió:

—He creído poder dar rienda suelta á mi imaginación... La ninfa Eco conduce al bello Narciso á una gruta marina de Venus para que la diosa inflame sus fuegos. Pero la diosa es impotente y el joven demuestra con su actitud que no se siente conmovido.

La explicación no era inútil, pues pocos espectadores en el salón comprendían el sentido exacto de los grupos. Cuando el prefecto hubo nombrado á media voz á los personajes, la admiración todavía fué mayor. Mignon y Charrier continuaban abriendo mucho los ojos: no habían entendido una palabra.

Sobre la escena, entre las cortinas, se alzaba una gruta. La decoración estaba hecha con un lienzo tendido á grandes pliegues cortados, imitando las fragosidades y las asperezas de las rocas, y sobre la que se habían pintado mariscos, pescados y grandes plantas marinas. El tablado, acciéntado, subiendo en forma de colina, estaba

cubierto de la misma tela, en la que el decorador había imitado una arena fina, esmaltada de perlas y pajas de plata.

Aquello era el recinto de la diosa. Sobre la cima del cerro estaba Venus, la señora Sauwrens; aunque un poco gruesa, llevaba la rosada malla con la dignidad de una duquesa del Olimpo; había comprendido su papel de reina del amor. Detrás de ella, no enseñando más que su maliciosa cara, sus alas y su carcaj, la señora Dart prestaba su sonrisa al cariñoso Cupido; á un lado del corrillo, las tres Gracias, señoras Guende, Teissiere y Meiuhold, vestidas de muselina, sonriendo y enlazadas como en el grupo de Pradier, mientras al lado opuesto la marquesa d' Espanet y la señora de Haffner, envueltas en una ola de encajes, en brazos una de la otra y los cabellos mezclados, ofrecían un espectáculo atrevido en el cuadro, un recuerdo de Lesbos, que M. Hupel de la Noue explicaba en voz baja solamente á los hombres, diciendo que con aquello había querido expresar el poder de Venus. Debajo del montecillo, la condesa Vauska representaba á la Voluptuosidad, extendida, retorcida como en un último espasmo, con los ojos entreabiertos y moribundos, como cansada, muy morena, había desatado su negra cabellera, y á través de su túnica dejaba ver por algunos sitios su ardiente cutis. La escala

eromática de los trajes desde el blanco nieve del manto de Venus al rojo obscuro de la túnica de la Voluptuosidad, era suave, de un tinte general sonrosado y un tono de carne. Y bajo el rayo de luz eléctrica, ingeniosamente dirigido sobre la escena á través de una de las ventanas del jardín, la gasa, los encajes, todas las telas ligeras y transparentes se confundían de tal modo con los hombres y las túnicas, que las sonrosadas blancuras aparecían vivas, y no se sabía si aquellas señoras habían llevado la verdad plástica hasta el extremo de ponerse completamente desnudas. Aquello no era más que la apoteosis; el drama empezaba en el siguiente cuadro. A la izquierda la ninfa Eco, Renata, tendía sus brazos hacia la gran diosa, con la cabeza medio vuelta al lado en que se encontraba Narciso, suplicante, como invitándole á mirar á Venus, cuya sola vista enciende terribles fuegos; pero Narciso, á la derecha, hacía gestos de resistencia, se cubría los ojos con las manos y demostraba una indiferencia glacial. Los trajes de aquellos dos personajes sobre todo habían costado á M. Hupel una tortura extraordinaria.

Narciso, de semidios vagabundo de las selvas, vestía un traje ideal de cazador, de color verdoso; chaquetilla corta y ajustada, y ramas de encina en sus cabellos. La vestidura de la ninfa Eco era por

sí sola toda una alegoría; había en ella grandes árboles y grandes montes, lugares resonantes en los que los acentos de la tierra y del aire se rep-tían; era roca por el raso blanco de la falda, bosque por el follaje de la cintura, cielo puro por la nube de gasa azul del corpiño. Y los grupos conservaban una inmovilidad de estatuas; la nota carnal del Olimpo vibraba entre el resplandor del rayo eléctrico, en tanto que el piano continuaba su queja de amor, cortada por suspiros profundos.

Fué opinión general que Máximo estaba admirablemente formado: en su actitud de resistencia desarrollaba su cadera izquierda que llamó mucho la atención; pero los mayores elogios fueron dirigidos á la expresión del rostro de Renata. Según la frase de M. Hupel de la Noue, la joven era «el dolor del deseo no cumplido». Lanzaba agudas sonrisas, que procuraba hacer humildes, y acechaba su presa con súplicas de loba hambrienta que sólo á medias oculta sus dientes. El primer cuadro salió bien, salvo aquella loca de Adelina que no podía estar quieta y sentía unos irresistibles deseos de reír. Después se corrieron las cortinas y el piano calló.

Los espectadores aplaudieron discretamente y las conversaciones se reanudaron. Un gran ambiente amoroso de contenido deseo, procedente del escenario, invadía el salón; las mujeres lan-

guidecían en sus sillas y los hombres se hablaban al oído sonriendo. Aquello era un cuchicheo de alcoba, un deseo voluptuoso apenas formulado por un estremecimiento de los labios; y en las mudas miradas que se encontraban en medio de aquel entusiasmo de buen tono, se notaba el brutal atrevimiento de amores ofrecidos y aceptados con una sola ojeada.

No se hablaba más que de las perfecciones de aquellas señoras; sus trajes adquirían tanta importancia como sus hombros. Cuando Mignon y Charrier quisieron preguntar á M. Hupel de la Noue, se quedaron sorprendidos al no verle á su lado; se había ya sumergido en el escenario.

—Decía á usted, hermosa mía,—dijo Sidonia reanudando una conversación interrumpida por el primer cuadro,—que he recibido una carta de Londres, ya sabe usted, referente al negocio de los tres mil millones... la persona á quien encargué las gestiones me escribe diciéndome que cree haber encontrado el recibo del banquero. Sin duda habrá pagado ya Inglaterra... Estoy mala desde esta mañana.

En efecto, estaba más amarilla que de costumbre. Aunque la señora Michelin no la escuchaba, continuó diciendo en voz baja que Inglaterra no podía haber pagado nada, y que decididamente tendría que ir ella misma á Londres.

—Es muy bonito el traje de Narciso ¿verdad?— preguntó Luisa á la señora Michelin.

Esta sonrió mirando al barón de Gourand, que parecía completamente rejuvenecido en su sillón. Al ver Sidonia la dirección de sus miradas, se inclinó, y cuchicheó á su oído para que la joven no lo oyese.

—¿Es cierto que se ha embargado á sí mismo?

—Sí,—respondió la joven, languideciendo y representando admirablemente su papel de almea.

—Yo he escogido la casa de Souveciennes, y he recibido los títulos de propiedad por conducto de un agente de negocios... Pero hemos roto, ya no le veo.

Luisa tenía una delicadeza particular de oído para oír lo que se la quería ocultar. Miró al barón de Gourand con su atrevimiento de paje, y dijo tranquilamente á la señora Michelin:

—¿Verdad que el barón es hermoso?

Después añadió riendo á carcajadas:

—Debieran haberle confiado el papel de Narciso. Estaría delicioso con el traje verde manzana.

La vista de Venus, de aquel voluptuoso rincón del Olimpo, había, en efecto, reanimado al viejo senador, cuyos ojos parecían encantados, volviéndose á medias para felicitar á Saccard. Entre el barullo del salón, el grupo de hombres graves continuaba hablando de política y de negocios.

M. Haffner dijo que había sido nombrado presidente de un jurado encargado de arreglar la cuestión de las indemnizaciones; en su consecuencia la conversación versó sobre los trabajos de París, sobre el bulevar del Príncipe Eugenio, del que se empezaba á hablar seriamente en público. Saccard aprovechó la ocasión, refiriéndose á una persona á quien conocía, de un propietario á quien indudablemente iban á expropiar; y miraba de frente á aquellos señores. El barón movía suavemente la cabeza; M. Tontin-Laroche llevó las cosas hasta declarar que nada había más desagradable que ser expropiado; M. Michelin aprobaba y torcía los ojos más para contemplar su condecoración.

—Las indemnizaciones nunca serán bastante grandes,—dedujo directamente M. de Marenil que quería hacerse agradable á Saccard.

Se habían comprendido; pero Mignón y Charrier anteponian á todos sus negocios. Pensaban retirarse muy pronto á Saugres, según decían, pero teniendo siempre un pie en París. Hicieron sonreír á aquellos señores, cuando contaron que, después de haber terminado la construcción de su magnífico hotel del bulevar Malesherbes, lo habían encontrado tan hermoso, que no habían podido resistir á la tentación de venderle. Sus brillantes eran, sin duda, un consuelo que se habían proporcionado. Saccard se rió de mala gana; sus

antiguos asociados acababan de realizar inmensos beneficios en un negocio en el que él había hecho el papel de tonto. Y como el entreacto se prolongaba, cortaban la conversación de los hombres graves los elogios sobre la garganta de Venus y el traje de la ninfa Eco.

Al cabo de media hora larga reapareció M. Hupel de la Noue, Caminaba en medio de un éxito completo y el desorden de su traje iba en aumento. Procurando llegar á su sitio, encontró á M. de Mussy, le apretó la mano al paso y después volvió pies atrás para preguntarle:

—¿No conoce usted la frase que se le ha ocurrido á la marquesa?

Y se la repitió sin esperar respuesta. Cada vez se iba penetrando más de ella, comentándola y encontrándola por último exquisitamente cándida.

Pero M. de Mussy no opinó del mismo modo y encontró la frase indecente. Acababa de ser agregado á la embajada inglesa y había oído decir al embajador que era de rigor observar severos modales. Se negó á dirigir los cotillones; envejecía y no hablaba ya de su amor á Renata, á quien saludaba brevemente cuando la encontraba.

M. Hupel de la Noue iba á engrosar el grupo formado detrás del sillón del barón, cuando el piano entonó una marcha triunfal. Majestuosos acordes en los que jugaban muchas tecas á la vez,

daban principio á un canto, en el que por momentos sonaban estallidos metálicos. Al finalizar cada frase, una voz más alta la recogía, acentuando la cadencia. Aquello era brutal y alegre.

—Uste les juzgarán,—murmó M. Hupel de la Noue—quizás habré exagerado algo la licencia poética; pero creo que la audacia me ha salido bien... La ninfa Eco, viendo que la diosa Venus es impotente con el hermoso Narciso, la conduce á casa de Plutón, dios de las riquezas y de los metales preciosos... Después de la tentación de la carne, la tentación del oro.

—Eso es lo clásico—respondió M. Tontín Larroche con sonrisa cariñosa.—Usted conoce la época, señor prefecto.

Descorriéronse las cortinas y el piano sonó más fuerte. El efecto era deslumbrador; la luz eléctrica se derramaba sobre un esplendor resplandeciente, en el que los espectadores al pronto no veían más que una inmensa brasa, en la cual parecían fundirse lingotes de oro y piedras preciosas. Veíase una nueva gruta; pero no era la fresca morada de Venus, bañada por las olas que mueren sobre menuda arena sembrada de perlas; debía, por el contrario, encontrarse en el centro de la tierra, en una capa ardiente y profunda, entrada del infierno antiguo; fondo de una mina de metales en fusión habitada por Plutón. La tela, imitan-

do la roca, mostraba anchos filones metálicos; coladas que eran como las venas del antiguo mundo, acarreado las incalculables riquezas y la eterna vida del suelo. En la tierra, por un anacronismo atrevido de M. Hupel de la Noue, había un montón de monedas de veinte francos; luises extendidos y amontonados, un hormigueo de monedas de oro, sobre el cual se hallaba sentada la señora de Guende, representando al dios del infierno; Plutón mujer, Plutón enseñando la garganta por entre las grandes hojas de su vestidura, compuesta de todos los metales.

Alrededor del dios, unas de pie, medio tendidas otras, unidas ó floreciendo separadamente, y representando todas las florescencias mágicas de aquella gruta, en la que los califas de *Las Mil y una noches* parecían haber vaciado sus tesoros, se agrupaban la señora Haffner que hacía de Oro, con una falda rígida y resplandeciente cual la de un obispo; la d'Espanet, de Plata, reluciente como un rayo de luna; la de Lauwerens, vestida de ardiente azul, representaba el Záfiro, teniendo á su lado á la pequeña señora Darté, de Turquesa risueña, suavemente azulada; después seguían, de Esmeralda, la Menihold y de Topacio la Teissiere; más abajo la condesa Nauska daba su sombrío ardor al Coral, extendida, con los brazos levantados, llenos de encendidos colgantes, con los que

semejaba un pólipio eucantador y monstruoso, que enseñaba carnes de mujer entre el sonrosado nácar.

Aquellas mujeres llevaban collares, brazaletes, aderezos completos hechos con la piedra preciosa que cada una representaba, llamando especialmente la atención las originales joyas de las señoras de Espanet y Haffner, compuestas sólo de pequeñas moneditas de oro y plata completamente nuevas.

En aquel primer cuadro del poema, el drama continuaba siendo el mismo; la ninfa Eco tentaba al bello Narciso, quien aun resistía con el propio gesto; y la vista de los espectadores se acostumbró con cierto arrobamiento á la contemplación de aquella anchurosa caverna, abierta en las inflamadas entrañas de la tierra, á aquel montón de oro sobre el cual se revolcaba la riqueza de un mundo.

El segundo cuadro alcanzó mayor éxito que el primero, pareciendo á todos extraordinariamente ingeniosa la idea; el atrevimiento de las monedas de veinte francos, aquel chorro de caja de hierro moderna, colocado en un paraje de mitología griega, sedujo la imaginación de las señoras y de los hacendistas que allí estaban.

Las palabras: «¡qué de monedas! ¡qué de dinero!» se oían por todas partes, acompañadas de

sonrisas y de una sensación de placer, y seguramente cada uno de aquellos señores y de aquellas señoras soñaba en ofrecer ó aceptar aquellas riquezas á cambio de un amor.

—Inglaterra ha pagado; esos son los millones de usted,—murmuró maliciosamente Luisa al oído de Sidonia.

La señora Michelin, embelesada y con la boca entreabierto por el deseo, apartaba su velo de almea y acariciaba el oro con mirada reluciente, mientras el grupo de hombres graves se quedaba estupefacto.

M. Tontin-Laroche, completamente deslumbrado, murmuró algunas palabras al oído del barón, cuyo rostro se llenaba de amarillentas manchas, y Mignon y Charrier, menos discretos, dijeron con ruda sencillez:

—¡Demonio! Ahí hay bastante para derribar á Paris y volverlo á edificar.

La frase pareció profunda á Saccard, quien empezaba á creer que Mignon y Charrier se burlaban de la gente haciéndose los tontos.

Cuando se corrieron las cortinas y el piano terminó la marcha triunfal con un gran ruido de notas lanzadas unas sobre otras, como las últimas paletadas de escudos, los aplausos estallaron en el salón.

Entre tanto, estando á la mitad del cuadro, ha-

bía llegado el ministro, acompañado de su secretario, presentándose en la puerta del salón; Saccard que acechaba con impaciencia la llegada de su hermano, quiso precipitarse á su encuentro. Pero el ministro, con un gesto, le rogó que no se moviese, y se acercó, lentamente, al grupo de los hombres graves.

Cuando se corrieron las cortinas y le vieron, circuló por el salón un prolongado cuchicheo, y las cabezas se volvieron hacia él; el ministro equilibraba el éxito de los «Amores del bello Narciso y de la ninfa Eco».

—Es usted todo un poeta, señor prefecto,—dijo sonriendo á M. Hupel de la Noue.—¿No publicó usted en otro tiempo un libro de versos titulado, según creo, «Los Volubilis»?... Yo creo que los trabajos administrativos no han logrado agotar su inspiración.

El prefecto sintió en aquel cumplido el aguijón de un epigrama; la repentina aparición de su jefe le descompuso, tanto más cuanto que, al examinar de una ojeada para ver si su porte era correcto, notó sobre la manga de su frac, que no se atrevió á sacudir.

—Verdaderamente,—prosiguió el ministro, dirigiéndose á M. Tontin Laroche, al barón de Gourand y á los demás personajes que se encontraban allí,—todo ese oro forma un espectáculo ma-

raviloso... Haríamos grandes cosas si M. Hupel de la Noue nos fabricase moneda.

Aquello, en lenguaje ministerial, era lo mismo que habían dicho Mignon y Charrier.

Entonces M. Tontin-Laroche y los demás, hicieron un papel de cortesanos, apoyándose en la última frase del ministro: el Imperio ya había hecho maravillas y no era oro lo que faltaba, pues gracias á la profunda experiencia del poder, nunca Francia había ocupado posición tan brillante ante Europa, concluyendo aquellos señores por humillarse tanto, que el mismo ministro cambió de conversación.

Los escuchaba con la cabeza erguida y los pliegues de los labios algo levantados lo cual daba á su grueso y blanco rostro, cuidadosamente afeitado, cierta expresión de duda y de risueño desdén.

Saccard, que quería preparar el anuncio del casamiento de Máximo y Luisa, procuraba encontrar una transición hábil, aparentaba gran familiaridad, y su hermano se hacía el bonachón, consintiendo hacerle el favor de fingir que le quería mucho.

Era realmente superior, con su clara mirada, su visible desprecio hacia las pillerías mezquinas y sus anchos hombros que con un solo movimiento hubieran derribado á toda aquella gente,

Cuando, por fin, se trató del casamiento, se manifestó encantador y dió á entender que tenía ya preparado su regalo de boda; se refería al nombramiento de Miximo, como auditor en el Consejo de Estado. Llegó hasta repetir por doscientas veces á su hermano:

—Dile á tu hijo que seré testigo.

M. de Mareuil se puso encarnado de satisfacción, y todos felicitaron á Saccard, ofreciéndose M. Tontin-Laroche como segundo testigo. Después, y de un modo brusco, se habló del divorcio; un miembro de la opinión acababa de demostrar «el triste valor», según M. Haffner, de defender aquella vergüenza social.

Todos se espantaron y su pudor les inspiró frases profundas, M. Michelin sonreía delicadamente al ministro, al propio tiempo que Mignón y Charrier notaban con asombro que el cuello de su frac estaba bastante usado.

Mientras tanto, M. Hupel de la Noue se ballaba aturdido, apoyándose en el sillón del barón Gourand, quien se había contentado con cambiar un apretón de manos con el ministro. El poeta no se atrevía á dejar aquel sitio sin sentimiento indefinible, el temor de parecer ridiculo, el miedo de perder la gracia de su jefe, le retenía, á pesar del inmenso deseo que sentía de ir á colocar aquellas señoras en escena para el próximo cuadro. Espe-

raba una frase feliz que le rehabilitase en el favor del ministro, pero no se le ocurría nada. Cada vez se sentía más contrariado; así es, que cuando distinguió á M. de Saffré, se pegó á él como á una tabla de salvación. El joven acababa de entrar, era una víctima fresca.

—¿No conoce usted la frase de la marquesa?— le preguntó el prefecto.

Pero tan aturdido estaba que no sabía presentar la cosa de un modo gracioso.

—Le he dicho; «Tiene usted un traje encantador», y me ha contestado:...

—«Tengo otro más bonito debajo»,—añadió tranquilamente M. de Saffré.—Eso es muy antiguo, amigo mío, muy antiguo.

M. Hupel de la Noue le miraba consternado. La frase era antigua, ¡y él que iba á profundizar todavía su comentario acerca de la candidez de aquel grito del corazón!

—Antiguo, tan antiguo como el mundo,—repetía el secretario.—La señora de Espanet ha dicho ya eso mismo dos veces en las Tullerías.

Aquel fué el último golpe: el prefecto prescindió del ministro y del salón entero, y se dirigía ya hacia el escenario, cuando el piano preludió con acento entristecido y con temblorosas notas de llanto; el lamento se extendía y arrastraba lánguidamente, y las cortinas se descorrieron.

M. Hupel de la Noue, que ya había casi desaparecido, volvió á entrar en el salón al oír el ligero ruido de las anillas. Estaba pálido, desesperado, y tenía que hacer violentos esfuerzos para no apostrofar á aquellas señoras. ¡Ellas solas se habían colocado! La pequeña Espanet era, sin duda, la que debió haber fraguado aquel complot de acelerar el cambio de los trajes y prescindir de él. ¡Aquello era ignominioso!

Se volvió mascullando sordas palabras, y miraba al escenario encogiéndose de hombros y murmurando:

—La ninfa Eco está demasiado á la orilla... y esa pierna del bello Narciso no tiene nobleza alguna.

Mignón y Charrier, que se habían acercado para oír la explicación, se atrevieron á preguntarle qué hacía aquella joven pareja tendida en el suelo. Pero no respondió; se negó á explicar más su poema, y ante la insistencia de los contrastistas, dijo:

—¡Eh! No tengo nada que ver con eso desde el momento en que esas señoras se han colocado sin mí.

El piano sollozaba nuevamente; la escena, sobre la cual la electricidad lanzaba un rayo, figuraba una pradera cerrada por un horizonte de follaje; era una pradera ideal con árboles azules y gran-

des flores amarillas y encarnadas, altas como encinas. Allí, sobre un montecillo de césped, Venus y Platón, uno al lado del otro, se hallaban rodeados por las ninfas de la vecina espesura, que formaban su cortejo; eran las hijas de los árboles, las hijas de los arroyos, las hijas de los montes, todas las risueñas y desnudas divinidades de la selva. Y el dios y la diosa triunfantes, castigaban la frialdad del orgullo que los había despreciado, en tanto que el grupo de ninfas contemplaban con sagrado terror la venganza del Olimpo, que se cumplía en primer término.

El drama se desenlazaba allí: el hermoso Narciso, tendido á la orilla de un arroyo que descendía desde el fondo de la escena, se miraba en las claras aguas como en un espejo, llevándose la verdad hasta el extremo de poner uno en el fondo del arroyo. Ya no era aquel el joven libre, el vagabundo de las selvas; la muerte, que sorprendióle en medio de la entusiasta admiración de su propia imagen le iba poco á poco debilitando, y Venus, señalándole con el dedo, como hada de apoteosis, le abandonaba á su fatal destino, que le convertía en flor. Sus miembros reverdecían y se extendían, dentro de su ajustado traje de satén verde; el flexible tallo, formado por las piernas ligeramente encorvadas, iba á hundirse en la tierra y á echar raíces, mientras que el busto,

adornado con anchos paños de satén blanco, se desplegaba formando maravillosa corola.

La rubia cabellera de Máximo completaba la ilusión, fluyendo con sus largos y rizados tirabuzones, pistilos amarillos que resaltaban entre la blancura de los pétalos. Y la gran flor naciente, todavía humana, inclinaba la cabeza hacia el arroyo, con los ojos entornados y el semblante risueño, en éxtasis voluptuoso, como si el bello Narciso hubiese al fin satisfecho en la muerte los deseos que á sí mismo se había inspirado. A algunos pasos de él, la ninfa Eco desfallecía también, muriendo de deseos no gozados; adquiría poco á poco la rigidez de la tierra y sentía sus abrasados miembros helarse y endurecerse. No era roca vulgar manchada por el musgo, sino blanco mármol, por sus hombros y sus brazos y por su gran túnica de nieve, cuyo cinturón de follaje y cuya banda azul se habían desprendido. Encorvada en medio del satén de la falda, que se abría en anchos pliegues, semejando así un bloque de piedra de Paros, ibase agobiando lentamente, no teniendo ya animados en su helado cuerpo de estatua sino sus ojos de mujer, ojos que relucían, fijos siempre en la flor de las aguas, que permanecía lánguidamente inclinada sobre el espejo del arroyo. Parecía que todos los sonidos amorosos de la selva, las voces prolongadas de la floresta, los

misteriosos estremecimientos de las hojas, los profundos suspiros de las corpulentas encinas, iban á chocar contra la marmórea carne de la ninfa Eco, cuyo corazón, siempre vivo en el bloque, resonaba y repetía á lo lejos los menores lamentos de la Tierra y del Aire.

—¡De qué manera tan rara han desfigurado al pobre Máximo!—murmuró Luisa.—Cualquiera diría que la señora Saccard está muerta.

—Está envuelta en polvos de arroz—dijo la señora Michelin.

Otras frases no más galantes se escucharon; el tercer cuadro no alcanzó el éxito que los anteriores; aquel trágico desenlace, era no obstante, lo que hacía que M. Hupel de la Noue se entusiasmara con su propio talento, y se admirara á sí mismo, como Narciso en su espejo. Había empleado allí multitud de intenciones poéticas y filosóficas, y cuando las cortinas se hubieron corrido por última vez, y los espectadores hubieron aplaudido como personas bien educadas, experimentó gran sentimiento por haberse dejado llevar por la cólera al no querer dar la explicación de la última página de su poema. Trató entonces de facilitar á los que le rodeaban la clave de las cosas encantadoras, grandiosas ó simplemente graciosas que representaban el bello Narciso y la ninfa Eco y aún intentó decir lo que Venus y Plutón ha-

clan en la pradera, pero aquellas señoras y aquellos caballeros, cuyas claras y prácticas inteligencias habían comprendido lo que significaban la gruta del oro y la gruta de la carne, no se cuidaron de profundizar más las complicaciones mitológicas del prefecto. Unicamente Mignón y ChARRIER, que querían á todo trance, conocer el sentido de lo que habían visto, tuvieron la bondad de interrogarle; entonces se apoderó de ellos y los tuvo de pie en el hueco de una ventana durante cerca de dos horas contándoles las *Metamorfosis* de Ovidio.

El ministro se retiraba en aquel momento, excusándose por no poder aguardar á su hermosa cuñada para felicitarla por la gracia perfecta de la ninfa Eco. Acababa de dar tres ó cuatro vueltas al salón del brazo de su hermano y saludando á las señoras; nunca se había comprometido tanto por Saccard á quien dejó radiante de alegría, cuando, en el dintel de la puerta, le dijo en voz alta:

—Te espero mañana por la mañana. Ven á almorzar conmigo.

El baile iba á empezar; los criados habían colocado á lo largo de las paredes los sillones de las señoras, y el gran salón extendía entonces desde el saloncito amarillo hasta el escenario, su desnuda alfombra, cuyas grandes y purpúreas flores se

abrían bajo la cascada de luz que derramaba el cristal de las arañas. El calor aumentaba; los rojos tapices bruñían con sus reflejos el oro de los muebles y del techo, esperándose solo para empezar el baile, á que aquellas señoras, cambiasen de traje.

Las de Espanet y Haffner fueron las primeras que aparecieron, llevando sus trajes del segundo cuadro; una estaba disfrazada de Oro y la otra de plata. Se las rodeó, se las felicitó y ellas á su vez refirieron sus emociones.

—Yo, por poco, suelto la carcajada,—decía la marquesa,—cuando vi de lejos, atisbando, á la gran nariz de M. Tontin-Laroche.

—Yo tengo un dolor terrible en el cuello,—exclamaba lánguidamente la rubia Susana.—Si aquello dura un minuto más, pierdo mi postura clásica.

M. Hupel de la Noue, desde el rincón á que había llevado á Mignon y á Charrier, dirigía inquietas miradas al grupo formado en torno de las dos jóvenes, temiendo que se burlasen de él; las otras niñas, iban llegando una tras otra, vestidas todas con sus trajes de piedras preciosas; la condesa Vauska, con el suyo de coral, obtuvo un éxito loco cuando se pudieron examinar de cerca los ingeniosos detalles del vestido. Después entró Máximo, de etiqueta, y con semblante risueño; una turba de mujeres le envolvió, colocándolo en el

centro del círculo, y bromeando acerca de su papel de flor y de su pasión por los espejos; él, sin el menor aturdimiento, y como encantado del personaje que había representado, continuaba sonriendo, respondiendo á los chistes y confesando que se adoraba á sí mismo y que estaba bastante curado de mujeres para preferirse á ellas. Entonces estallaron las carcajadas y el grupo aumentó de modo que llegó á ocupar el centro del salón, en tanto que el joven, ahogado entre aquella masa de hombros desnudos, en aquel barullo de deslumbrantes trajes, conservaba su perfume de amor monstruoso y su viciosa suavidad de flor marchita.

Cuando por fin apareció Renata, se produjo momentáneo silencio; vestía un traje de tan original gracia y de tal atrevimiento, que todos aquellos caballeros y señoras, á pesar de estar acostumbrados á las excentricidades de la joven, no pudieron contener un movimiento de asombro. Estaba disfrazada de otaitiana, traje, al parecer de los más primitivos, compuesto de una malla de color pálido, que subía desde los pies hasta el seno, dejando los hombros y los brazos al descubierto, y una sencilla blusa de muselina, corta y guarnecida de dos volantes, para velar un poco las caderas; llevaba en el cabello una corona de flores silvestres, arcos de oro en los puños y en los tobi-

llos, y nada más; estaba desnuda. La malla tenía flexibilidades de carne, bajo la transparencia de la blusa, y la línea pura de aquella desnudez se encontraba ligeramente velada por los volantes, desde las rodillas, hasta debajo de los brazos; pero se acentuaba y reaparecía por entre los encajes al más ligero movimiento. Parecía una salvaje encantadora, una joven bárbara y voluptuosa, medio oculta entre una especie de vapor blanquecino y un jirón de marítima bruma, á través de la cual se adivinaba su cuerpo.

Renata, con las mejillas sonrosadas, se adelantaba ligeramente. Celesta había hecho saltar la primera malla que se había puesto, aunque afortunadamente, y en previsión del caso, la joven se había provisto de otra; la rotura de la primera malla la había hecho retardarse. Parecía cuidarse poco de su triunfo: sus manos abrasaban, sus ojos estaban brillantes por la fiebre, y no obstante sonreía, contestando con breves frases á los hombres que la detenían y la felicitaban por la pureza de sus actitudes en los cuadros vivos. La joven dejaba en pos de sí un surco de fracs negros llenos de admiración y de encanto á causa de la transparencia de su blusa de muselina.

Quando llegó al grupo de mujeres que rodeaban á Máximo, produjo breves exclamaciones, y la

marquesa, mirándola de pies á cabeza con aire tierno, murmuró:

—Está admirablemente formada.

La señora Michelin, cuyo traje de almea parecía horriblemente pesado al lado de aquel sencillo velo, se mordía los labios, mientras Sidonia, encojida en su negra túnica de maga, murmuraba á su oído:

—Eso es indecente del todo ¿verdad?

—¡Ya lo creo!—dijo la linda morena.—¡Qué enfadado se pondría Michelin si yo me pusiese un traje así!

—Y tendría razón,—contestó la cordonera.

Los hombres graves no eran de semejante opinión y estaban maravillados: el mismo M. Michelin, á quien su mujer suponía tan contrario á aquello, se desvanecía por dar gusto á M. Tontin-Laroche y al barón de Gourand, quienes, entusiasmados á la vista de Renata, dirigían, como todos, grandes cumplidos á Saccard por la perfección de formas de su esposa. Aristides se inclinaba, mostrándose orgulloso. La noche era buena para él, y á no ser por cierta preocupación que cada momento se traslucía en sus ojos, cuando miraba rápidamente á su hermana, hubiera parecido un hombre completamente feliz.

—¿Diga, no te parece que hasta ahora no nos había enseñado tanto?—dijo alegremente Luisa al

oído de Máximo, señalándole á Renata con el rabillo del ojo.

Y añadió con sonrisa indefinible:

—A mí, al menos.

El joven la miró con inquieto semblante; pero ella continuó sonriendo alegremente, como colegial encantado de algún chiste demasiado fuerte.

Por fin, empezó el baile; se había utilizado el tablado para colocar en él una orquesta. Lo primero que se tocó fué una *quadrille*,

¡Ah! ¡Il a des bottes, il a des bottes, Bastieul

la cual hacía ya por entonces las delicias de los bailes populares. Las polkas y mazurcas alternaron con las *quadrilles*. El prolongado balanceo de las parejas iba y venía, llenaba la larga galería saltando á impulsos del latigazo de los instrumentos de metal y al mecedor compás de los violines; los trajes, en aquel turbión de mujeres de todos los países y de todas las épocas, daban vueltas con extraño hormigueo y extravagante mescolanza de los más rabiosos colores. El ritmo, después de mezclar y transportar los colores en cadencioso barullo, volvía á traer con algunos golpes de violín la misma túnica de raso color de rosa. el mismo corpiño de terciopelo azul al lado del mismo frac negro. Después, otro acorde, un sonido

de los cornetines lanzaban las parejas y las hacía viajar en fila alrededor del salón.

A veces, en el intermedio de dos bailables, alguna señora, sofocada por el calor se asomaba á alguna ventana en busca de un poco de aire fresco ó bien descendía á la estufa. Cuando se abrió el comedor, transformado en *buffet*, con multitud de aparadores adosados á la pared y una larga mesa cargada de fiambres en medio, aquello fué un motín en el que hubo empujones y codazos generales. La gente se arrojó sobre los pasteles y á las aves trufadas, atropellándose brutalmente. Aquello era un asalto: las manos se encontraban en medio de los manjares, y los lacayos no sabían á quien responder en medio de la turba de caballeros distinguidos, cuyos extendidos brazos sólo expresaban el temor de no alcanzar nada. Un señor viejo se enfadó porque no había Burdeos, asegurando que el champagne le quitaba el sueño.

—Despacio, señores, despacio,—decía Bautista con voz grave.—Para todos habrá.

Pero nadie le hacía caso. El comedor estaba lleno é inquietos fracs se agrupaban á la puerta. Delante de los aparadores había estacionados varios grupos, comiendo deprisa y apretándose; muchos tragaban sin beber por no haber conseguido echar mano á una copa; otros por el contrario,

bebían corriendo inútilmente tras un pedazo de pan.

—Oigan ustedes,—dijo M. Hupel de la Noue, á quien, cansados de mitología habían arrastrado Mignon y Charrier hacia el buffet,—no tendremos nada sino hacemos causa común... Peor es lo que sucede en las Tullerías y yo ya tengo alguna experiencia... Encárguense ustedes del vino y yo me encargaré de la carne.

El prefecto tenía echado el ojo á una pierna asada y extendió la mano al cabo de un instante por entre un claro que quedaba entre los hombros de algunas señoras, después de haberse llenado los bolsillos de panecillos. Los contratistas por su parte volvieron con tres botellas de champagne, y aquellos caballeros cenaron en el ángulo de una jardinera, de pie y charlando.

Entre tanto se oían los acordes de la orquesta que crecían bruscamente; se bailaba la polka de los besos, célebre en los bailes públicos y en la cual cada bailarín debía llevar el compás besando á su pareja. La señora d' Espanet apareció á la puerta del comedor, encarnada, casi con el peinado deshecho y arrastrando con encantadora laxitud un gran vestido de plata. Como nadie se apartaba, se vió en la precisión de servirse de los codos para abrirse paso. Después dió la vuelta á la mesa, vacilante y con una mueca en los labios;

al distinguir á M. Hupel de la Noue, que había concluido y se estaba limpiando la boca con el pañuelo, fuese á él derecho.

—¿Sería usted tan amable,—dijo con una sonrisa encantadora,—que me proporcionase una silla?

El prefecto guardaba rencor á la marquesa, pero su galantería no vaciló; se apresuró, buscó la silla, instaló en ella á la señora d' Espanet, quedándose detrás para servirla; la joven no quiso más que algunos langostinos con un poco de manteca y dos dedos de champagne; comiendo con ademanes delicados, formaba contraste en medio de la glotonería de los hombres. Aunque la mesa y las sillas estaban exclusivamente reservadas á las señoras, se hacía siempre una excepción en favor del barón de Gourand, quien se encontraba allí sentado delante de un pedazo de pastel, cuya corteza trituraban lentamente sus mandíbulas. La marquesa reconquistó al prefecto, diciéndole que no olvidaría nunca sus emociones artísticas en los «Amores del bello Narciso y la ninfa Eco»; le explicó también porque no le habían esperado, pues aquellas señoras sabedoras de que el ministro estaba allí, pensaron que hubiera sido poco conveniente prolongar el entreacto, y concluyó por rogarle que fuese á buscar á la señora Haffner, quien estaba bailando con M. Simpson, un hombre

brusco según ella decía, y que le desagradaba. Cuando Susana estuvo á su lado, ya no volvió á mirar á M. Hupel de la Noue.

Saccard, seguido de los señores Tontín-Laroche, Mareuil y Haffner, se había apoderado de un aparador; como la mesa estaba llena y M. de Saffré pasaba con la señora Michelin del brazo, les retuvo é invitó á la linda morena á que se sentara con ellos. La joven comió pastas, sonriendo y mirando á los cinco hombres que la rodeaban, quienes se inclinaban hasta ella, rozando sus velos de almea bordados de hilillo de oro, y arrinconándola contra el aparador, sobre el que concluyó por apoyarse, admitiendo obsequios de todos, muy dulce y cariñosa, con la amorosa docilidad de la esclava que se halla en medio de sus señores. M. Michelin estaba concluyendo, en el otro extremo de la habitación, una terrina de *foie gras*.

Entre tanto, Sidonia, que estaba rodando por el baile desde los primeros compases, entró en el comedor y llamó á Saccard con un gesto.

—No baila,—le dijo en voz baja.—Parece que está violenta... Creo que medita alguna locura... Pero hasta ahora no he podido descubrir quien sea el damiselo... Voy á comer algo y vuelvo á ponerme en seguida en acecho.

Comió de pie, como un hombre, un alón de pollo que se hizo servir por Michelin. Bebió

Málaga en una copa grande de champagne, y después de limpiarse los labios con la punta de los dedos, volvió al salón.

El baile languidecía y la orquesta estaba ya sin aliento, cuando empezó un murmullo: «¡el cotillón! ¡el cotillón!», que reanimó á los bailarines y á los músicos. De todos los extremos de la estufa brotaron parejas; llenóse el salón y se discutió vivamente en medio del barullo que volvió á armarse en la estancia. Era la última llamada del baile. Los hombres que no bailaban miraban desde los huecos de las ventanas con semblante satisfecho; el grupo de los bulliciosos aumentaba en medio de la habitación, mientras que los que estaban cenando en el *buffet* alargaban el pescuezo para conocer la causa de aquella algazara.

—M. de Mussy no quiere,—dijo una señora.—Jura que no lo dirigirá ya más... Vamos, una sola vez, señor de Mussy, una sola vez. Hágalo usted en obsequio nuestro.

Pero el joven agregado de embajada permanecía tieso y grave, diciendo que era imposible, que lo había jurado, por lo cual hubo un verdadero disgusto. Máximo se negó también, manifestando que ya no podía con sus huesos; M. Hupel de la Noue, no se atrevió á ofrecerse, por que él no descendía más que á la poesía. Una señora habló de M. Simpson y la hicieron callar. M. Simpson

era el director de cotillón más extravagante que podía verse; se dejaba llevar de fantásticas y maliciosas ideas, y se contaba que en un salón en que tuvieron la imprudencia de escogerle, había obligado á las damas á saltar por encima de las sillas y que una de sus figuras favoritas era hacer andar en cuatro pies á todo el mundo alrededor de la habitación.

—¿Se ha marchado M. de Saffré?—preguntó una voz atiplada.

En aquel momento se estaba despidiendo de la hermosa señora Saccard, con quien se mostraba más afectuoso desde que le había desdeñado; aquel amable excéptico profesaba admiración hacia los caprichos de los demás. Aunque se resistía, diciendo con una sonrisa que no le comprometiesen, que él era ya un hombre serio, hiciéronle volver triunfalmente desde el vestibulo.

Por fin, ante todas las blancas manos que hacia él se dirigían, exclamó:

—Vaya, cada cual á su puesto... Pero prevengo que soy clásico y que no tengo dos céntimos de inventiva.

Las parejas se sentaron en las sillas que pudieron reunir alrededor del salón; los jóvenes fueron á buscar hasta las sillas de hierro de la estufa. Aquel era un cotillón mónstruo; M. de Saffré, que tenía el aspecto recogido de un cura oficiando,

escogió por pareja á la condesa Vauska, cuyo traje de coral le preocupaba. Cuando todo el mundo estaba en su sitio, lanzó una mirada sobre aquella fila circular de faldas con un frac negro por cada una, é hizo una señal á la osquesta, cuyos instrumentos de metal resonaron en el espacio. Las cabezas de los hombres se inclinaban á lo largo del risueño cordón de rostros femeniles.

Renata se había negado á tomar parte en el cotillón: manifestaba nerviosa alegría desde el principio del baile, bailando poco, mezclándose á los grupos y sin poder estar quieta en ningún lado. Sus amigas la encontraban singular. Había hablado de hacer un viaje en globo con un célebre aeronauta de quien todo París se ocupaba. Cuando empezó el cotillón se vió contrariada por no poder andar á su gusto y se quedó á la puerta del vestibulo, dando apretones de mano á los hombres que se retiraban y charlando con los amigos de su marido.

El barón Gourand, acompañado de un lacayo y embutido en su abrigo de pieles, dirigió un último elogio á Renata por su traje de otaitiana.

Entre tanto, M. Tontin-Laroche estrechaba la mano de Saccard.

—Máximo cuenta con usted,—dijo el banquero.

—Perfectamente,—respondió el senador.

Y después, dirigiéndose á Renata:

—Señora, no había dado á usted todavía mi enhorabuena. ¡Ya tenemos al chico colocado!

Al ver que su mujer sonreía con asombro, exclamó Saccard:

—Mi mujer aun no lo sabe... Hemos convenido esta noche el matrimonio de la señorita Mareuil con Miximo.

Renata continuó sonriéndose é inclinándose ante M. Tontin-Laroche, que se alejaba diciendo:

—El domingo se firma el contrato ¿verdad? Yo voy á Nevers para un asunto de minas, pero para entonces ya estaré aquí.

La joven quedó sola un instante en medio del vestíbulo; ya no sonreía, y á medida que comprendía lo que acababa de oír, iba apoderándose de ella un temblor creciente y convulsivo. Fijó después con insistencia la mirada en los tapices encarnados de terciopelo, en las plantas raras, en los jarrones de mayólica, y dijo por fin en voz alta:

—Es preciso que le hable.

Y volvió al salón, pero se tuvo que detener á la entrada. Una figura del cotillón obstruía el paso. La orquesta tocaba á la sordina una frase del vals. Las mujeres, cogidas de las manos, formaban un círculo y daban vueltas lo más rápidamente posible, tirándose de los brazos, riéndose y escuriéndose.

En medio, un caballero,—el malicioso de M.

Simpson,—tenía en la mano una larga banda de color rosa que levantaba con el gesto del pesador que va á arrojar el esparavel; pero no se daba prisa, encontrando gracioso, sin duda, el dejar dar vueltas á aquellas señoras, y cansarlas. Estaban jadeantes y pedían gracia.

Entonces lanzó la banda y lo hizo con tal destreza, que fué á enredarse en los hombros de la d'Españet y la de Haffner que iban juntas.

Aquello fué una broma de americano. Quiso bailar con las dos señoras á la vez y las había ya cogido por la cintura, á una con el brazo izquierdo y á la otra con el derecho, cuando M. de Saffré dijo con severo acento:

—No se puede bailar con dos señoras.

Pero M. Simpson no quería soltar á ninguna de las dos que se revolvían entre sus brazos lanzando risotadas.

Se comentaba el lance y las señoras se iban enojando mientras la confusión se prolongaba, y los caballeros en los huecos de las ventanas, se preguntaban cómo saldría Saffré con gloria de aquel apurado trance.

Saffré, en efecto, quedó perplejo un instante, pensando con que refinada gracia hacía acallar las burlas, y por último, con la sonrisa en la boca, cogió de las manos á las dos señoras, las hizo una pregunta en el oído, recibió la respuesta, y

dirigiéndose en seguida á M. Simpson, le preguntó:

—¿Escoge usted la verbena ó la hierba doncella?

Simpson, algo atontado, escogió la verbena.

Entonces M. de Saffré le dió la marquesa, diciendo:

—Hé aquí la verbena.

Hubo discretos aplausos. Encontraron aquello muy bonito.

M. de Saffré era un director de cotillón «que no se quedaba nunca corto», tal fué la experiencia de las señoras.

Durante todo aquel tiempo la orquesta había repetido la frase del vals en todos los tonos, y M. Simpson después de haber dado la vuelta al salón bailando con la d' Espanet, la dejó en su sitio.

Por fin pudo pasar Renata. Se había mordido los labios hasta hacerse saltar sangre ante «aquellas tonterías».

Encontraba aquellas mujeres y aquellos hombres estúpidos, arrojándose bandas y dándose nombres de flores. Sus oídos zumbaban: furiosa impaciencia la impulsaba á abrirse paso á codazos. Atravesó el salón con paso ligero, tropezando con las parejas rezagadas que iban en busca de su asiento y se dirigió á la estufa.

Entre los bailarines no estaban su Máximo ni

Luisa, y suponía que debían estar allí en alguna espesura, reunidos por aquel instinto de gracias y picardías que les hacía buscar los rincones ocultos en cuanto se hallaban reunidos en alguna parte. Pero registró inútilmente la sombra de la estufa. No vislumbró más que en el fondo de un cenador, un joven alto que besaba devotamente la mano de la pequeña Darte, murmurando:

—¡Bien me había dicho la señora de Lauwerens que era usted un ángel!

Aquella declaración en su casa, en su estufa, la chocó. ¡Verdaderamente la señora de Lauwerens debía llevar su comercio á otra parte! ¡Qué consuelo hubiera encontrado Renata arrojando de su casa á toda aquella gente!

De pie, delante del estanque, contemplaba el agua, preguntándose dónde podrían estar Luisa y Máximo.

Olvidando que los jóvenes no se habían casado todavía, creyó que sencillamente habrían ido á acostarse.

Después se acordó del comedor, y subió apresuradamente la escalera de la estufa, pero fué detenida nuevamente á la puerta del salón por otra figura de cotillón.

—Esto son los «puntos negros» señores,—decía galantemente M. de Saffré.—Es invención mía, y otorgo á ustedes primicias de ella.

La concurrencia rió mucho. Los hombres explicaban la alusión á las señoras. El emperador acababa de pronunciar un discurso en el que habían reconocido que existían en el horizonte algunos «puntos negros».

Sin saberse por qué aquellos «puntos negros» habían hecho gracia. El sutil ingenio de París se había apoderado de aquella frase, hasta el punto que desde hacía ocho días, á todo se aplicaba.

M. de Saffré colocó á los caballeros en uno de los extremos del salón, haciéndoles volver la espalda á las señoras que se habían quedado en el extremo opuesto. Después les mandó que se levantaran los faldones del frac, con objeto de taparse la cabeza con ellos, operación que se verificó en medio de una alegría loca. Encorvados, con las espaldas cubiertas por los faldones, los caballeros estaban verdaderamente horribles.

—No se rían ustedes, señoras—exclamó M. de Saffré con la más cómica gravedad—ó haré que se pongan ustedes las faldas sobre la cabeza.

La alegría aumentó y tuvo que emplear toda su energía para hacer que algunos caballeros tapasen sus nuca.

—Ustedes con los puntos negros—decía—cúbranse la cabeza y cuiden de no enseñar más que la espalda; es preciso que estas señoras no vean más que lo negro... Ahora anden ustedes y méz-

clense los unos con los otros, con objeto de que no se conozcan.

La hilaridad llegó á su colmo; los puntos negros iban y venían, sobre sus delgadas piernas, con balanceos de cuervos sin cabeza. A un señor se le veía la camisa con una punta de tirante.

Las damas suplicaron; se ahogaban y M. de Saffré tuvo á bien mandarlas que fuesen á buscar á los puntos negros. Partieron como una banda de perdices, haciendo gran ruido con las faldas, y al cabo de su carrera cada cual escogió al caballero que más tuvo á mano. Aquello fué una confusión indescriptible. Las improvisadas parejas se desprendieron en fila, dando la vuelta al salón y valsando al compás más ruidoso de la orquesta.

Renata se había apoyado contra la pared y miraba pálida y con los labios apretados. Un señor viejo se acercó á preguntarla por qué no bailaba, la joven debió sonreír y responder alguna cosa; después huyó y entró en el comedor que estaba completamente vacío. Después vió á Máximo y á Luisa que cenaban tranquilamente al extremo de la mesa, uno al lado del otro, sobre una servilleta que habían estendido. Parecían estar á gusto y reían en medio de aquel desorden, de aquellas copas sucias, de aquellos platos manchados de grasa, de aquellos restos, todavía calientes, restos

de la glotonería de los convidados de guante blanco. Se habían contentado con separar las migajas. Bautista paseaba gravemente alrededor de la mesa, sin dirigir ni una mirada á aquella habitación, por la que parecía haber atravesado una bandada de lobos.

Máximo pudo, á pesar de todo reunir una cena muy confortable. A Luisa le gustaban mucho los almendrados y había un plato lleno de ellos en el aparador. Delante tenían tres botellas de champagne empezadas.

—Papá tal vez se haya marchado—dijo la joven.

—¡Tanto mejor!—exclamó Máximo.—Yo acompañaré á usted.

Y al ver que Luisa reía, prosiguió diciendo:

—Conque ya sabrá usted que nos quieren casar... parece que la cosa va de veras... ¿Qué vamos á hacer cuando nos hayamos casado?

—¡Toma! pues haremos lo que los demás. Aquel chiste se le escapó y añadió con precipitación como para quitar el efecto:

—Iremos á Italia. Me sentará muy bien para el pecho; estoy muy enferma... ¡Ah, pobre Máximo mío, que mujer tan poco agradable va á tener usted! No abulto más que diez céntimos de manteca.

Y al decir esto sonreía con cierta tristeza, no muy común en ella. Una tos seca hizo subir á sus mejillas rojizos resplandores.

—Acérqueme usted el plato de almendrados... En casa no me dejan comerlos... Lo que queda me lo voy á guardar en el bolsillo.

Estaba vaciando el plato, cuando entró Renata, quien se dirigió á Máximo, teniendo que hacer inaudito esfuerzo para no insultar, para no pegar á aquella jorobada que le quitaba su amante.

—Quiero hablar contigo.—balbuceó con sordo acento.

Máximo vacilaba lleno de terror y espanto ante la idea de una entrevista.

—A tí solo... en seguida,—repetía Renata.

—Vaya usted, Máximo—dijo Luisa con indefinible mirada.—Vea usted de paso si encuentra á mi padre. Le pierdo todas las noches.

El joven se levantó é intentó detener á Renata en medio del comedor, preguntándola qué era lo que con tanta urgencia tenía que decirle. Pero ella respondió entre dientes:

—¡Sígueme, ó lo cuento todo delante de esa gente!

Máximo se puso muy pálido y la siguió con la docilidad del animal castigado. Renata creyó que Bautista la miraba; pero en aquel momento nada le importaba.

A la puerta la detuvo por tercera vez el co-tillón.

—Espera,—murmuró.—Esos imbéciles no van á terminar nunca.

Y le cogió de la mano para que no se escapase.

M. de Saffré colocaba al duque de Rozán de espaldas á la pared. Le puso delante una señora; después colocó un caballero de espaldas á las de la dama, después otra señora delante del caballero, y así sucesivamente en fila, pareja por pareja.

Al ver que los bailarines charlaban, exclamó:

—¡Vamos! ¡A su sitio todo el mundo para formar las *columnas*!

Las parejas se fueron acercando y formaron las *columnas*. La indecencia que resultaba al encontrarse cogidas entre dos hombres, apoyadas contra las espaldas de uno y teniendo delante de sí el pecho de otro, divertía mucho á las señoras, cuyos senos rozaban las solapas de los fracs, las piernas de ellos desaparecían entre las faldas de ellas, y cuando alguna brusca alegría hacía inclinar una cabeza, los bigotes de enfrente se veían obligados á separarse para no besar. Un gracioso tuvo la idea de empujar; la fila estrechó; los fracs se pegaron más fuertemente á las faldas; hubo ligeras exclamaciones, gritos y risas que no concluían.

Se oyó á la baronesa de Meinhold que decía: «¡Pero, caballero, me sofoca usted! ¡No me aprie-

te usted tanto!» lo cual hizo tanta gracia y produjo tal hilaridad, que las *columnas*, quebrantadas, vacilantes, se entrechocaban y se apoyaban unas contra otras para no caer. M. de Saffré, con las manos levantadas, dispuesto á dar la señal, esperaba; por fin, dió una palmada y todos se volvieron de repente. Las parejas que se encontraban de frente se cogieron por la cintura y la fila desengarzó por el salón su rosario de valsadores. Sólo el pobre Rozán fué el que al volverse se encontró con las narices pegadas á la pared. Todos se rieron de él.

—Ven,—dijo Renata á Máximo.

La orquesta seguía tocando el vals; cuando llegaron al saloncito, Renata llevó á Máximo á la escalera que conducía al gabinete-tocador y le dijo:

—Sube.

Ella le siguió. En aquel momento, Sidonia, que había ido rodando toda la noche alrededor de su cuñada, admirada de sus continuos paseos á través de las habitaciones, pasaba precisamente por el pórtico de la estufa. Vió las piernas de un hombre que se perdían entre las tinieblas de la escalerilla, y una sonrisa iluminó su semblante de cera; recogió su falda de maga para andar más de prisa; buscó á su hermano, derribando una figura del cotillón y preguntando á los criados que encon-

traba. Por último, halló á Saccard con Mareuil en una habitación contigua al comedor, que había sido provisionalmente convertida en sala de fumar; los dos padres hablaban del contrato. Pero cuando su hermana le dijo una palabra al oído, Saccard se levantó y desapareció, prestando un asunto de la mayor urgencia.

Arriba, el gabinete-tocador, estaba revuelto; sobre las sillas se veían los trajes de la ninfa Eco, la malla rota, pedazos de encaje arrugados, montones de ropa blanca. Los pequeños utensilios de marfil y plata yacían por todas partes: había allí cepillos y limas sobre la alfombra; toallas todavía húmedas, jabones olvidados sobre el mármol, frascos destapados. La joven, para quitarse el blanco de los hombros y los brazos, se había metido en el baño de mármol, y placas irrisadas se redondeaban sobre la superficie del agua fría.

Máximo pisó un corsé y por poco se cae; quiso reirse, pero temblaba ante el duro semblante de Renata, quien acercándose á él y empujándole, le dijo en voz baja:

—¿Es verdad que te casas con la jorobada?

—Ni pensarlo,—murmuró él.—¿Quién te lo ha dicho?

—No mientas. Es inútil.

Máximo se sublevó; Renata le producía inquietud y quería concluir.

—Pues bien, sí, me caso con ella. ¿Y qué? ¿Acaso no soy el amo?

Renata se acercó á él con la cabeza algo inclinada y maligna sonrisa en los labios, y cogiéndole de las manos, exclamó:

—¡El amo! ¡Tú el amo! Bien sabes que no. El amo aquí soy yo. Si tuviese mala intención te rompería los brazos; tienes menos fuerza que una niña.

Al ver que él intentaba desprenderse le retorció los brazos con toda la violencia nerviosa que su cólera la daba. Máximo lanzó un grito. Entonces ella le soltó diciendo:

—No nos peguemos; ya ves que soy la más fuerte.

El joven quedó pálido con la vergüenza de aquel dolor que sentía en sus muñecas. La miraba ir y venir por el gabinete, arrojando al suelo muebles, reflexionando y trazando el plan que bullía en su cerebro desde que había sabido por su marido el casamiento de Máximo.

—Voy á encerrarte aquí—dijo por último,—y cuando sea de día partiremos para el Havre.

Máximo palideció todavía más.

—¡Pero esa es una locura!—exclamó—Nosotros no podemos irnos juntos... Tú has perdido la cabeza...

—Es posible. En todo caso tu padre y tú seréis

los que me la habéis hecho perder... Te necesito y te llevo. ¡Tanto peor para los imbéciles!

Diciendo esto se aproximó más á Máximo, abrasándole el rostro con su aliento y añadiendo:

—¿Qué haría yo si te casases con la jorobada? Os burlaríais de mí y tal vez me vería obligada á tomar á ese papanatas de Mussy que ni siquiera sirve para calentarme los pies.. Cuando se ha hecho lo que nosotros, hay que permanecer juntos. Por otra parte, me aburro cuando no te tengo á mi lado, y como me voy, te llevo conmigo.

—Vaya, querida Renata, no digas tonterías. Piensa en el escándalo.

—¡A mí qué me importa el escándalo! Si te niegas, bajo al salón y digo gritando que nos hemos acostado juntos y que eres lo bastante vil para querer casarte con la jorobada.

Máximo bajó la cabeza; le escuchaba cediendo y aceptando aquella voluntad que tan rudamente se le imponía.

—Iremos al Havre—continuó Renata;—y allí pasaremos una temporada. Nadie nos volverá á molestar. Si no creemos estar bastante lejos partiremos para América. Yo que siempre tengo frío, me encontraré allí perfectamente. Muchas veces he envidiado á las criollas...

A medida que iba desarrollando sus proyectos,

el espanto se iba apoderando de Máximo. ¡Abandonar París, ir tan lejos con una mujer que seguramente estaba loca, dejar tras de sí una historia cuyo vergonzoso carácter le desterraría para siempre! Aquello parecía una terrible pesadilla que le ahogaba.

Buscaba con desesperación un medio para salir del gabinete, de aquel recinto sonrosado, en el que creía oír la campana de Charentón, y por fin creyó haberlo encontrado.

—El caso es que no tengo dinero—dijo con dulzura á fin de no exasperarla.—Si me encierras no podré procurármelo.

—Yo lo tengo—dijo Renata con aire de triunfo.—Tengo cien mil francos. Todo se arreglará perfectamente...

Sacó del armario de luna la escritura de cesión que su marido le había dejado con la vaga esperanza de que tal vez cambiaría de idea; la puso encima del tocador, hizo que Máximo la diese una pluma y un tintero que había en el dormitorio y apartando los jabones firmó el documento.

—Ya está hecha la tontería... Si me roban es porque quiero... Antes de ir á la estación pasaremos por casa de Sansonneau... Ahora Máximo mío, voy á encerrarte aquí y cuando todo el mundo se haya retirado, saldremos por el jardín. No tenemos necesidad de llevar ni aún maletas.

Renata se ponía alegre; aquella calaverada la entusiasmaba, considerándola como una suprema excentricidad. Cogiendo á Máximo entre sus brazos, murmuró:

— ¡Te he hecho daño, querido mío! ¿Por qué te negabas?... Ya verás como nos divertimos. ¿Acaso tu jorobada te tenía que amar más que yo?... Esa no es una mujer, es una negrilla...

La joven reía, le estrechaba contra sí, le besaba en los labios, cuando un ruido hizo volver á ambos la cabeza.

Saccard estaba de pie en el umbral de la puerta.

Reinó un momento terrible de silencio. Renata desprendió lentamente sus brazos del cuello de Máximo, y sin bajar la frente, continuaba mirando á su marido con sus grandes ojos, fijos con la inmovilidad de la muerte, mientras que el joven, aterrado, anonadado, vacilaba, con la cabeza baja. Saccard, electrizado por aquel supremo golpe que por fin despertaba en él los sentimientos de esposo y de padre, no dió un paso, lívido y abrasándolos con el fuego de su mirada. Las tres bujías brillaban con la inmovilidad de una lágrima ardiente en medio de aquella templada y aromática atmósfera. Y solo un ligero eco de la música que subía por la estrecha escalerilla, cortaba aquel terrible silencio; el vals, con sus inflexiones de serpiente, se deslizaba, se enroscaba y se ador-

meía sobre la nevada alfombra en medio de la desgarrada malla y de las faldas caídas por el suelo.

El marido avanzó y el sentimiento de la necesidad de un acto enérgico entenebrece y manchaba su rostro y le hacía apretar los puños como para aplastar á los culpables. La ira en el hombrecillo turbulento estallaba con el estrépito de un cañonazo. Lanzó al cabo una estridente sonrisa y acercándose poco á poco exclamó:

— Le estabas anunciando tu casamiento, ¿verdad?

Máximo retrocedió arrimándose contra la pared y balbuceó:

— Oyeme, ha sido ella...

Iba á acusarla cobardemente, á arrojar el crimen sobre la joven, á decir que quería robarle y á defenderse con la humildad y el temblor del niño sorprendido en una falta, pero no tuvo fuerza para tanto; las palabras se secaban en su garganta. Renata conservaba su rigidez de estatua, muda y provocativa. Entonces Saccard, buscando sin duda algún arma, lanzó una mirada á su alrededor, y sobre la esquina del tocador, en medio de los peines y cepillos de uñas, vió la escritura de cesión, cuyo papel sellado amarilleaba sobre el mármol. Miró el documento, miró á los culpables, y después, inclinándose, reparó que la escritura

estaba firmada. Sus ojos pasaban desde el tintero abierto á la pluma, todavía húmeda, que se hallaba al pie del candelabro, y quedó parado ante aquella firma con aire reflexivo.

El silencio parecía aumentar, las llamas de las bujías se alargaban, el vals se mecía á lo largo de los tapices con mayor molicie... Saccard se encogió ligeramente de hombros, miró á su mujer y á su hijo con profunda intención, como para arrancar á sus semblantes una explicación que no encontraba; después dobló lentamente el documento y lo guardó en el bolsillo de su frac. Sus mejillas habían palidecido en extremo.

—Has hecho bien en firmar, querida amiga,— dijo lentamente á su mujer.—Te acabas de ganar cien mil francos. Esta noche te traeré el dinero.

Aristides estaba casi risueño; solo sus manos temblaban. Dando después algunos pasos, añadió:

—Aquí se ahoga uno. ¡Qué idea más extravagante la de venir á combinar alguna de vuestras bromas en este baño de vapor!...

Y dirigiéndose á Máximo que había levantado la cabeza sorprendido por el tranquilo acento de su padre, le dijo:

—Vamos, ven. Te he visto subir y he venido á buscarte para que te despidas de M. Mareuil y de su hija.

Los dos hombres bajaron juntos. Renata quedó

sola, de pie en medio del gabinete-tocador, contemplando la puerta de la escalera, por donde acababa de ver desaparecer las espaldas del padre y del hijo. No podía separar la vista de aquel agujero. ¿Qué era aquello? ¿Se habían marchado amigablemente? ¿Aquellos dos hombres no se habían aplastado? Púsose á escuchar por si oía el ruido de alguna lucha tremenda ó el rodar de algún cuerpo á lo largo de la escalera. ¡Nada! En aquellas perfumadas tinieblas no se oía más que el ruido del baile. Creyó distinguir á lo lejos las risas de la marquesa y el claro acento de M. de Saffré. Luego ¿el drama ya había terminado? Su crimen, los besos en el gran lecho gris y rosa, las feroces noches de la estufa, todo aquel amor maldito en que se había abrasado durante algunos meses, ¿concluían de aquel modo tonto é innoble? ¡Su marido lo sabía todo y ni siquiera le pegaba! Y el silencio que la rodeaba, aquel silencio en que se mecía el interminable vals, le espantaba mucho más que el ruido de un asesinato. Aquella tranquilidad aquel gabinete suave y discreto, lleno de amoroso perfume le producían miedo:

Su desnudez la irritaba. Volvió la cabeza y miró á su alrededor. El gabinete-tocador conservaba su aromática pesadez, un tibio silencio, al que las frases del vals llegaban incesantes, como las últimas y moribundas oscilaciones de una superficie

líquida. Aquella lejana risa, pasaba sobre ella como un sarcasmo horrible. Se tapó los oídos para no oír y entonces vió el lujo del gabinete. Levantó la vista hacia la rosada tienda, hasta la corona de plata que dejaba ver un mosfetudo amorcillo preparando su flecha; después de haber recorrido con la vista todos aquellos objetos desparramados que le recordaban su vergüenza, volvió al centro del gabinete, con el rostro amoratado, no sabiendo por donde huir de aquel perfume de gabinete, de aquel lujo que se descotaba con la impudicia de la prostituta y que todo lo presentaba sonrosado.

Cerró los ojos momentáneamente y cuando volvió á abrirlos se miró al espejo. Estaba acabada, se vió muerta. Todo su rostro le decía que el trastorno cerebral se consumaba. Entonces arrojó sobre sus hombros una capa de pieles para no atravesar el baile completamente desnuda y bajó.

En el saloncito se quedó frente á frente con Sidonia, quien, para gozar del drama, se había apostado en el pórtico de la estufa. Pero no supo qué pensar cuando apareció Saccard con Máximo, y á todas las preguntas que en voz baja le dirigió, la contestó brutalmente su hermano que soñaba y que no había absolutamente nada. Después, Sidonia olfateó la verdad. Su amarillo rostro palideció. Le parecía demasiado fuerte la cosa. Y suavemente fué á pegar el oído á la puerta de la escalera,

esperando que oiría llorar á Renata arriba. Cuando la joven abrió la puerta, una de las hojas casi abofeteó á su cuñada.

—¡Me estabas espiondo!—la dijo encolerizada.

—¿Acaso me ocupo yo de tus porquerías?—respondió Sidonia con gran desdén.

Y recogiendo su traje de maga y apartándose con majestuosa mirada, añadió:

—Hija, no es culpa mía si suceden accidentes... Pero yo no guardo rencor ¿entiendes? Puedes estar persuadida de que hubieras encontrado en mí y encontrarás todavía una segunda madre. Te espero en mi casa cuando gustes venir á ella.

Renata no la escuchaba. Entró en el gran salón, cruzó por entre una complicada figura del cotillón, sin reparar siquiera en la extrañeza que producía su capa. Había allí grupos de señoras y caballeros que se mezclaban agitando banderolas y se oía la voz de M. de Saffré, que decía:

—¡Vamos, señoras! «¡La guerra de Méjico!»...

Es preciso que las señoras hagan las malezas extendiendo sus faldas en redondo y acurrucándose en el suelo, á la vez, los caballeros que giren alrededor de las malezas... y después, cuando yo dé una palmada, cada uno valsará con su maleza.

Dió una palmada. Los instrumentos metálicos sonaron y el vals lanzó una vez más las parejas alrededor del salón. La figura había alcanzado

poco éxito. Dos señoras se habían quedado sobre la alfombra enredadas en sus encajes. La señora Darté declaró que lo que le gustaba de «La guerra de Méjico», era hacer «pompas» con el vestido como en el colegio.

Renata llegó al vestíbulo, encontró á Luisa y á su padre, acompañados de Saccard y Máximo. El barón Gourand se había marchado. Sidonia se retiraba con Mignon y Charrier; mientras que M. Hupel de la Noue acompañaba á la señora Michelin, á quien su marido seguía discretamente. El prefecto había empleado el resto de la noche en hacer la corte á la linda morena, y acababa de decirle á pasar un mes de verano en su departamento, «en donde había antigüedades verdaderamente curiosas.»

Luisa, que mascaba, ocultándose, un almendra-
do que tenía en el bolsillo, se vió atacada de un acceso de tos en el momento de salir.

—Tápate bien,—le dijo su padre.

Y Máximo se apresuró á ceñir más el lazo del capuchón de su salida de baile. Ella alzaba la barba y se dejaba envolver. Cuando Renata apareció, M. de Mareuil volvió á despedirse de ella, por cuyo motivo charlaron unos instantes. Renata queriendo explicar su palidez y su temblor, dijo que tenía frío y que había subido á sus habitaciones para echarse un abrigo sobre los hombros. Espia-

ba un momento para poder hablar bajo con Luisa, que la miraba con su serena curiosidad. Mientras los hombres se apretaban una vez más las manos, se inclinó y murmuró:

—¿No se casará usted con él, verdad? No es posible. Bien sabe usted que...

Pero la niña la interrumpió, empinándose y diciéndola al oído:

—¡Oh! Tranquilícese usted; me lo llevo... Nos marchamos á Italia.

Y sonreía con su vaga sonrisa de esfinge viciosa. Renata quedó balbuciente. No comprendía aquello, é imaginaba que la jorobada se burlaba de ella. Después cuando los Mareuil se marcharon, repitiendo muchas veces: «¡Hasta el domingo», miró á su marido, miró á Máximo y viendo con espantados ojos sus caras tranquilas y su aspecto satisfecho, se cubrió el rostro con las manos, huyó y se refugió en el fondo de la estufa.

Las avenidas estaban desiertas. Los grandes follajes dormían, y sobre la pesada sábana del estanque, dos capullos de ninfas se entreabrían lentamente. Renata hubiera querido llorar; pero aquel húmedo calor, aquel olor fuerte que reconocía, le apretaban la garganta y estrangulaban su desesperación. Miraba á sus pies, á orillas del estanque, aquel sitio de amarilla arena, sobre el

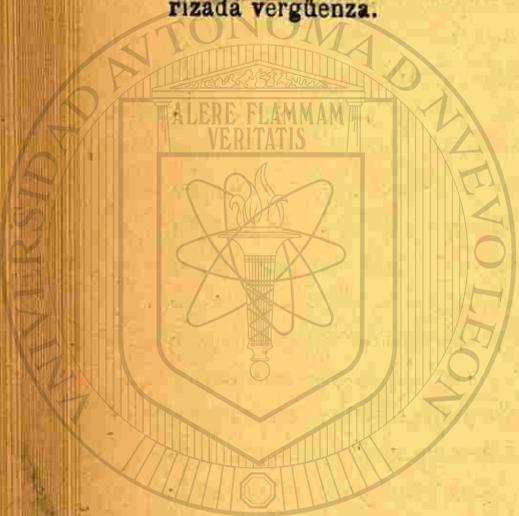
cual el invierno anterior extendió la piel de oso; y cuando levantó los ojos, vió todavía una figura más del cotillón, allá en el fondo, á través de las dos puertas que estaban abiertas.

Aquello era un ruido ensordecedor, una confusa batahola en que no vió al pronto más que faldas, volantes y negras piernas girando y volteando. M. de Saffré gritaba: «¡El cambio de señoras! ¡El cambio de señoras!» y las parejas atravesaban en medio de un amarillo y fino polvo; cada caballero, después de haber dado tres ó cuatro vueltas de vals, arrojaba su dama en brazos de su vecino, quien á su vez le arrojaba la suya. La baronesa de Meinhold, con su traje de Esmeralda, caía de los brazos del conde de Ghibray á los de M. Simpson, quien la cogía al descuido por un hombro, en tanto que su mano enguantada se deslizaba bajo su cuerpo. La condesa Vanska, enrojecida, haciendo sonar sus colgantes de coral, iba de un empujón, desde el pecho de M. de Saffré al del duque de Rozán, á quien se asía, obligándole á hacer piruetas por espacio de cinco compases, para cogerse en seguida á la cadera de M. Simpson, que acababa de arrojar la Esmeralda al director del baile. Las señoras Teisiere, Darte y Lauwerens relucían como grandes y vivientes joyas, con la rubia palidez del Topacio, el templado azul de la Turquesa y el azul ardiente del Záfiro, abando-

nándose un momento, cimbreándose sobre la extendida mano de un bailarín, partiendo después y llegando de espaldas ó de frente con nueva pareja, recibiendo al desfilar los abrazos de todos los hombres del salón. Al mismo tiempo, la señora d' Espanet había conseguido apoderarse de la de Haffner y bailaba con ella sin quererla soltar. El Oro y la Plata, bailaban juntos amorosamente.

Renata comprendió entonces aquel torbellino de faldas, aquel movimiento de piernas. Estaba colocada debajo y veía la furia de los pies, el batiburrillo de botas lustradas y tobillos blancos de los bailarines. Había momentos en que creía que un golpe de viento iba á levantar las faldas. Aquellos bustos desnudos, aquellos desnudos brazos y desnudas cabelleras, que volaban y se arremolinaban, cogidos, lanzados y vueltos á coger desde el fondo de aquella galería en que el vals de la orquesta se hacía más sensual, en que la roja tapicería palidecía bajo las últimas convulsiones del baile, se le aparecieron como la imagen tumultuosa de su propia vida, de sus desnudeces y sus abandonos. Experimentó tal dolor al considerar que Máximo para coger á la jorobada entre sus brazos la había arrojado á ella allí, en donde tanto se habían amado, que pensó arrancar un tallo del tanghin que le rozaba las mejillas y mascarle

hasta el tronco. Pero fué cobarde y quedó inmóvil delante del arbusto, tiritando bajo el abrigo de pieles que tenía en sus manos, y apretándolo estrechamente con profunda expresión de aterrizada vergüenza.

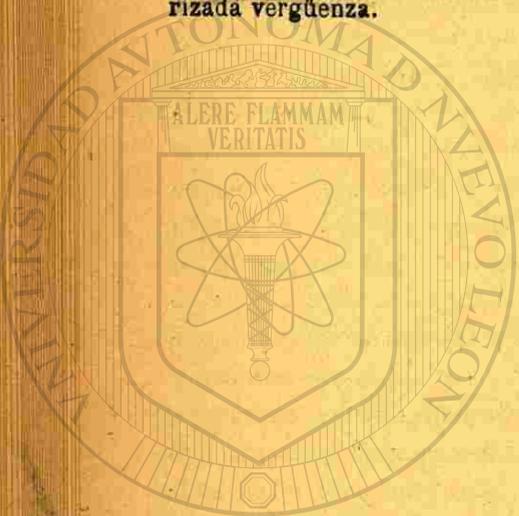


VII

Tres meses después, en una de esas tristes mañanas de primavera, Aristides Saccard bajaba del coche en la plaza de Chateau d' Eau, y se internaba con otros cuatro señores en el laberinto de derribos que habían de dar paso al bulevar del príncipe Eugenio; eran los individuos que formaban la Comisión de informe enviada por el Jurado de indemnizaciones para apreciar en el sitio mismo ciertos inmuebles, cuyos propietarios no habían podido entenderse amistosamente con el Municipio.

Saccard renovaba el golpe de fortuna de la calle de la Pepiniere. Para que el nombre de su mujer desapareciese completamente, ideó, en primer

hasta el tronco. Pero fué cobarde y quedó inmóvil delante del arbusto, tiritando bajo el abrigo de pieles que tenía en sus manos, y apretándolo estrechamente con profunda expresión de aterrizada vergüenza.



VII

Tres meses después, en una de esas tristes mañanas de primavera, Aristides Saccard bajaba del coche en la plaza de Chateau d' Eau, y se internaba con otros cuatro señores en el laberinto de derribos que habían de dar paso al bulevar del príncipe Eugenio; eran los individuos que formaban la Comisión de informe enviada por el Jurado de indemnizaciones para apreciar en el sitio mismo ciertos inmuebles, cuyos propietarios no habían podido entenderse amistosamente con el Municipio.

Saccard renovaba el golpe de fortuna de la calle de la Pepiniere. Para que el nombre de su mujer desapareciese completamente, ideó, en primer

término, una venta de los terrenos y del café-cantante, cediendo Sansonneau todo á un supuesto acreedor y consignándose en el contrato de venta la colosal suma de tres millones. Tan exorbitante era aquella suma, que cuando en nombre del supuesto propietario reclamó el agente de expropiaciones el valor del inmueble en venta como indemnización, el Ayuntamiento no quiso conceder más que dos millones y medio, á pesar de los secretos manejos de Michelin y los argumentos de M. Tontin-Laroche y del barón de Gourand. Saccard esperaba aquel resultado y repasó el fallo, dejando que el expediente pasase al Jurado, del cual formaba parte precisamente con M. de Mareuil, merced á una casualidad á la que debió contribuir sin duda. Y así fué como se encontró con el encargo en union de otros cuatro compañeros, de informar de sus propios terrenos.

M. de Mareuil le acompañaba. Entre los otros tres jurados había un médico que fumaba constantemente, sin cuidarse lo más mínimo de los cascotes, por encima de los cuales debía pasar, y dos industriales, uno de los cuales, fabricante de instrumentos de cirujía, había sido en otro tiempo afilador ambulante.

Aquellos señores, con sus embetunadas botas, sus gabanes y sus sombreros de copa alta, formaban un contraste singular en aquel enfangado

paisaje, de un color amarillento sucio; por el que no cruzaban más que pálidos obreros, caballos llenos de lodo y carretas cuya madera desaparecía bajo una costra de polvo. Andaban uno tras del otro, en fila, saltando de piedra en piedra, evitando los charcos, hundiéndose algunas veces hasta los tobillos y jurando al mismo tiempo que sacudían los pies.

Mientras tanto habían llegado á uno de los inmuebles que debían visitar; despacharon su misión en un cuarto de hora y prosiguieron su paseo. Poco á poco fueron perdiendo el horror al lodo, y andaban por entre los charcos convencidos de la imposibilidad de no manchar sus botas. Cuando hubieron pasado la calle de Menilmontant uno de los industriales, el antiguo afilador, pareció inquieto, examinando las ruínas que había á su alrededor, sin reconocer el barrio. Dijo que había vivido allí, hacía ya más de treinta años, y que le gustaría encontrar el sitio. Estudiaba atentamente las puertas y las ventanas de uno de los edificios, y después señalando con el dedo un extremo del derribo en la parte más alta, exclamó:

— ¡Ahí está! ¡La reconozco!

— ¿El qué? — preguntó el médico.

— Mi habitación. Sí, es ella.

La emoción se apoderó del obrero.

— Ahí he pasado cinco años, — murmuró. — La

situación no era muy buena en aquellos tiempos, pero todo me era indiferente, porque era joven... ¡Qué tiempos más hermosos!

La Comisión de informe se detuvo después á examinar dos inmuebles más: el médico se quedaba siempre á la puerta, fumando y examinando el cielo.

Llegaron por fin al término de su carrera. Los antiguos terrenos de la señora Aubertot eran muy extensos; el café-cantante y el jardín ocupaban solamente una mitad, y en el resto había algunas construcciones de poca importancia.

El agente de expropiaciones fué quien recibió á la Comisión, haciéndola pasar por el jardín y visitar el café.

—¡Vaya! Ya está concluído, señores,—dijo Saccard,—y si me lo permitís yo me encargaré de redactar el informe.

Marcharon todos y encontraron después un coche en la calle de Charonne, subiendo á él, satisfechos como si hubiesen pasado un día de campo.

Saccard redactó el informe y el Jurado concedió los tres millones. El especulador estaba con el agua al cuello y no hubiera podido esperar un mes más; aquel dinero le salvaba de la ruína y hasta quizás también de los tribunales. Dió quinientos mil francos á su tapicero, del millón que le debía, tapó algunos otros agujeros y ensordeció

á París con el ruido de aquellos escudos verdaderos que arrojaba á paletadas sobre los estantes de su caja de hierro.

Tan perfectamente había manejado Sansonneau el negocio de Charonne, que Saccard, después de una ligera vacilación, llevó su honradez hasta el extremo de darle el diez por ciento y su prima de treinta mil francos. El agente de expropiaciones puso entonces una casa de banca, y cuando su cómplice, con acento avinagrado, le acusaba de ser más rico que él, le respondía sonriendo:

—¡Qué quiere usted, mi querido maestro! Usted sabe hacer llover monedas de cinco francos, pero no sabe recogerlas.

En medio de aquellos intereses, de aquellas ardientes ansias nunca satisfechas, Renata agonizaba. La tía Isabel había muerto, su hermana se había casado y en el hotel Berand solo quedaba su padre, envuelto en la sombría gravedad de aquellas habitaciones.

Renata envejeta y sus ojos se encerraban en un círculo amoratado, su nariz se hundía. Aquello era el fin de una mujer.

Cuando Máximo se hubo casado con Luisa y los jóvenes partieron para Italia, Renata no sintió inquietud alguna por su amante; pareció que lo había olvidado todo. Y cuando al cabo de seis meses, Máximo volvió solo, después de haber ente-

rrado á «la jorobada» en el cementerio de un pueblecito de Lombardia, le manifestó solamente odio. Recordó á *Phedra*; se acordó sin duda de aquel venenoso amor, y entonces para no volver á encontrar en su casa al joven, para abrir un abismo de vergüenza entre el padre y el hijo, obligó á su marido á conocer el incesto, contándole que el día aquel en que la sorprendió con Máximo, era éste quien la perseguía desde hacía mucho tiempo, deseando violentarla.

A Saccard le extrañó mucho la insistencia de Renata en hacerle abrir los ojos y no tuvo más remedio que enojarse con su hijo y dejar de verle. El joven, viudo y rico con la dote de su mujer, se fué á vivir como un soltero, en un hotelito de la avenida de la Emperatriz. Había hecho dimisión de su cargo en el Consejo de Estado y vivía alegremente. Renata gozó con aquello una de sus mayores satisfacciones. Se vengaba, lanzaba al rostro de aquellos dos hombres la infamia que habían dejado caer sobre ella, y decía que en lo sucesivo ya no les vería burlándose de ella, cojidos del brazo como dos camaradas.

A la única persona á quien conservaba cariño era á Celeste.

Algunas veces, en sus momentos de tristeza, la decía:

—Hija mía, tú serás quien me cierre los ojos,

Celeste no respondía, sonriendo de un modo singular, y una mañana por fin, dijo á su ama que se marchaba, que se iba á su pueblo; Renata, al escuchar sorprendida el deseo de Celeste, demulóse, temblando como si le ocurriese una gran desgracia. Reponiéndose después, la dirigió infinidad de preguntas. ¿Por qué la abandonaba, cuando tan bien se llevaban? La ofreció doble salario, pero la camarera decía que no con la cabeza.

—Señora—respondió por fin.—Aun cuando me ofreciese usted todo el oro del Perú, no me quedaría una semana más. ¡No me conoce usted! Ocho años hace que estoy con usted, ¿verdad? Pues bien, desde el primer día me dije: «Cuando tenga cinco mil francos me vuelvo por allá, compraré la casa de Lagache y viviré feliz...» Es una promesa que me he hecho á mí misma, y como ya tengo los cinco mil francos...

Renata sintió frío en el corazón; veía á Celeste pasar por detrás de ella y de Máximo mientras se abrazaban y lo veía con su indiferencia y perfecto desprendimiento, pensando solamente en sus cinco mil francos. No obstante, intentó hacerla desistir ante el espanto del vacío en que quedaba, y soñando, á pesar de todo, retener aquella bestia testaruda á su lado, á la que había creído llena de abnegación, cuando solo estaba llena de egois-

mo. Celeste sonreía y movía la cabeza, murmurando:

—No, no, eso no es posible... A mi misma madre se lo negaría.

Renata no insistió más y al día siguiente quiso acompañar á Celeste á la estación en su propio coche.

Cuando llegaron estuvieron un rato charlando, y al tocar la campana, cogió precipitadamente los ocho ó diez paquetes de que no había querido separarse, se dejó besar y se marchó sin volver la cabeza.

Renata permaneció en la estación hasta que hubo partido el tren, subió al coche y mandó al cochero que se dirigiese hacia el bosque.

Los recostados jardinillos huían sin cesar; el agua de los lagos se irrisaba bajo los rayos del sol, cada vez más oblicuos y la fila de carruajes prolongaba sus movibles reflejos. La joven, arrastrada y seducida por aquel regocijado espectáculo, tenía vaga conciencia de todos los apetitos que rodaban en medio de la luz; no sentía indignación contra aquellos seres que se nutrían de desperdicios, pero los odiaba por su alegría, por el triunfo de que hacían alarde bajo los ardientes rayos del sol. Mostrábase soberbios y risueños; las mujeres se extendían en sus coches, polvoreadas y provocativas; los hombres lanzaban vivas miradas y

tenían el aire presumido de amantes venturosos. ¡Y ella, en el fondo de su corazón no encontraba más que hastío y sorda envidia! ¿Era ella tal vez mejor que los demás para doblarse así bajo los placeres, ó quizás los otros podían alabarse de tener naturaleza más fuerte que la suya? Renata lo ignoraba; apetecía nuevos deseos para volver á comenzar su vida, cuando al volver la cabeza, contempló á su lado, un espectáculo que destrozó su corazón con un golpe supremo.

Saccard y Máximo paseaban lentamente, cogidos del brazo. Sin duda el padre había visitado al hijo y los dos juntos bajaban muy entretenidos, charlando.

—Eres un tonto,—repetía Saccard.—Cuando se tiene dinero como tú, no se le deja dormir en el fondo del cajón. En el negocio de que te hablo se puede ganar un ciento por ciento. Es un negocio seguro. Ya sabes que si así no fuera, no querría yo meterme en él.

El joven parecía aburrirse ante aquella insistencia; sonreía con su peculiar aspecto de complacencia y miraba los coches.

—¿Ves aquella mujer pequeñita, allá abajo, vestida de color de violeta?—dijo de pronto.—Es una planchadora que ese animal de Mussy ha lanzado al mundo.

Miraron ambos á la mujer vestida de color de

violeta, y sacando después Saccard un cigarro del bolsillo, se dirigió á Máximo que fumaba tranquilamente, diciéndole:

— Dame lumbré.

Se detuvieron un instante frente á frente, acercando sus rostros.

— Mira, — continuó el padre volviendo á cogerse del brazo de su hijo, — serás un imbécil si no me haces caso... ¿Me llevarás mañana los cien mil francos?

— Ya sabes que no voy á tu casa, — respondió Máximo mordeándose los labios.

— ¡Bah! ¡Tonterías! Es preciso que eso termine de una vez.

Dieron algunos pasos en silencio, y Renata, sintiéndose desfallecer, sepultó la cabeza entre los almohadones del cupé para no ser vista, cuando un rumor creciente se sintió á lo largo del paseo.

En las aceras deteníanse los paseantes y se volvían con la boca abierta, siguiendo con la vista algún objeto. Oyóse un ruido más vivo de ruedas; los carruajes se apartaron respetuosamente y aparecieron dos batidores vestidos de verde, con casquetes redondos. Corrían algo inclinados, al trote de sus grandes caballos bayos, dejando atrás sí un espacio, en el cual apareció el Emperador.

Iba en el fondo de un landó y vestía de negro, con la levita abrochada hasta la barba, con som-

brero de copa alta, ligeramente inclinado y cuya seda relucía.

Renata encontró al Emperador envejecido. Su boca se entreabría perezosamente bajo sus grandes bigotes retorcidos con cosmético; sus párpados caían hasta el extremo de cubrir casi los apagados ojos, cuyo gris amarillo se nublaba más cada día; solo la nariz conservaba siempre su perfil seco, destacándose sobre el vago semblante.

Mientras las damas de los coches sonreían discretamente, los que iban á pie se colocaban á la vista del Príncipe. Algunas manos se levantaban para saludar, pero Saccard que se había descubierto antes de que los batidores pasasen, esperó que el coche imperial se encontrara frente á él, y gritó con su acento provenzal:

— ¡Viva el Emperador!

Este sorprendido, se volvió, reconoció sin duda al entusiasta y devolvió el saludo sonriendo. Después, todo desapareció en el sol; la fila de coches se volvió á cerrar y Renata no vió por encima de las crines, entre las espaldas de los lacayos, más que los casquetes verdes de los batidores.

Quedó un momento con los ojos completamente abiertos, llenos de aquella aparición que la recordaban otro momento de su vida. Le parecía que el Emperador, al mezclarse con la fila de carruajes,

acababa de lanzar el último rayo necesario para dar significación á aquel triunfal desfile.

En aquel momento parecía una gloria; todas aquellas ruedas, todos aquellos hombres condecorados, todas aquellas mujeres tendidas lánguidamente, desaparecían envueltas en los resplandores y el ruido del landó imperial.

Aquella sensación se hizo tan aguda y dolorosa, que la joven experimentó la imperiosa necesidad de huir de aquel triunfo, de aquel grito de Saccard que todavía resonaba en sus oídos, de aquel espectáculo del padre y del hijo, con los brazos enlazados, charlando y paseando. Con las manos sobre el pecho, como abrasada por un fuego interior, sintió vaga esperanza de alivio y de saludable locura, cuando inclinándose hacia el cochero, dijo:

— ¡Al hotel Berand!

El patio conservaba su frialdad de claustro. Renata dió vuelta á las arcadas, feliz al sentir la humedad sobre sus hombros, y se aproximó á la pila verde por el musgo y desgastada por el roce; contempló la cabeza de león, medio borrada y con la boca abierta, que dejaba escapar un hilillo de agua por el tubo de hierro. ¡Cuántas veces ella y Cristina habían cogido aquella cabeza entre sus infantiles brazos para llegar hasta el caño de

agua, cuyo chorro hilado tanto las gustaba recibir sobre sus manitas.

Después subió la grande y silenciosa escalera y encontró á su padre en el fondo de la tendida hilera de extensas habitaciones. La figura del anciano se destacaba y se perdía lentamente en la obscuridad de la antigua morada, en aquella última soledad en la que se había encerrado por completo desde la muerte de su hermana.

Entonces pensó Renata en los personajes del Bosque, en aquel otro anciano, en el barón de Gourand, que paseaba su cuerpo al sol, recostado sobre amohadones. Subió más todavía; tomó los corredores, las escaleras interiores y se dirigió al cuarto de las niñas. Cuando se encontró arriba, vió la llave en el clavo acostumbrado, una llave grande, enmohecida, en que las arañas habían tejido su tela. La cerradura lanzó un quejido. ¡Qué triste estaba el cuarto de las niñas! Al encontrarle tan vacío, tan sombrío y mudo, sintió Renata que el corazón se le oprimía.

Cerró la puerta de la pajarera, que estaba abierta, pensando que por aquella puerta habían huído los goces de su infancia. Detúvose ante las jardineras y rompió con sus dedos un tallo seco de rhododendión; aquel esqueleto de planta, flaco y lleno de polvo, era todo lo que quedaba de sus vivientes canastillas de flores. Y el mismo felpudo,

desteñido, roído por los ratones, se extendía con la melancolía del sudario, que espera durante muchos años la prometida muerte. En un rincón, en medio de aquella desesperación muda, de aquel abandono cuyo silencio lloraba, encontró una de sus antiguas muñecas; destruido el resorte, todo el sonido que antes al oprimirla producía, se había salido por un agujero, y la cabeza de porcelana continuaba sonriendo con sus labios de esmalte, sobre aquel cuerpo blando que locuras de muñeca parecían haber aniquilado.

Renata se ahogaba en medio de aquel ambiente desvanecido de sus primeros años. Abrió la ventana y contempló el inmenso paisaje. En él nada había sucio. Encontraba los eternos goces, la eterna juventud del aire libre. A sus espaldas se ponía el sol; no veía más que sus rayos al retirarse, dorando con infinita dulzura aquel extremo de ciudad que tan bien conocía.

Parecía aquello la postrera canción del día, alegre centinela que se iba durmiendo lentamente sobre todas las cosas.

Abajo, la estacada tenía reflejos de pálidas llamaradas mientras que el puente de Constantina destacaba el negro encaje de sus férreas cuerdas sobre la blancura de sus pilares.

A la derecha, las sombras del Mercado de vinos y del Jardín de plantas formaban un mar eterno

de aguas estancadas y cenagosas, cuya verdosa superficie se perdía entre las brumas del cielo. A la izquierda el muelle de Enrique IV y el de la Rapie enfilaban á un tiempo sus hileras de casas, aquellas, casas que veinte años, habían visto allí las niñas en las mismas manchas oscuras de los sotechados y las mismas rojizas chimeneas de las fábricas. Y por encima de las fábricas el techo de pizarra de la Salpetriere, azulado por el adiós del sol, se la presentó de repente como un antiguo amigo.

Perolo que la tranquilizó, lo que dió frescura á su pecho fueron las largas y grises vergas: fué, sobre todo, el Sena, el gigante que veía acercarse desde el extremo del horizonte, derecho hacia ella, como en aquellos tiempos en que tenía verle crecer y subir hasta la ventana.

Se acordaba de sus ternuras con el río, de su amor hacia la colosal corriente, de aquella sensación que experimentaba ante la mugiente agua, extendiéndose como una sábana á sus pies, abriéndose alrededor y detrás de ella en dos brazos que ya no veía y de los cuales sentía, no obstante, las puras caricias.

Ya entonces, ella y su hermana eran coquetas, y decían en los días de claro cielo, que el Sena se había puesto su hermoso vestido de seda verde salpicado de llamas blancas, y que las corrientes

en que el agua se agitaba daban al vestido reflejos de raso, mientras que á lo lejos, más allá de la cintura de los puentes, placas de luz la prestaban paños de tela color azul.

Renata, alzando la vista, contempló el espacioso cielo que se abría ante ella, de color azul pálido, obscurecido poco á poco en el desvanecido crepúsculo. Pensó en la ciudad cómplice, en el resplandecimiento de las modas del bulevar, en las ardientes tardes del Bosque, en los días pálidos y crudos de los nuevos y grandes hoteles.

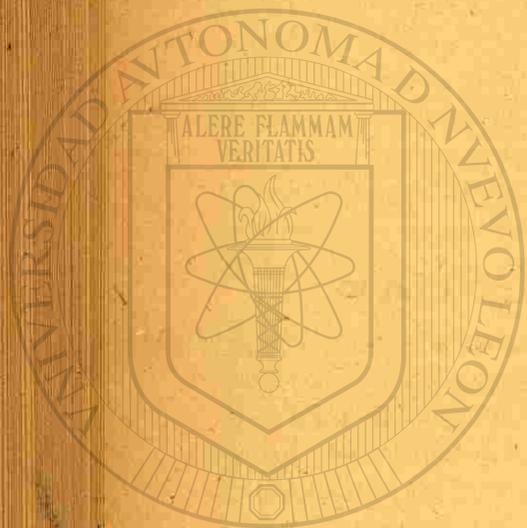
Después, cuando bajó la cabeza y volvió á presentársele el pacífico horizonte de su infancia, aquel rincón de ciudad obrera y burguesa, donde ella soñaba una vida de paz, apareció en sus labios una última amargura. Con las manos juntas sollozó á la caída de la tarde.

Al siguiente invierno falleció Renata de una meningitis aguda, teniendo que ser su padre quien pagó la cuenta de Worms que ya ascendía á doscientos cincuenta y siete mil francos.

FELICIDAD

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



I

Allá en Numea, cuando Jacobo Damour miraba el horizonte infinito del mar, creía ver en él toda su historia, las miserias del sitio, las cóleras de la Commune; después aquella redada que le echó tan lejos, medio muerto... No era aquella una visión límpida de los recuerdos, que le daban alegría ó tristeza, sino la sorda rumiación de una inteligencia oscurecida que volvía sobre sí misma en ciertos hechos que quedaban de pie y claros entre las ruínas del resto.

A los veinticinco años se casó con Felicidad, una hermosa mujer que tenía dieciocho, sobrina de una frutera de la Villette, á la que él tenía un cuarto realquilado. El era grabador en metales y

ganaba hasta doce francos diarios; ella había sido costurera anteriormente, pero como tuvieron un niño muy pronto, tuvo que reducirse á criar su hijo y á ocuparse del cuidado de la casa. El pequeño Eugenio medraba admirablemente. Nueve años más tarde, una niña vino á aumentar la familia: y ésta, Luisa, estuvo tanto tiempo enferma que gastaron con ella un capital de drogas y medicamentos. Esto no obstante, el matrimonio no era desgraciado. Damour hacía fiesta con frecuencia los lunes; pero como era muy razonable, iba á acostarse en cuanto conocía que había bebido mucho, y volvía á su trabajo al siguiente día tratándose á sí mismo de menos que nada. Desde que cumplió doce años fué Eugenio dedicado al trabajo, y aquel muchacho que apenas sabía leer ni escribir, se ganaba ya la vida. Felicidad, muy mujer de su casa, administraba aquella pequeña república con mucha maña y prudencia, aunque un poco *perra*, según Jacobo, porque solía servir en las comidas más legumbres que carne, con objeto de ahorrar algunos napoleones para un caso de enfermedad. Aquella fué la mejor época del matrimonio. Vivían en Menimontaut, calle de los Envierges, en una casa que se componía de tres departamentos: uno que ocupaba el matrimonio, el de Eugenio, y un espacioso comedor donde habían instalado el taller de cinceladura,

sin contar la cocina y un gabinetito para Luisa. La habitación daba á un extenso patio, en una pequeña ala del edificio, abundante de luz y sol, pues sus ventanas caían sobre un solar que servía de depósito para materiales de derribo, al que por la mañana y por la tarde venían un sinnúmero de carretas á descargar escombros y madera vieja.

Cuando estalló la guerra, los Damour habitaban en la calle de los Envierges hacía diez años. Felicidad, aun cuando cercana ya á los cuarenta, permanecía joven, un poco llena de carnes, y de una redondez de espaldas y de caderas que hacían de ella la guapa del barrio. Jacobo, al contrario, estaba seco, y los ocho años que le separaban de su mujer le convertían en un viejo al lado de ella. Luisa, repuesta de su salud, pero siempre delicada, se parecía á su padre, salvo sus morbideces de niña; en tanto que Eugenio, entonces de diecinueve años de edad, era alto como su madre y tenía las anchas espaldas de ésta. Vivían muy unidos, fuera de algunos lunes en que el padre y el hijo se entretenían demasiado en las tabernas. Entonces Felicidad rabiaba furiosa al pensar en el dinero disipado. Dos ó tres veces llegaron á las manos; pero esto no tuvo mayores consecuencias; era culpa del vino. Se les citaba como modelos de buen ejemplo. Cuando los prusianos marcharon sobre París y empezó la terrible temporada, po-

seían algunos miles de francos en la Caja de ahorros. Esto era muy hermoso para obreros que habían criado dos hijos.

Los primeros meses del sitio no fueron muy duros de soportar. En el comedor, donde dormían las herramientas, aún se comía carne y pan blanco. Compadecido por la miseria de un vecino, un pintor decorador que se llamaba Berru y que reventaba de hambre, pudo todavía Damour convidarle á comer algunas veces á la semana, y bien pronto el camarada fué su huésped obligado.

Era muy ocurrente y tenía siempre una frase que hacía reír, y tanto hizo y tan bien, que acabó por desarmar á Felicidad, inquieta y trastornada ante aquella inmensa boca que se tragaba los mejores bocados. Por la noche se jugaba á las cartas mientras se hablaba de los prusianos. Berru, un patriota, hablaba de excavar minas y subterráneos por debajo del campo, hasta llegar á las baterías de Chatillon y de Montretout, á fin de hacerlas saltar. Después caía sobre el gobierno, que, para traer á Felipe V quería abrirle á Bismarck las puertas de París. La república de aquellos traidores le hacía encoger de hombros. ¡Ah! ¡La república! Y con los codos apoyados sobre la mesa, explicaba á Damour su forma de gobierno: todos hermanos, todos libres, la riqueza de todo el mun-

do, la justicia y la igualdad reinando en todas partes, arriba y abajo.

—¡Como el 93!—añadía, categóricamente, sin estar muy seguro.

Damour se quedaba grave. El también era republicano, porque, desde la cuna, había oído decir á su alrededor que la república sería un día el triunfo del obrero, la dicha universal. Pero no tenía una idea fija de cómo aquellas cosas habían de pasar. Por eso escuchaba á Berru con atención, pareciéndole que razonaba muy bien, y que, seguramente, la república había de llegar como él decía. Se excitaba, creyendo firmemente que, si París entero, hombres, mujeres y niños, hubieran marchado sobre Versalles cantando la *Marsellesa*, se habría rechazado al prusiano, tendido la mano á las provincias y fundado el gobierno del pueblo, el que debía proporcionar rentas á todos los ciudadanos.

—¡Ten mucho cuidado!—le decía Felicidad.— ¡Esto acabará mal, si escuchas á Berru! Mátale el hambre, si tienes gusto en ello; pero déjale que vaya él solo á hacerse romper la cabeza.

Y no es que ella no quisiera también la república. El año 48, su padre murió sobre una barricada.

Únicamente que este recuerdo, en vez de soliviantarla, la volvía prudente.

En lugar del pueblo,—decía,—ella sabía cómo obligar al gobierno á que fuese justo; ya lo haría bien.

Los discursos de Berru la indignaban y la daban miedo, porque no le parecían sus doctrinas muy honradas. Veía también que Damour cambiaba, tomando maneras y empleando frases que no le gustaban bajo ningún concepto. Pero le asustaba aun más el aire ardiente y sombrío con que su hijo Eugenio escuchaba á Berru.

Por la noche, cuando Luisa se quedaba dormida sobre la mesa, Eugenio bebía lentamente un vasito de aguardiente, cruzaba los brazos sin decir una palabra y clavaba sus ojos en el pintor, que siempre traía de París alguna historia extraordinaria de una traición; los bonapartistas haciendo señales desde Montmartre, ó bien los sacos de harina y los barriles de pólvora echados al Sena para acelerar la rendición de París.

— ¡Cuánto embuste! —decía Felicidad, cuando Berru se marchaba. — ¡No te calientes los cascos! Ya sabes que es un farsante.

— ¡Yo sé lo que sé! —respondía Eugenio con expresión terrible.

Hacia mediados de Diciembre los Damour se habían comido todas las economías. A cada momento se anunciaba una derrota de los prusianos en provincias, una salida victoriosa que libraría por

fin á París; y el matrimonio no se apuró en los primeros momentos, esperando sin cesar que se reanudase el trabajo.

Felicidad hacía milagros: vivían al día, de aquel pan negro del sitio que únicamente Luisa no podía digerir.

Entonces Damour y Eugenio acabaron de calentarse los cascos, como decía la madre.

Ociosos todo el día, fuera de sus hábitos de laboriosidad, con los brazos flojos desde que dejaron sus cinceles, vivían en un ambiente moral enfermizo, en un enfurecimiento lleno de pensamientos utópicos y sangrientos.

Ambos se habían incorporado á un batallón, pero éste, como otros muchos batallones, no salía del recinto fortificado, acuartelado en su puesto, donde los hombres pasaban el tiempo jugando á las cartas ó bebiendo.

Allí fué donde Damour, con el estómago vacío y el corazón apretado ante la miseria de su casa, adquirió la convicción, escuchando las noticias de unos y de otros, de que el gobierno había jurado exterminar el pueblo, para ser dueño de la república.

Berru tenía razón; nadie ignoraba que Enrique V estaba en Saint-Germain, en una casa sobre la cual flotaba la bandera blanca.

Pero aquello acabaría. Cualquiera mañana caza-

rían á tiros á aquellos crapulosos que hacían morir de hambre y permitían que se bombardease á los obreros, con el único objeto de hacer sitio á los nobles y á los curas.

Cuando Damour entró con Eugenio en su casa, ambos febriles por el ambiente de locura de fuera, no hablaban más que de matar á todo bicho viviente, y esto lo repetían delante de Felicidad, que pálida y muda cuidaba á Luisita, enferma otra vez á causa de la mala alimentación.

Sin embargo, terminó el sitio, se firmó el armisticio, y los prusianos desfilaron por delante de los Campos Eliseos.

En la calle de los Eavierges se comió pan blanco que Felicidad fué á buscar á Saint-Denis. Pero la comida fué sombría.

Eugenio, que había querido ver el desfile de los prusianos, contaba los detalles, cuando Damour, blandiendo un tenedor, gritó que era necesario guillotinar á todos los generales. Felicidad se irritó y le quitó el tenedor de las manos.

Los siguientes días, como el trabajo no se reanudaba, decidió trabajar en casa por su cuenta; tenía algunas piezas fundidas, las que quiso cuidar con la esperanza de una pronta venta.

En cuanto á Berru, había desaparecido después del armisticio; sin duda había caído sobre una mesa más abundante. Pero una mañana presentó-

se animadísimo y contó lo de los cañones de Montmartre.

Las barricadas se elevaban por todas partes, el triunfo del pueblo llegaba, por fin, y venía en busca de Damour, pues necesitaba el concurso de todos los buenos ciudadanos.

Damour dejó sus cinceles, á pesar de la cara asustada de Felicidad. Aquello era la Commune.

Entonces se desarrollaron las jornadas de Marzo, Abril y Mayo. Cuando Damour estaba cansado y su mujer le suplicaba que permaneciese en casa, él le respondía:

—¿Y mi franco y medio? ¿Quién nos dará el pan?

Felicidad bajaba la cabeza. No tenían para comer sino los seis reales del padre y los seis del hijo, el sueldo de la guardia nacional, que algunas veces aumentaba con distribuciones extraordinarias de vino y carne salada.

Por otra parte, Damour estaba convencido de su derecho; tiraba sobre los versalleses como hubiera tirado sobre los prusianos, persuadido de que así salvaba la república y aseguraba la dicha del pueblo.

Después de las fatigas y las miserias del sitio, el desconcierto de la guerra civil le hacía vivir en un recinto de tiranía, dentro del cual se batía como un oscuro héroe, decidido á morir por la defensa

de la libertad. No entraba de ningún modo en las complicaciones teóricas de la idea comunista. A sus ojos la Commune era sencillamente la edad de oro anunciada, el principio de felicidad universal; en tanto que creía con mayor tenacidad aún, que había en alguna parte, en Versalles ó en Saint-Germain, un rey pronto á restablecer la inquisición y los derechos feudales si le dejaban entrar en París.

En su casa no hubiera sido capaz de matar un insecto; pero en la barricada tiraba sobre los gendarmes sin ningún escrúpulo.

Cuando volvía, destrozado, negro por el sudor y la pólvora, se pasaba las horas al lado de su hija oyéndola respirar.

Felicidad no intentó retenerle ya más; esperaba con la calma de la mujer discreta el fin de todo aquel maremagnum.

No obstante, un día se atrevió á evidenciar que aquel tragalón de Berru que chillaba tanto, no era tan tonto que fuese á las barricadas á recibir algún tiro. Había tenido la habilidad de hacerse nombrar para una buena plaza en la Intendencia, lo que no le impedía, cuando venía de uniforme, lleno de plumeros y galones, el pronunciar discursos que exaltaban á Damour, hablando de fusilar á los ministros, á las Cámaras, á todo Dios, el día en que fuesen á cogerlos en Versalles.

Felicidad decía:

—¿Por qué diablos no va él en lugar de mandar á los otros?

Pero Damour replicaba:

—¡Cállate! Yo cumplo con mi deber... ¡Tanto peor para los que no lo cumplen!

Una mañana, hacia fines de Abril, llevaron á Eugenio sobre unas parihuelas á la calle de los Envierges. Había recibido un balazo en pleno pecho, en los Moulineaux. Cuando le subían por la escalera, espiró. Al llegar Damour, por la tarde, encontró á Felicidad silenciosa al lado del cadáver de su hijo. Fué el golpe terrible; cayó al suelo y Felicidad le dejó sollozar, sentado contra la pared, porque no encontraba palabras de consuelo para él, pues de haber proferido alguna, hubiera sido para decirle: «¡Tú tienes la culpa!» Había cerrado la puerta del gabinete; no quería que el ruido trascendiese, por no asustar á Luisita. Antes miró si los gritos del padre habían despertado á la niña. Cuando Damour se repuso un poco, quedóse mirando durante largo tiempo un retrato de Eugenio, con el uniforme de guardia nacional. Tomó una pluma y escribió al pie de la fotografía: «¡Te vengaré!», y estampó su firma. Esto fué un consuelo. Al siguiente día, un féretro cubierto de banderas rojas, condujo el cadáver al Père-Lachaise, seguido de una multitud inmensa. El padre

presidia, con la cabeza descubierta, y á la vista de aquellas banderas, de aquella sangrienta púrpura, su corazón se inundaba de pensamientos feroces. En la calle de los Envierges, Felicidad se había quedado al lado de Luisa. Por la noche, Damour se fué á las avanzadas á matar gendarmes.

Llegaron por fin las jornadas de Mayo. El ejército de Versalles había entrado en París. Damour no volvió durante dos días á su casa; replegóse con su batallón, defendiendo las barricadas entre el fulgor de los incendios. No sabía nada: disparaba su fusil en medio de la humareda, porque tal era su deber. Al amanecer del tercer día se presentó en la calle de los Envierges con la ropa hecha girones, anhelante, y tambaleándose, como un hombre ébrio. Felicidad lo desnudó y le lavó las manos con una toalla mojada. En esto apareció una vecina diciendo que los comunistas se defendían aún en Pére-Lachaise, y que los versalleses no sabían cómo desalojarlos.

—¡Voy allá!—dijo sencillamente, y se vistió otra vez y tomó el fusil. Pero los últimos defensores de la Commune no estaban en el llano, en los terrenos desnudos, donde dormía Eugenio. Damour tenía la idea confusa de hacerse matar sobre la tumba de su hijo, pero no pudo llegar hasta ella. Llegaban obuses rodeando las altas sepulturas. Entre los olmos, ocultos detrás de los már-

moles que blanqueaba el sol, algunos guardias nacionales disparaban aún sobre los soldados, de los cuales se veían ascender los pantalones encarnados. Damour llegó precisamente á tiempo de ser cogido. Fueron fusilados treinta y siete compañeros, y escapó milagrosamente á aquella justicia sumaria. Como su mujer le había lavado las manos y no tuvo tiempo de hacer fuego, quizá á esta circunstancia debió la vida. Desde aquel momento cayó en un estupor sombrío, barajando en su imaginación todo el horror de aquellos meses. Cuando salió de su imbecilidad, se encontraba prisionero en Versalles.

Felicidad fué á verlo, siempre pálida y tranquila. Cuando le dijo que Luisa estaba mejor, guardaron silencio, no encontrando nada que decirse. Al despedirse, para darle valor, ella le dijo que se ocupaban de su asunto, y aun sería posible le salvaran. Damour preguntó:

—¿Y Berru?

—¡Oh!—respondió Felicidad.—Berru está sobre seguro... Voló tres días antes de que entrasen las tropas; no le molestarán.

Un mes más tarde, Damour salió para Nueva Caledonia, condenado á deportación simple. Como no tenía ningún grado en las filas, el consejo de guerra le hubiera absuelto, á no confesar él tranquilamente que desde el primer día había hecho

fuego desde las barricadas. En su última entrevista dijo á Felicidad:

—Volveré. Espérame con la niña.

Esta era la palabra que conservaba más clara en sus recuerdos, allá, cuando se abismaban sus miradas en el horizonte infinito del mar. La noche le sorprendía muchas veces. A lo lejos, una blanca claridad permanecía mucho tiempo, como el velamen de un barco, agujereando las tinieblas crecientes; y parecía que debía levantarse y andar sobre las olas, para llegar, por aquel sendero blanco, puesto que prometió volver.

II

Damour se portaba bien en Nueva Caledonia. Había encontrado trabajo y se le hicieron concebir esperanzas acerca de su indulto. Era un hombre de dulce carácter, que gustaba de jugar con los niños. No se ocupaba ya de política. Tratábase poco con sus compañeros y vivía solitario; únicamente podía reprochársele que se embriagara de cuando en cuando, y aun así tenía unas borracheras de buen muchacho, llorando á lágrima viva y yéndose á la cama por su propia voluntad. Su indulto, pues, parecía evidente, cuando un día desapareció. Todo el mundo quedóse estupefacto al saber que había huido con cuatro camaradas. Desde hacía dos años había recibido bastantes

fuego desde las barricadas. En su última entrevista dijo á Felicidad:

—Volveré. Espérame con la niña.

Esta era la palabra que conservaba más clara en sus recuerdos, allá, cuando se abismaban sus miradas en el horizonte infinito del mar. La noche le sorprendía muchas veces. A lo lejos, una blanca claridad permanecía mucho tiempo, como el velamen de un barco, agujereando las tinieblas crecientes; y parecía que debía levantarse y andar sobre las olas, para llegar, por aquel sendero blanco, puesto que prometió volver.

II

Damour se portaba bien en Nueva Caledonia. Había encontrado trabajo y se le hicieron concebir esperanzas acerca de su indulto. Era un hombre de dulce carácter, que gustaba de jugar con los niños. No se ocupaba ya de política. Tratábase poco con sus compañeros y vivía solitario; únicamente podía reprochársele que se embriagara de cuando en cuando, y aun así tenía unas borracheras de buen muchacho, llorando á lágrima viva y yéndose á la cama por su propia voluntad. Su indulto, pues, parecía evidente, cuando un día desapareció. Todo el mundo quedóse estupefacto al saber que había huido con cuatro camaradas. Desde hacía dos años había recibido bastantes

cartas de Felicidad, y él le escribía también con bastante frecuencia. Después pasó tres meses sin noticias. Entonces le entró una desesperación inmensa ante aquel indulto que quizá sería necesario esperar dos años más; y lo arriesgó todo en una de esas horas de fiebre, de las cuales se arrepiente uno al siguiente día. Una semana más tarde se encontró sobre la costa, á algunas leguas de Numes, una lancha destrozada y los cadáveres de tres fugitivos desnudos y descompuestos ya, entre los que, según afirmación de algunos testigos, se encontraba Damour. El ahogado tenía su misma talla y su misma barba. Después de un expediente sumarísimo y de cumplir algunas formalidades, se expidió un certificado de defunción, que fué remitido á Francia, á petición de la viuda. Toda la prensa se ocupó de la aventura, y un relato muy dramático de la evasión y de su desenlace pasó de los diarios al mundo entero.

Sin embargo, Damour vivía. Se le había confundido con uno de sus compañeros, y esto era tanto más extraño cuanto que los dos hombres en nada se parecían. Ambos, sencillamente, eran altos y llevaban la barba larga. Damour y el cuarto evadido, sobrevividos por milagro, se separaron en cuanto llegaron á tierra inglesa y ya no volvieron á verse. Sin duda el otro murió de la fiebre amarilla, que por poco no mata también á

Damour. Su primer pensamiento fué escribir á Felicidad previniéndola. Pero cayó un periodico en sus manos y allí leyó la noticia de su evasión y de su muerte. Entonces le pareció que escribir una carta era una imprudencia; podían interceptarla, leerla y llegar por ella al conocimiento de la verdad. ¿No era preferible estar muerto para todo el mundo? Nadie se inquietaría más por él; entraría libremente en Francia, en donde esperaba la amnistía para hacerse reconocer. Y entonces fué cuando un terrible ataque de fiebre amarilla le retuvo en un hospital durante algunas semanas entre la vida y la muerte.

Cuando Damour entró en convalecencia, experimentó una invencible pereza. Durante muchos meses estuvo débil y sin voluntad. La fiebre había disipado en él todas las antiguas ilusiones. No deseaba nada... ¿para qué? Las imágenes de Felicidad y Luisa se habían desvanecido. Las veía siempre, pero muy lejos, entre brumas, apareciéndosele como figuras dudosas. Indudablemente, en cuanto estuviese fuerte, iría á buscarlas. Después, cuando se encontró reconstituído, pensó que, antes de ir á encontrar su familia, debería ganar una fortuna. ¿Qué haría en París? ¿Morirse de hambre? Tendría que recurrir á sus cinceles y quizás no encontraría trabajo, porque estaba atrozmente envejecido. Al contrario, si iba á

América, en algunos meses podía reunir una fortuna de cien mil francos, modesta cifra ante la cual se detenía, en medio de prodigiosas historias en que los millones de francos zumbaban en sus oídos. En una mina de oro que le indicaron, todos los mineros incluso los más humildes cavadores, arrastraban coche antes del medio año. Había hecho el arreglo de su vida. Entraría en Francia con sus cien mil francos, compraría una casita por el lado de Vincennes y viviría allí con tres ó cuatro mil francos de renta entre Felicidad y Luisa, olvidado, dichoso, ajeno á la política. Un mes más tarde, Damour estaba en América.

Entonces empezó una existencia obscura que le impelía el azar en una oleada de aventuras, á la vez extrañas y vulgares. Conoció todas las miserias y tocó todas las fortunas. Tres veces, según creía, tuvo en sus manos aquellos cien mil francos, pero todo se le deslizaba entre los dedos, y en su loca fantasía hasta llegó á imaginarse que le habían robado.

En suma, padeció, trabajó mucho, y por fin, se quedó sin camisa. Después de hacer correrías por las cinco partes del mundo, los acontecimientos le llevaron á Inglaterra. De allí se trasladó á Bruselas, en la misma frontera de Francia. Pero no pensó en entrar allí. Desde su llegada á América no escribió más á Felicidad. Tres cartas habían

quedado sin respuesta; quedó reducido al campo de la hipótesis; ó le interceptaban las cartas, ó su mujer había muerto, ó había marchado de París. Transcurrido un año todavía hizo una nueva tentativa inútil. Para no descubrirse si las cartas eran abiertas, escribió con un nombre supuesto, hablándole á Felicidad de un asunto imaginario, contando con que ella conocería la letra y le comprendería. Damour había casi adormecido sus recuerdos. Estaba muerto, no tenía á nadie en el mundo, y nada le atraía. Durante cerca de un año trabajó en una mina de carbon, bajo tierra, sin ver el sol, comiendo y durmiendo sin desear nada de allá arriba.

Una tarde, en una taberna, oyó decir á uno que la amnistía acababa de ser votada y que los comunistas entraban en Francia. Esto le despertó de su letargo. Recibió algo así como una sacudida y experimentó una necesidad invencible de ir, como los otros, á ver la casita donde vivió tanto tiempo. Primeramente fué aquel un impulso instintivo. Después, en el vagón que le conducía, su cabeza empezó á divagar; pensaba que podría hoy tomar su sitio á la faz del sol, si encontraba á Felicidad y á Luisa. Remotas esperanzas le subían del corazón; terminó creyendo que iba á encontrarlas muy tranquilas en la calle de los Envierges, con el mantel tendido, en actitud de esperarle. Todo se

explicaría, aún la menor mala inteligencia. Iría al municipio, daría su nombre, y el matrimonio reanudaría su vida de antes.

La estación del Norte, en París, estaba llena de una multitud tumultuosa. Se elevaban gritos en cuanto aparecieron los viajeros: reinaba un entusiasmo loco: brazos que agitaban pañuelos y sombreros, y bocas abiertas que aullaban un nombre.

Damour tuvo miedo un instante; no comprendía nada; imaginóse que toda aquella gente había ido allí para silbarle. Después conoció el nombre que aclamaban, el de un miembro de la Commune, que iba precisamente en el mismo tren, un contumaz ilustre, á quien el pueblo hacía una ovación. Damour le vió pasar, muy gordo, con la mirada humilde, sonriente, emocionado ante aquella acogida. Cuando el héroe subió á un fiacre, la multitud hablaba de desenganchar los caballos. La gente se estrujaba; la oleada humana se precipitó en la calle de Lafayette, y vióse un mar de cabezas, entre las cuales se divisó el fiacre, durante mucho tiempo, como un carro de triunfo. Y Damour, empujado, asfixiado, á costa de mil esfuerzos, pudo ganar los boulevares exteriores. Nadie se fijó en él. Todos sus sufrimientos, Versailles, la travesía, le volvieron á la memoria como una bocanada de amargura.

Pero en aquellos boulevares le sobrevino un enternecimiento. Lo olvidó todo; parecióle que venía de tomar trabajo en París y volvía tranquilamente á la calle de los Envierges. Se colmaban diez años de su existencia, tan repletos y tan confusos que le parecieron, detrás de él, como una simple prolongación del arroyo. Sin embargo, experimentó algún asombro, en aquellos hábitos de antaño, en los cuales entraba con tanta sencillez. Los boulevares exteriores parecieronle más anchos: se detuvo para leer los rótulos de las calles, sorprendido de verlos allí. Aquella no era, en verdad, la franca alegría de poner un pie sobre aquel rincón de una tierra añorada; era una mezcla de ternura donde cantaban estribillos de romance sordas inquietudes, la inquietud de lo desconocido, delante de aquellas antiguas casas conocidas que encontraba. Su turbación aumentó á medida que se aproximaba á la calle de los Envierges. Se sentía desfallecer y tuvo deseos de no ir más allá, como si le esperase una catástrofe. ¿Por qué volvía? ¿Qué iba á hacer allí?

En fin, ya en la calle de los Envierges, pasó tres veces por delante de su casa, sin decidirse á entrar. La carbonería que estaba enfrente, había desaparecido; ahora se veía allí un puesto de fruta, y la mujer que estaba en la puerta le pareció tan distinguida, tan dentro de sí misma, que no se

atrevió á interrogarla, como habfa pensado en un principio. Prefirió arriesgarse yéndose derechamente al kiosco del portero.

—¿Madama Damour, si me hace usted el favor?—preguntó.

—No la conozco... No vive aquí.

Se quedó inmóvil. En vez de la portera de aquel tiempo, una mujer enorme, tenía delante á una mujercilla seca, biliosa, que le miraba con aire desconfiado.

—Madama Damour vivía al fondo, hacia diez años...

—¡Diez años!—exclamó la portera.—¡Apenas ha llovido desde entonces! Nosotros estamos desde Enero de este año.

—Puede haber dejado sus señas...

—No. No la conocemos.

Y como aún vacilase, la mujercilla amenazó con llamar á su marido.

—¿Acabará usted de curiosear la casa? Hay unas gentes por ahí...

Enrojeció y retiróse balbuceando, avergonzado de su pantalón deshilachado y su vieja blusa. Por la acera ibase con la cabeza baja; después volvió, porque no podía decidirse á marchar de aquel modo.

Era como un adiós eterno que lo despedazaba. Tendrían piedad de él y le harían alguna indicación,

Levantó los ojos, miró las ventanas, examinó las tiendas, tratando de reconocerlas. En aquellas pobres habitaciones donde caen los desahucios como granizo, diez años habian bastado para un cambio casi total de inquilinos.

Por otra parte, le quedaba una prudencia mezclada de vergüenza, una especie de espanto salvaje, que le hacía temblar ante la idea de ser reconocido.

Cuando descendía por la calle, advirtió al fin algunas caras conocidas: la tienda del tabaco, un droguero, la planchadora y la panadera que les proveía entonces. Dudó, durante un buen cuarto de hora, paseándose por delante de las tiendas, preguntándose en cuál entraría, lleno de sudor: tal era la lucha que se libraba en su interior.

Con el corazón desfallecido se decidió por la panadera, una mujer que dormitaba, siempre blanca como si acabase de salir de un saco de harina. Miróle y no hizo ningún movimiento. Verdaderamente no le reconocía con su cara atezada, su cráneo desnudo y la barba que le comía la mitad de la cara. Esto le dió algún atrevimiento, y pagando un panecillo, osó preguntar:

—Entre sus clientes, ¿no recuerda usted una mujer que tenía una niña, madama Damour?

La panadera quedóse pensativa, y después:

—¡Ah! Sí... será posible,—dijo,—pero hace mu-

cho tiempo. No he sabido ya... ¡Conoce una tanta gente!

Y tuvo que contentarse con aquella respuesta. Los siguientes días volvió, más determinado, preguntando en todas partes; pero en todas partes encontró la misma indiferencia, el mismo olvido, con informes contradictorios que le desorientaban cada vez más.

En suma, lo que parecía más cierto era que Felicidad dejó el barrio unos dos años después de su viaje á Nueva Caledonia, por el mismo tiempo que él se evadía. Pero nadie pudo darle su dirección; unos decían que en Gros-Caillón, otros que en Be-rey. No recordaban tampoco á la niña.

Aquello se había acabado; sentóse sobre un banco del bulevar exterior y se echó á llorar como un niño, diciéndose que no trataría ya de saber nada.

¿Qué iba á ser de él? Paris le pareció vacío. Los pocos cuartos que le habían permitido llegar á Francia, se agotaban.

Tuvo la idea de volver á Bélgica, á su mina de carbón, donde había tanta obscuridad y donde vivió sin un recuerdo, dichoso como una bestia... y sin embargo, se quedó, y se quedó miserable; hambriento, sin poder encontrar trabajo.

En todas partes le rechazaban, encontrándole demasiado viejo. No tenía más que cincuenta y

cinco años, pero aparentaba sesenta: de tal modo le habían puesto los sufrimientos de diez años. Rondaba como un lobo; iba á los canteros que trabajaban en los monumentos incendiados por la Commune, y buscaba algún quehacer de los que se confían á los niños y á las mujeres. Un marmolista que trabajaba en la Casa del Ayuntamiento prometióle que le ocuparía para guardar las herramientas; pero la promesa tardaba en cumplirse y el infeliz se moría de hambre.

Un día, que sobre el puente de Notre-Dame miraba correr el agua con ese vértigo que atrae los pobres al suicidio, se arrancó violentamente de la barandilla, y, en este movimiento, tropezó con un transeunte, un buen mozo de blusa blanca, que se puso á injuriarle.

—¡Bruto consagrado!

Pero Damour se quedó con la boca abierta y los ojos fijos en aquel hombre.

—¡Berru!—gritó por fin.

Era en efecto Berru, Berru rejuvenecido, con la cara sonrosada. Después de su regreso, Damour había pensado en él algunas veces, pero ¿dónde encontrar al camarada que cambiaba de alojamiento cada quince días? Sin embargo, el artista enarcó los ojos, y cuando el otro le nombró, con la voz trémula, rehusando creerlo, dijo:

—¡No es posible... es un bromazo!

Y, no obstante, tuvo que convencerse con mil exclamaciones que hacían volver la cabeza á los transeuntes.

—¡Pero tú estás muerto!... ¿Cómo diablos me había de esperar todo eso? No se embroma á la gente así... Veamos, veamos, ¿estás seguro de que vives?

Damour hablaba en voz baja suplicándole que se callase. Berru, que en el fondo encontraba esto muy divertido, acabó por cogerle del brazo, metiéndolo en una tienda de vinos de la calle de Saint-Martin. Y allí le colmó de preguntas. Quería saber qué había sido de su vida.

—Pronto lo sabrás,—contestóle Damour cuando estuvieron sentados en su gabinetito.—Ante todo, ¿dónde está mi mujer?

Berru le miró con aire estupefacto.

—¿Cómo, tu mujer?

—Sí... ¿dónde está? ¿Sabes sus señas?

La estupefacción del pintor aumentaba. Contestó lentamente:

—Sí que sé las señas... ¿pero no sabes tú la historia?

—¿Qué historia?

Entonces Berru añadió:

—¡Ah! ¡Está buena!... ¿Cómo? ¿Tú no sabes nada? ¡Tu mujer se ha vuelto á casar, viejo mío!

Damour, que tenía el vaso levantado, lo dejó so-

bre la mesa, presa de tal temblor que el vino le cayó por los dedos. Enjugólos con su blusa y repitió con voz sorda:

—¿Qué es lo que dices?... ¡Casada... casada!... ¿Estás seguro?

—¡Diantre! Te habías muerto y se volvió á casar... nada hay de raro ahí... Lo verdaderamente raro es que tú resucitas ahora.

Y mientras el pobre hombre permanecía pálido, con los labios trémulos, el pintor le dió detalles. Felicidad hoy era muy dichosa. Se había casado con un carnicero de la calle de los Frailes, en Batignolles, un viudo cuyos negocios manejaba ella admirablemente. Sagnard (el carnicero se llamaba Sagnard), era un gordinflón de sesenta años, pero muy bien conservado. En la esquina de la calle Nollet, la tienda, una de las más acreditadas del barrio, tenía el frontil pintado de rojo con cabezas de toro doradas á los dos lados de la tienda.

—¿Y qué vas á hacer tú?—preguntaba Berru detrás de cada párrafo.

El desgraciado, á quien aturdiría la descripción de la tienda, respondía haciendo con la mano un gesto vago.

—¿Y Luisa?—preguntó de pronto.

—¿La niña?... no lo sé. La habrán puesto en alguna parte para desembarazarse de ella... porque no la he visto con ellos nunca... Verdad es;

podían dejarte la niña, puesto que para nada la necesitan. Sin embargo, ¿qué harás con una muchacha de veinte años, tú, que no tienes aire de derrochar el dinero? ¿Eh? Sin ofenderte puedo decirte que cualquiera te daría cinco céntimos en la calle.

Damour había bajado la cabeza, ahogado, no encontrando una palabra.

—¡Veamos, que diablo! Puesto que vives, muévete un poco. No está perdido todo y puede arreglarse... ¿Qué piensas hacer?

Y los dos amigos se abismaron en una discusión interminable, donde se aducían siempre los mismos argumentos. Lo que no contó el pintor es que él tan pronto como el deportado salió para Nueva Caledonia, había tratado de arreglarse con Felicidad, cuyas anchas espaldas le seducían. Por lo cual guardaba contra la novel carnicera un sordo rencor, debido á su predilección por Sagnard, por su fortuna, sin duda. Cuando hubo pedido un tercer litro, exclamó:

—Yo, en tu lugar, iría á verles, me instalaría allí, y pondría á Sagnard en la puerta, si me fastidiaba mucho... Tú eres el amo. Después de todo, la ley está contigo.

Poco á poco Damour iba sintiendo los efectos del vino que hacía subir llamaradas á sus lívidas mejillas. Repetía que él haría lo que mejor le pa-

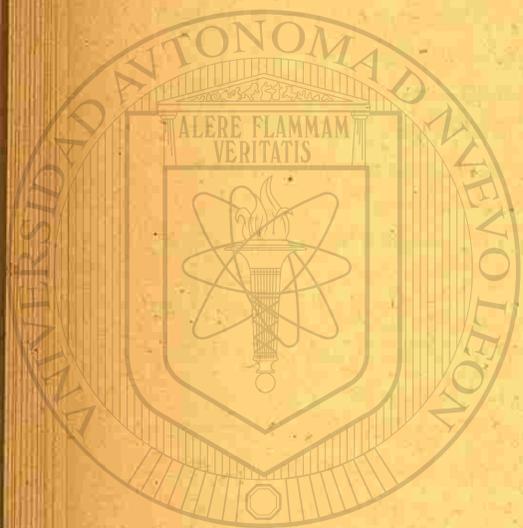
reciese. Pero Berru le impelia, le golpeaba las espaldas y le impulsaba á la venganza. ¡Seguramente se vengaría! ¡Había amado tanto á aquella mujer! La quería aún lo bastante para prender fuego á París con tal de volver á verla.

¿Qué esperaba, pues? Puesto que era de él, no tenía más que el trabajo de volverla á tomar. Los dos hombres, bastante borrachos, hablaban á la vez gesticulando violentamente.

—¡Voy allí!—dijo de pronto Damour poniéndose de pie.

—¡Enhorabuena!—gritó Berru.—Yo voy contigo.

Y marcharon hacia Batignolles.



III

En la esquina que forman las calles de los Frailes y de Nollet, la tienda, con su frontil rojo y sus cabezas de toro doradas, tenía un aire muy distinguido. Cuartos de buey estaban suspendidos de los garfios, sobre blancos lienzos, en tanto que hileras de filetes en cucuruchos de papel bordado, como ramilletes, hacían de guirnaldas. Había pequeñas pirámides de carne sobre las mesas de mármol, pedazos cortados artísticamente: la ternera rosada, el carnero púrpura, el buey escarlata, entre las grasas jaspeadas. Dos barreños de cobre, la flecha de unas balanzas, los garfios de un aparador reluciente. Había una abundancia, una difusión de salud en la tienda pavimentada de

mármol y abierta á pleno sol, y un rico olor de carne fresca, que semejaba henchir de sangre las mejillas de todos los habitantes de la casa.

En el fondo y frente á la calle, Felicidad ocupaba un alto escritorio, donde algunos cristales la protegían de las corrientes de aire. Allí dentro, en los alegres reflejos rojos de la tienda, estaba fresca, con esa frescura plena y madura de las mujeres que han pasado de los cuarenta. Limpia, con sus trenzas negras partidas sobre la frente y su cuello blanquísimo, tenía la gravedad sonriente de un buen comerciante que, con una mano asida á la pluma y la otra en el cajón del escritorio, representa la honradez y la prosperidad de una casa. A'gunos mozos cortaban, pesaban y decían las cantidades en alta voz; los clientes desfilaban delante del escritorio, y ella recibía el dinero, cambiando amables frases con sus parroquianos.

Una mujer pequeñita, de cara enfermiza, pagaba dos chuletas, que miraba con aire dolorido.

—Setenta y cinco céntimos,—dijo Felicidad.—

¿No se encuentra usted mejor, madame Vernier?

—No; eso no marcha... siempre este estómago... Arrojo todo cuanto como. El médico dice que necesito carne, ¡pero es tan cara!... ¿Sabe usted que el carbonero murió?

—¿Es posible?

—No ha muerto del estómago... sino del vientre... ¡Dos chuletitas, setenta y cinco céntimos! La gallina es menos cara.

—¡Caramba! No es culpa nuestra, madame Vernier. Ni yo sé cómo podemos vivir... ¿Qué pasa, Carlos?

Mientras hablaba y devolvía el cambio, echó una ojeada en la tienda, y vió que un mozo hablaba con dos hombres en la acera. Como el mozo no la oyese, levantó un poco la voz.

—Carlos, ¿qué desean?

Pero no oyó la respuesta. Había reconocido á uno de los hombres que entraban, el que iba delante.

—¡Ah, es usted, M. Berru!

Y no parecía muy satisfecha, pintándose en sus labios una sonrisita de desprecio. Los dos camaradas, de la calle Saint-Martin á Batignolles habían hecho muchas estaciones en las tabernas del tránsito, pues el camino era largo, y tenían la boca seca á fuerza de hablar fuerte y discutir sin cesar. Así, pues, parecían bastante embriagados.

Damour recibió un golpe en el corazón, en la acera de enfrente, cuando Berru, con un gesto brusco, le había mostrado á Felicidad, tan bella y tan joven, entre los cristales del escritorio, diciéndole; «¡Ahí la tienes!...» No era posible... aquella debía de ser Luisa, que se parecía mucho

á su madre, porque seguramente Felicidad estaba más envejecida, y toda aquella tienda lujosa, las carnes que sangraban, los metales que resplandecían; después aquella mujer tan aseada, de aire burgués, la mano sobre un montón de plata... todo esto le quitaba la cólera y la audacia, causándole un verdadero miedo. Tuvo un gran deseo de echar á correr, lleno de vergüenza, palideciendo á la idea de entrar allí dentro. Jamás aquella dama consentiría hoy en volverlo á tomar como marido, á él, con aquella cara imposible, sus barbas erizadas y su blusa miserable. Volvió los talones, é iba á perderse por la calle de los Frailes, para que ni aun se apercibiesen, cuando Berru le detuvo.

—¡Trueno de Dios! ¡Tú no tienes sangre en las venas!... En tu lugar haría yo danzar al burgués... y no me iré sin que partamos... al menos la mitad de los filetes...

—¡Andando, pollo mojado!

Y obligó á Damour á que atravesase la calle. Después preguntó al mozo si estaba allí M. Sagnard, y al saber que el comerciante se encontraba en el matadero, entró él primero para precipitar las cosas.

Damour le siguió con un aire imbécil.

—¿Qué se le ofrecía á usted, M. Berru?—preguntó Felicidad con voz poco amistosa,

—No soy yo... es este camarada, que tiene algo que decirle.

Se retiró un poco y dejó á Damour enfrente de Felicidad. Esta le miró; él estaba sufriendo mil torturas, con los ojos bajos. Felicidad hizo una mueca de disgusto; su tranquila y feliz fisonomía expresó una especie de repulsión por aquel viejo borracho que olía á mendicidad. Pero le estuvo mirando fijamente... y de pronto, sin que hubiesen cambiado ni una palabra, tornóse pálida, ahogando un grito y dejando caer las monedas, que al rodar produjeron un tintineo claro en el cajón.

—¿Qué pasa? ¿se siente usted enferma?—preguntó madama Vernier, que se había quedado por curiosidad.

Felicidad hizo un gesto con la mano para apartar á todo el mundo.

Le era imposible hablar. Con un movimiento premioso se puso de pie y marchó hacia el comedor, al fondo de la tienda. Sin que dijese nada de seguirla, los dos hombres desaparecieron detrás de ella, Berru bromeando y Damour con los ojos siempre fijos sobre las losas cubiertas de serrín, como si tuviera miedo de caer.

—¡Es raro todo eso!—dijo madame Vernier en cuanto se quedó sola con los mozos. Estos habían cesado de cortar y pesar, mirándose sorprendidos. Pero bien pronto reanudaron su faena.

En el comedor, Felicidad no se creyó aun bastante sola. Empujó una segunda puerta é hizo entrar en su cuarto dormitorio á los dos hombres. Era aquella una habitación muy aseada, silenciosa, con cortinas blancas en la cama y en las ventanas, un reloj dorado, muebles de caoba, cuyo barniz brillaba sin un grano de polvo. Felicidad se dejó caer en un sillón, repitiendo sin cesar:

—¡Es usted... es usted!

Damour no encontraba siquiera una frase que decir. Examinaba el cuarto sin atreverse á coger una silla, pues le parecían demasiado hermosas.

Pero Berru, comenzó:

—Hace quince días que la busca á usted... Me ha encontrado y yo le he traído.

Después, como si hubiese experimentado la necesidad de excusarse:

—Como usted comprenderá,—dijo,—no he podido negarme. Es un antiguo camarada, y me ha dado un vuelco el corazón cuando le he visto en la calle en ese estado.

Felicidad se repuso algún tanto.

Era la más razonable y la mejor dispuesta. Quiso salir de una situación intolerable, y entabló la terrible explicación:

—Veamos, Jacobo, ¿qué deseas?

Damour no respondió.

—Es verdad,—continuó ella,—que me he vuelto á casar. Pero no hay falta en ello, tú lo sabes. Te creí muerto, y nada has hecho para sacarme del error.

Damour habló por fin.

—Te he escrito,—dijo.

—Y yo te juro que no he recibido tus cartas. Me conoces y sabes que jamás he mentado. Toma, aquí tengo el acta de tu defunción.

Abrió un secreter y sacó un papel con mano febril, que entregó á Damour, quien se puso á leer con aire estúpido. Era su acta de defunción.

Felicidad añadió:

—Entonces me vi sola y cedí al ofrecimiento de un hombre que quiso sacarme de la miseria... He aquí toda mi falta. Me dejé tentar por el pensamiento de ser dichosa, y esto no es un crimen, ¿verdad?

Jacobo escuchaba, con la cabeza baja, más humilde y más embarazado que su mujer. Sin embargo levantó los ojos.

—¿Y mi hija?—preguntó.

—¿Tu hija?—contestó Felicidad temblando.

—No he sabido nada... no está conmigo.

—¿Cómo?

—Sí; la puse en casa de mi tía... Se escapó de allí... creo que lleva mala vida.

Damour permaneció mudo un instante con aire

muy tranquilo, como si no hubiese comprendido. Después, bruscamente, pegó un puñetazo sobre la cómoda, con tal violencia, que una caja de conchas bailó en medio del mármol. Pero no tuvo tiempo para hablar, porque dos niños, uno de seis años y otro de cuatro, acababan de abrir la puerta y arrojarse al cuello de Felicidad con una explosión de gozo.

—Buenos días, mamita: hemos ido al jardín, allá abajo, al extremo de la calle... Francisca ha dicho en seguida que teníamos que venir... ¡Si tú supieras cuánta agua hay allí, y cuántos pollitos en el agua!...

—Está bien, dejadme —dijo la madre rudamente.

Y llamando á la criada:

—Francisca, llévase usted á los niños.

Estos se retiraron, con el corazón oprimido, en tanto que la criada, herida por el tono de su ama, se enojó, llevándolos delante de sí. Felicidad tuvo un miedo loco de que Jacobo intentase robarle los niños; podía echárselos sobre la espalda y escapar. Berru, á quien no habían convidado á sentarse, se tendió tranquilamente sobre el otro sillón, después de haber murmurado al oído de su amigo:

—¡Los pequeños Sagnard! ¿Eh?... Esto medra pronto... la semilla burguesa.

Cuando la puerta se cerró otra vez, Damour pegó otro puñetazo sobre la cómoda, gritando:

—No es esto todo; me hace falta mi hija, y vengo por tí.

Felicidad se quedó helada.

—Siéntate y hablemos—dijo.—No adelantaremos nada armando escándalo... Así, pues, ¿tú vienes á buscarme?

—Sí; y vas á seguirme en seguida. Soy tu marido, el único... ¡Conozco mis derechos! ¿No es verdad, Berru, que estoy en mi derecho? Andando, pues; ponte un mantón y sígueme, si no quieres que todo el mundo se entere de nuestros asuntos.

Felicidad le miraba, y á pesar suyo, su cara trastornada decia bien claramente que no le amaba ya, que le espantaba, y que sólo disgusto le inspiraba aquella pobreza y aquella vejez de mendigo. ¡Cómo! ¡Ella tan blanca, tan aseada, acostumbrada hoy á todas las dulzuras de la vida burguesa, empezaría de nuevo aquella existencia perra de antaño, en compañía de un hombre que parecía un espectro!

—¿Rehusas?—repuso Jacobo, que había leído en los ojos de su mujer.—Ya comprendo: te has acostumbrado á la vida de señora de escritorio, y yo no tengo una hermosa tienda, ni cajón lleno de dinero donde puedas palpar á tus anchas... Después

están los pequeñuelos, que pareces dispuesta á guardar mejor que has guardado á Luisa... ¡Cuando se ha perdido á la hija, es natural burlarse del padre! Pero todo esto me es igual. Quiero que vengas y vendrás, ó voy á casa del comisario para que te traigan conmigo los gendarmes..... ¿Estoy en mi derecho, Berru?

El pintor afirmó con una indicación de cabeza. Aquella escena le divertía mucho. Sin embargo, cuando vió á Damour furioso, emborrachándose con sus propias palabras, y á Felicidad con las fuerzas agotadas, próxima á desfallecer, creyó de su deber desempeñar un papel airoso. Intervino diciendo con un tono sentencioso:

—Sí, sí, estás en tu derecho: pero es preciso ver, reflexionar..... Yo me conduzco siempre de una manera decente... Antes de decidir nada, sería conveniente hablar con M. Sagnard, y puesto que él no está aquí ahora...

Se interrumpió y continuó luego, con acento que reflejaba una falsa emoción:

—Solamente que el camarada está apremiado. Es durísimo esperar cuando se está en su situación... ¡Ah, señora! ¡Si usted supiera cuánto ha sufrido! ¡Y ahora, ningún auxilio, muerto de hambre, rechazado en todas partes!... Cuando le encontré, hace unas horas, no había comido desde ayer.

Felicidad, pasando del temor á un brusco enterrecimiento, no pudo contener las lágrimas que le ahogaban y se le escapó una exclamación.

—¡Perdóname, Jacobo!...

Y cuando pudo continuar:

—Lo hecho no tiene remedio. Pero no quiero que seas desgraciado... Déjame que te ayude.

Damour hizo un violento gesto.

—Seguramente—dijo Berru con viveza,—la casa está demasiado bien provista para que tu mujer te deje con el vientre vacío... Es natural que tú rehuses dinero, pero bien puedes aceptar un regalillo. ¿No es eso, señora?

—¡Todo cuanto quiera, M. Berru!

Pero Damour tornó á golpear la cómoda, gritando:

—¡Gracias, yo no como pan!...

Y luego, mirando á su mujer en los ojos:

—¡Es á ti sola á quien quiero, y te tendré!.....

Guárdate tu casa.

Felicidad había retrocedido vuelta á su repugnancia y á su espanto. Damour entonces se puso terrible, hablando de romperlo todo y lanzando las acusaciones más abominables. Quería saber la dirección de su hija; sacudía á su mujer en el sillón, gritándole que había vendido á su hija; y la infeliz mujer, sin defenderse, con el estupor de todo lo que le pasaba, repetía con una voz lenta,

que ignoraba su paradero; pero que seguramente lo dirían en la Prefectura de Policía. En fin, Dammour, que se había instalado en una silla, de donde juraba que ni el mismo diablo le levantaría, levantóse bruscamente, y después de un último puñetazo, más violento que los anteriores:

—Pues bien,—exclamó,—¡truenos y rayos!... Yo me voy... Sí, me voy, porque así me parece. Pero tú no perderás nada con esperar... Vendré aquí cuando esté tu marido, y yo os arreglaré, á él, á ti, á los monigotes y á toda la sagrada familia... ¡Espérame y ya verás!

Y salió amenazando con el puño. En el fondo estaba contento de acabar así.

Berru, que se había quedado detrás encantado por estar en aquellos líos, dijo con tono conciliador:

—No tenga usted cuidado, que no le dejo. Hay que evitar una desgracia.

Y se enardeció hasta el punto de cogerle una mano á Felicidad, depositando en ella un beso. Esta le dejó hacer sin oponer resistencia, estaba anonadada. Si Jacobo la hubiese cogido de un brazo, se hubiese ido con él.

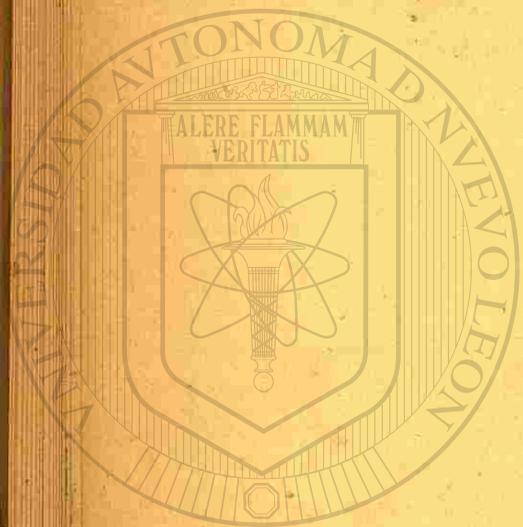
Sin embargo, oyó los pasos de dos hombres que atravesaban la tienda. Un mozo cortaba á cuchilladas un cuarto de carnero. Entonces su instinto de buena comerciante la condujo al escritorio, y

en medio de los claros cristales, muy pálida, pero muy tranquila, como si nada hubiese pasado:

—¿Cuánto hay que cobrar?

—Siete francos, cincuenta...

Y dió el cambio del dinero.



IV

Al siguiente día, Damour tuvo una buena impresión: el marmolista le hizo entrar como vigilante en las obras de la casa del Ayuntamiento. Y así fué como vigiló sobre un monumento que él ayudó á quemar diez años antes.

Era aquel un trabajo no fatigoso, una de esas ocupaciones sedentarias que embrutecen. Por la noche rondaba al pie de los andamios, escuchando los ruidos y durmiéndose bastantes veces encima de los sacos de yeso. No habló ya de ir á Batignolles.

Un día, sin embargo, habiéndole convidado Berru á almorzar, gritó, á la tercera botella, que el gran golpe era para el siguiente día. Pero al siguiente día no se movió de su trabajo.

Aquello se hizo habitual; no se enfurecía ni reclamaba sus derechos sino cuando estaba embriagado.

Cuando estaba sereno permanecía sombrío; preocupado y como avergonzado. El pintor había concluido por burlársele, diciendo que no era hombre. Pero él permanecía grave.

—¡Habrá que matarlos entonces!... ¡Espero que llegue ese día!...

Un día llegó hasta la plaza de Moncey; después de haber permanecido una hora sentado en un banco, volvió á su obra. Durante el día creyó haber visto pasar á su hija por delante de la Casa de la Ciudad, reclinada sobre los cojines de un landó soberbio. Berru prometióle investigar alguna cosa, pero él rehusó. ¿A qué santo saber de su hija? Sin embargo, aquel pensamiento de que pudiese ser su hija aquella hermosa mujer, tan elegante, que había entrevisto al trote de dos fogosos caballos blancos, le trastornaba el corazón. Aumentó su tristeza. Compró un cuchillo y se lo enseñó á su camarada, diciéndole que era para degollar al carnicero. La frase le gustó y bromeaba sobre ella: la repetía continuamente, diciendo:

—Degollaré al carnicero... A cada uno su vez, ¿no es verdad?

Berru, entonces, le tenía horas enteras en una

taberna de la calle del Temple, para convencerle de que no debía degollar á nadie. Aquello era estúpido, porque no resultaba nada práctico, se perdía un hombre. Le cogía las manos y le exigía el juramento de no echar sobre sus espaldas un mal negocio. Damour repetía obstinadamente.

—No, no; á cada uno su vez... Degollaré al carnicero.

Pasaban los días y no lo degollaba.

Se produjo un acontecimiento que pareció deber precipitar la catástrofe. Le despidieron de la obra por incapaz: durante una noche tempestuosa se quedó dormido y le robaron unas herramientas. Desde entonces empezó á darse unos atracones de hambre de mayor cuantía; arrasrándose por los arroyos, demasiado orgulloso todavía para mendigar, mirando con ojos desmesurados los aparadores de los colmados. Y la miseria le aplastaba en lugar de excitarle. Encorvó las espaldas, hundiéndose en sus tristes reflexiones. Se hubiera dicho que no se atrevía á presentarse en Batignolles, ahora que carecía de una blusa limpia.

En Batignolles, Felicidad vivía en continuas alarmas. La tarde de la visita de Damour, no quiso contar el incidente á Sagnard; después, al otro día, atormentada por su silencio de la vis-

pera, sintió una especie de remordimiento y no encontró valor para decir una palabra. Así, temblaba siempre creyendo ver entrar á su marido é imaginándose escenas atroces. Lo peor era que en la tienda habían oído alguna cosa, porque los dependientes bromeaban, y, cuando madame Vernier venía por las dos chuletitas, tenía una manera mortificante de entregar sus setenta y cinco céntimos. En fin, una noche, Felicidad se echó al cuello de Sagnard y se lo confesó todo sollozando. Le repitió lo que había dicho á Damour; no era culpa suya, porque la gente, cuando se muere, no debía resucitar. Sagnard, aún muy verde para sus sesenta años y hombre muy agradable, la consoló. La cosa era un poco extraordinaria, pero se arreglaría. ¿No se arregla todo en el mundo? Se verían, hablarían. La historia le interesaba, hasta el punto de que, ocho días más tarde, como Damour no apareciese, le dijo á su mujer:

—¿Y bien? ¿Es que nos deja?... Si tú supieras su dirección, iría yo á verle, y después, como Felicidad le suplicase que se estuviese tranquilo:

—Pero, hija mía,—añadió,—es para tranquilizarte... Veo perfectamente que estás sufriendo... Es preciso acabar.

Felicidad enflaquecía, efectivamente, bajo la amenaza de un drama, cuya tardanza aumentaba

su angustia. Un día, en fin, el carnicero estaba reprendiendo á un mozo que había olvidado cambiar el agua á una cabeza de vaca, cuando entró su mujer livida, balbuceando:

—¡Aquí viene!

—¡Ah... muy bien!—dijo Sagnard calmándose súbitamente. —Hazle entrar en el comedor.

Y sin apresurarse, volvióse hacia el mozo:

—Lávela usted con varias aguas, eso envenenaría.

Se fué al comedor, donde encontró á Damour y Berru. Aquel día iban juntos por una casualidad. Berru había encontrado á Damour en la calle de Clichy; no le veía ya con tanta frecuencia, fastidiado de su miseria. Pero cuando supo que su camarada iba á la calle de los Frailes, le dirigió mil reproches, pues aquel asunto era también suyo. Había empezado á sermonearle, gritando que él le impediría cometer tonterías, cerrándole el paso y pidiéndole el cuchillo.

Damour se encogió de hombros, con aire obstinado, firme en su idea de matar. A todas las observaciones del otro, contestaba:

—Ven si quieres; pero no me fastidies.

En el comedor, Sagnard dejó á los dos hombres de pie. Felicidad había escapado llevándose los riños; y, detrás de la puerta, cerrada con llave y cerrojo, permaneció sentada, desorientada,

apretando contra ella á sus hijos como para defenderles. Sin embargo, con el oído fijo, ansiosa, no oyó nada todavía; pues los dos maridos, en la pieza vecina, experimentaban gran embarazo y se miraban en silencio.

—¿De modo que es usted?—acabó por preguntar Sagnard, por decir algo.

—¡Si; soy yo!—respondió Damour.

Encontró á Sagnard muy distinguido y se sintió pequeño á su lado. El carnicero no representaba más allá de cincuenta años; era un hombre guapo, de rostro fresco, el cabello cortado á rape y sin barba. En mangas de camisa, envuelto en un gran delantal blanco, que resplandecía como la nieve, tenía un aire de alegría y juventud que atraía.

—Es que—repuso Damour vacilando—no era á usted á quien quería hablar, sino á Felicidad.

Entonces Sagnard recobró todo su aplomo.

—Veamos, camarada, expliquémonos. ¡Qué diablos! No tenemos nada que echarnos en cara ni uno ni otro. ¿Por qué devorarse cuando la culpa no es de ninguno de los dos?

Damour, con la cabeza inclinada, miraba obstinadamente uno de los pies de la mesa. Con voz sorda murmuró:

—No quiero nada con usted; déjeme usted en paz... Es á Felicidad á quien quiero hablar.

—Eso sí que no... no hablará usted con ella—

dijo tranquilamente el carnicero.—No quiero que me la ponga usted enferma como el otro día. Podemos hablar perfectamente sin ella. Por otra parte, si es usted juicioso, todo irá bien. Puesto que usted dice que la ama, fijese en su posición, reflexione y obre en consecuencia...

—¡Cállese usted!—interrumpió el otro, asaltado por un acceso de brusca rabia.—¡No se ocupe usted de nada, ó esto acabará de mala manera!

Berru, imaginando que Damour iba á sacar el cuchillo de la faltriguera, se interpuso entre los dos rivales, aparentando gran ansiedad, Damour le rechazó diciendo:

—¡Déjame en paz tú también!... ¿De qué tienes miedo? ¡Eres un estúpido!

—¡Calma!—repetía Sagnard.—Cuando uno se encoleriza, no sabe lo que se hace... Escuche usted: si llamo á Felicidad, prométame usted ser prudente, pues ya sabe usted que es muy sensible... y nuestro objeto no es matarla. ¿Se portará usted bien?

—¡Si hubiera venido á portarme mal, hubiera empezado por estrangularle á usted con toda su palabrería!

Y dijo esto con un tono tan profundo y tan doloroso que el carnicero sintió una honda emoción.

—Entonces—dijo,—voy á llamar á Felicidad.

¡Oh; yo soy muy justo y comprendo que quiere usted discutir el asunto con ella! Está usted en su derecho.

Fué hacia la puerta y llamó.

—¡Felicidad!... ¡Felicidad!...

Después, como nadie se moviese, como Felicidad, helada ante la idea de esta entrevista, permaneciese acurrucada en la silla, apretando con mayor fuerza á sus hijos contra su pecho, Sagnard se impacientó.

—¡Vamos... Felicidad!—gritó: no seas tonta, M. Damour quiere hablarte.

Ultimamente sonó la llave; apareció y cerró cuidadosamente la puerta, para dejar encerrados á sus hijos. Se hizo un nuevo silencio, más embarazoso que el anterior. Aquel era el golpe de gracia; como decía Berru.

Damour habló finalmente con frases que se entrecortaban, en tanto que Sagnard, de pie delante de la ventana, levantando con el índice una de las cortinillas, miraba hacia fuera, para demostrar que era hombre de mundo.

—Escucha, Felicidad: Ya sabes que jamás he sido embustero. Eso, tú puedes decirlo... Pues bien, en esta ocasión no empezaría á serlo. Mi primera idea fué asesinaros á todos. Después me he preguntado qué adelantaría con eso... Prefiero dejarte dueña de la elección. Haremos lo que tú

quieras. Sí; puesto que los tribunales nada pueden hacer aquí para resolver en justicia, tú elegirás al marido que más te guste. Responde... ¿á quién eliges?

Pero Felicidad no pudo responder. La emoción la sofocaba.

—Está bien—repuso Damour con la misma voz sorda,—te vas con él... Cuando vine aquí, sabía de antemano el desenlace. No te odio por eso, y después de todo te doy la razón. Yo he acabado, no soy nada, tú no me quieres; en tanto que él te hace dichosa, sin contar que tenéis dos pequeños...

Felicidad sollozaba afligida.

—Haces mal en llorar; estos no son reproches. Las cosas han venido así, eso es todo... He querido verte otra vez para decirte que podías dormir tranquila. Ahora que has escogido, no te molestaré más... se acabó; no oirás hablar más de mí...

Y dirigióse hacia la puerta, pero Sagnard, muy afectado, le cerró el paso gritando:

—¡Ah! Es usted un hombre cabal... y no es posible que nos deje usted de ese modo. Comerá usted con nosotros.

Berru, sorprendido de aquel pacífico desenlace, se escandalizó al oír que su camarada rehusaba la invitación.

—Al menos, beberemos un trago—repuso el carnicero.—¡Aceptaré usted un vaso de vino con nosotros, qué diablos!

Damour no aceptó de pronto. Paseó una lenta mirada alrededor del comedor, un comedor muy bonito, con muebles de roble barnizado; después detuvo sus ojos sobre Felicidad, que se lo suplicaba, bañado el rostro en lágrimas, y dijo:

—Sí; al momento.

Entonces Sagnard, encantado, gritó:

—¡Vasos, Felicidad! No necesitamos que nos sirva la criada... Cuatro vasos. Es preciso que tú también trinques.—¡Ah, camarada! Me ha dado usted un gran placer aceptando... porque yo aprecio mucho los corazones grandes, y usted tiene un gran corazón, respondo de ello.

Entretanto, Felicidad, con nerviosa mano, buscaba vasos y una botella en el aparador. Tenía como perdida la cabeza y no encontraba nada. Fué necesario que Sagnard la ayudase. Después, cuando estuvieron los vasos sobre la mesa llenos de vino, brindaron los comensales. Damour, frente á Felicidad, debió alargar el brazo para tocar el vaso de ésta. Ambos se miraron, mudos, con el pasado en los ojos. Ella temblaba de tal modo, que se oyó el tintineo del cristal, como el castañeteo de los dientes en los escalofríos tercianarios. Ya

no se tutearon, estaban como muertos, no viviendo sino en el recuerdo.

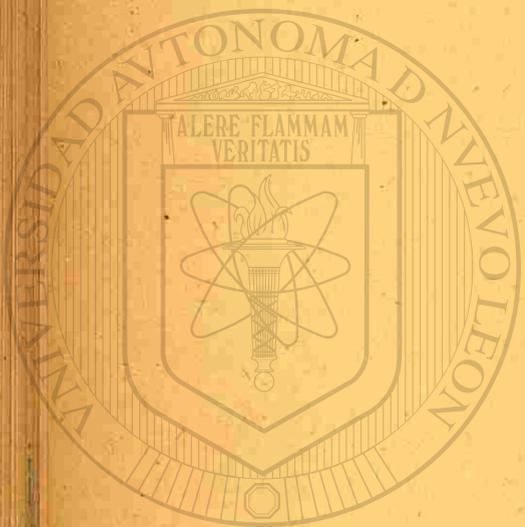
—¡A la de usted!

Y, en tanto que bebían los cuatro, las voces de los niños resonaron en la estancia inmediata... agudas y rientes. Después llamaron á la puerta gritando:

—¡Mamá... mamá!

—¡Ea! ¡Adios á todos!—dijo Damour dejando el vaso sobre la mesa.

Y salió. Felicidad, pálida y desencajada, le vió marchar, en tanto que Sagnard les acompañó hasta la puerta.



V

En la calle, Damour comenzó á caminar rápidamente, costándole mucho trabajo á Berru el poder seguirle. En el bulevar de Batignolles, cuando vió que su camarada, reventado por la caminata, se dejaba caer sobre un banco, con las mejillas pálidas y los ojos extraviados, le dijo todo cuanto pensaba. El, cuando menos, hubiera abofeteado al burgués y á la burguesa. Le sublevaba la idea de que un marido cediese de aquel modo su mujer, sin condiciones. Era preciso ser un Juan Lanás; sí, un Juan Lanás, por no decir otra cosa. Y citaba el ejemplo de otro comunista que había encontrado á su mujer amancebada con un particular. Al menos ellos

llegaron á un arreglo, y vivieron y viven muy felices; pero tú te has portado como un verdadero botarate.

—¡Tú no comprendes nada!— repuso Damour.— ¡Vete... porque no eres amigo mío!

—¿Que no soy tu amigo, después de lo que he hecho? ¿Qué va á ser de ti? Reflexiona un poco. No tienes á nadie y te ves como un perro en medio del arroyo... y te morirás de hambre, si yo no te saco de este atolladero... ¡Que no soy tu amigo! Si yo te abandono, no tienes más remedio que meter la cabeza debajo de la pata, como los pollos que se quieren morir.

Damour hizo un gesto desesperado. Era cierto: no tenía más remedio que echarse al agua ó hacerse prender por los agentes.

—Pues bien—continuó el pintor,—soy de tal modo tu amigo, que voy á llevarte á casa de alguien, donde encontrarás perrera y sopa de sebo.

Y se levantó como á impulsos de una súbita idea. Levantó á la fuerza á su compañero, que balbuceaba:

—¿Pero dónde... dónde?

—Ya lo verás... puesto que no has querido comer con tu mujer, comerás mejor y ten la seguridad de que no te permitiré hacer dos tonterías en un día.

Caminaron rápidamente, descendiendo por la calle de Amsterdam. En la calle de Berlin se detuvo Berru delante de un hotelito, llamó y preguntó al lacayo que fué á abrir si Mme. Souvigny estaba visible; y como el lacayo vacilase, añadió:

—Dígale usted que aquí está Berru.

Damour le siguió maquinalmente. Aquella visita inesperada, aquel hotel lujoso, acabaron de trastornarle la cabeza. Subió. Luego, repentinamente, se encontró en brazos de una linda rubita, apenas cubierta con un peinador de encajes. La joven exclamaba:

—¡Papá!... ¡Es papá!... ¡Oh, qué feliz me ha hecho usted, trayéndole!

Era una buena hija y se preocupaba muy poco de la blusa ennegrecida del viejo, encantada, palmoteando, en una crisis aguda de amor filial. Su padre, turbado, ni aun la reconocía.

—¡Es Luisa!—le dijo Berru.

Entonces balbuceó:

—¡Ah... sí!... Es usted muy amable...

No se atrevía á tutearla. Luisa le hizo sentar en el sofá: después llamó para prohibir que se abriese á nadie. Jacobo, entretanto, miraba la habitación tapizada de casimir y amueblada con una riqueza tan delicada que le enternecía. Y Berru, triunfante, le pegaba palmaditas en la espalda, repitiendo:

—¡Eh! ¿Dirás aún que no soy tu amigo? Sabía yo muy bien que tendrías necesidad de tu hija. Entonces me procuré sus señas y vine á contarle tu situación, y me dijo inmediatamente:

—¡Tráigamelo usted!

—¡Ya lo creo!... ¡pobre papá!—murmuró con voz febril.— ¡Ya sabes que tu república me inspira gran horror! Esos comunistas son unas malas personas que destruirían el mundo si les dejasen hacer... Pero tú, tú eres mi querido papá. Me acuerdo lo bueno que eras, cuando, pequeña, estaba siempre enferma. Ya verás, nos entenderemos perfectamente, con la condición de que no hablaremos jamás de política... Por de pronto vamos á comer los tres juntos... ¡Oh, qué bien!...

Estaba sentada casi en las rodillas del obrero, riente, con sus ojos claros, sus finos cabellos pálidos distribuidos encima de las orejas. Damour, sin fuerzas, se sentía invadido por un delicioso bienestar. Hubiera querido rehusar, porque no le parecía muy honrado ni digno sentarse allí en la mesa. Pero no encontraba su energía de hacía unas horas, cuando salió de casa del carnicero, sin volver la cabeza, después de haber brindado por última vez. Su hija era demasiado dulce, y sus manecitas, que le acariciaban las sienes, le encadenaban.

—¿Vamos, aceptas?—preguntó Luisa.

—Sí,—dijo por fin, en tanto que dos lágrimas corrían por sus mejillas, arrugadas por la miseria.

Berru lo encontró muy razonable. Cuando pasaron al comedor, un lacayo vino á decir que el señor estaba allí.

—No puedo recibirle,—dijo Luisa tranquilamente.—Dígale usted que estoy con mi padre... Que vuelva mañana á las cuatro, si quiere...

La comida fué encantadora. Berru la amenizó con toda suerte de equívocos, que hacían reír á Luisa hasta derramar lágrimas. Parecía estar en la calle de los Envierges, y que aquello era una felicidad. Damour no cesaba de comer, falto de descanso y de alimento; pero una sonrisa de exquisita ternura se dibujaba en sus labios cada vez que sus miradas se cruzaban con las de su hija. A los postres bebieron un vino azucarado y espumoso como el champagne, que les puso muy alegres. Cuando los criados se retiraron, con los codos sobre la mesa, hablaron del tiempo pasado con la melancolía de la embriaguez. Berru había liado un cigarrillo, que Luisa encendió, con los ojos medio cerrados y el rostro abismado. Se enzarzó en sus recuerdos y empezó á hablar de sus amores; del primero: un guapo joven que había hecho muy bien las cosas. Después insinuó juicios muy severos contra su madre.

—Comprenderás,—le dijo á su padre,—que no quiero verla más, pues se ha conducido muy mal. Si quieres, iré á decirle lo que pienso de su manera de obrar contigo.

Pero Damour declaró gravemente que aquella mujer no existía ya para él. De pronto levantóse Luisa, exclamando:

—A propósito, voy á enseñarte algo que te causará placer.

Salió, volviendo prontamente con el cigarrillo en la boca, y entregó á su padre una vieja fotografía amarillenta, con los ángulos rotos. Fué una sacudida para el obrero que, fijando sus ojos turbados en el retrato, gimoteó:

—¡Eugenio... mi pobre Eugenio!

Pasó la tarjeta á Berru, y éste, lleno de emoción, murmuró por su parte:

—¡Estás muy parecido!

Luego pasó á manos de Luisa. Esta le miró un instante, pero le ahogaron las lágrimas y lo devolvió, diciendo:

—¡Lo recuerdo bien!... ¡Que guapo era!

Y los tres, presa de súbito enternecimiento, lloraron juntos. Dos veces más dió la vuelta el retrato, en medio de las más sentimentales reflexiones. El tiempo había obrado sobre el retrato: el pobre Eugenio, con su uniforme de guardia nacional, parecía una sombra perdida en la leyenda. Pero

habiendo vuelto la tarjeta, el padre leyó lo que escribiera á raíz de su muerte:

—«Te vengaré.»

Y cogiendo un cuchillito de postres, lo blandió sobre su cabeza, repitiendo su juramento:

—Sí, sí; ¡te vengaré!

—Cuando ví que mamá andaba mal,—decía Luisa,—no quise dejarle el retrato de mi pobre hermano. Una tarde se lo birlé... Es para tí, papá, yo te lo cedo.

Damour había puesto la fotografía contra su vaso y la miraba aún. Sin embargo, se empezó á hablar razonablemente. Luisa, con el corazón en la mano, quería sacar á su padre de la miseria. Habló de que viviese con ella; pero se convino en que aquello no era posible. Por fin, tuvo una idea: preguntóle si consentiría en cuidar una propiedad que un caballero acababa de comprarla cerca de Mantes. Había un pabellón, donde viviría muy bien con doscientos francos al mes.

—¡Cómo! ¡Eso es el paraíso!—exclamó Berru aceptando por su compañero. Si se aburre, yo iré á visitarle.

Una semana después, Damour estaba instalado en Bellos-Aires, la propiedad de su hija, y allí es donde vive ahora, en un reposo que la Providencia le debía bien, después de las desgracias con que lo había colmado. Engorda, se rejuvenece,

vestido como un burgués, teniendo el aspecto bondadoso y honrado de un anciano militar. Los aldeanos le saludan con respeto. Caza y pesca á la caña. Se le encuentra al sol, en los caminos, mirando los sembrados, con la conciencia tranquila del hombre que no ha robado nada y que come de sus rentas rudamente ganadas. Cuando su hija viene con algunos caballeros, sabe mantener su rango. Sus grandes alegrías son cuando su hija hace una escapada y comen juntos en el pabelloncito.

Entonces la habla con ceceos de nodriza, mira sus galas con aire de adoración; y aquellos almuerzos son delicados, con toda suerte de cosas buenas que hace guisar él mismo, sin contar los postres, pasteles y bombones, que Luisa trae en los bolsillos.

Damour no ha intentado ver más á su mujer. No tiene más que á su hija, que se apiada de su anciano padre y que es su orgullo y su alegría. Además, ha rehusado igualmente intentar el menor paso para restablecer su estado civil. ¿A qué impugnar los registros del gobierno? Esto aumenta la tranquilidad en torno suyo. Está en su agujero, olvidado, perdido, no siendo nadie, no enrojeciendo por los regalos de su hija; en tanto que si le resucitase, quizá algún envidioso hablaría mal de su situación, y aun él acabaría por sufrir.

A veces, sin embargo, hay gran movimiento en el pabellón. Es cuando viene Berru á pasar cuatro ó cinco días en el campo. Por fin ha encontrado; en casa de Damour, el soñado rincón donde matar el tedio de París. Caza y pesca con su amigo; pasa días enteros echado sobre la espalda del río. Después, por la noche, ambos camaradas hablan de política. Berru trae de París la prensa anarquista, y luego de haberla leído, se extienden en consideraciones sobre las medidas radicales que habrían de tomar; fusilan al gobierno, ahorcan á los burgueses, queman á París para reedificar otra ciudad, la verdadera ciudad del pueblo. Su tendencia es la felicidad universal por medio de una exterminación general. Por fin, cuando sube á acostarse Damour, que ha hecho poner un marco al retrato de Eugenio, se aproxima, le mira, blande su pipa, y exclama:

—Sí, sí; ¡te vengaré!

Y al otro día, con el rostro sonrosado y el cuerpo ágil vuelve á la pesca, en tanto que Berru, tendido en el ribazo, duerme con la nariz metida en la hierba.

FIN

